

## *Un malestar indefinible*

Aquella mañana al despertar Humberto se había sentido raro. Remoloneando entre las sábanas se preguntó qué podría haber soñado que le dejara aquella vaga, levemente desagradable sensación de extrañeza, pero no pudo recordar sus sueños. No será nada que la ducha no me saque de encima, pensó. Sin embargo durante el desayuno no pudo concentrarse en la lectura del periódico y luego, ya en su comercio, oía a sus clientes pero sin prestar atención a lo que le decían.

Fue un alivio cuando llegó el momento del cafecito de media mañana. En el bar de la esquina ocupó su rincón habitual –desde el cual veía el frente de su comercio- y, con la mirada perdida en el resplandor de la mañana veraniega, se preguntó, decidido a ir al grano, qué demonios era lo que le pasaba. Volvió toda su atención hacia sí mismo, hacia su dimensión interior, digamos, y comprobó que, efectivamente, continuaba sintiéndose raro, igual que al despertarse. Trató de fijar y explorar la sensación. ¿Se trataba de algo físico? No. ¿Qué es entonces? se preguntó. De pronto vislumbró algo. Con ese misterioso sentido de la mente que es una especie de suma de los sentidos físicos consiguió atrapar la extraña sensación que se había instalado en él. No era fácil fijarla para analizarla. Era como si con una malla de tan fina casi invisible hubiera atrapado un pez no sólo minúsculo sino que, además, perfectamente transparente. Pero sí -se dijo reconcentrándose-, esforzándose se podía fijar esa sensación, empezar a auscultarla, a definirla quizá.

Era ciertamente algo inasible, como sin sustancia propia, apenas la sensación de una *discontinuidad*, como si *algo* hubiera cambiado, aunque le era imposible decir *qué* ni *en qué*. Como cuando miramos a través de una ventana y de pronto pasa nuestra mirada por sobre un defecto del vidrio, por sobre un grumo o un pliegue en el vidrio, y sentimos que algo ha cambiado, pero el cambio es en nuestra mirada –en las condiciones de nuestra mirada- y no en lo mirado. Y esa discontinuidad, a un lado y al otro de la cual podía ahora - en el ahora de ese momento de suprema atención- situarse fácilmente -como podemos una vez que hemos detectado la imperfección en el vidrio recuperar la nitidez de la visión a un lado o al otro del grumo o el pliegue- esa discontinuidad, descubrió Humberto, marcaba un antes y un después. Se trataba de un grumo o un pliegue pero en el tiempo. Podía percibir la línea del cambio tal y como desde el ventanal de su apartamento podía ver a veces la línea del cambio de agua, de barrosa a transparente o viceversa, en ese mar chato y sin majestad que es el Río de la Plata.

De un lado el antes y del otro el después: podía sentir la diferencia como un erizamiento en la piel del alma al pasar mentalmente de uno al otro lado. Sí, no era lo mismo situarse de un lado o del otro: más allá de la discontinuidad se sentía distinto, se sentía otro. O sea que la discontinuidad marcaba un cambio en el tiempo y ese cambio se había producido en él, en él mismo, o al menos en la percepción que tenía de sí mismo. ¿Otro? ¿qué otro? se preguntó desconcertado. Por un instante, pero sólo por un instante, se sintió como habitando un cuerpo ajeno, tal y como sucede cuando de pronto, en plena calle, inesperadamente nos vemos enfrentados a un espejo y por un instante no nos reconocemos. Humberto acababa, pues, de descubrir –no sin mérito, no sin virtuosismo introspectivo- que a veces es posible saber que se ha cambiado antes aún de saber en qué concretamente se ha cambiado.

Se dio cuenta entonces de que, de lo tenso que estaba por la cavilación de todo esto, estaba sudando. Pamplinas, pensó descartando sus lucubraciones, todo se reduce a que he tenido un mal sueño, sea cual fuere, que me ha dado una mala mañana, eso es todo, y ya pasará. Pero al beber un sorbo de café, por primera vez en los muchos años que llevaba bebiendo café en ese bar, lo encontró desagradable.

-Manolo ¿qué le pusiste al café? –le preguntó al titular del boliche que, medio escondido detrás de la caja registradora, repasaba una vez más la prensa del día.

-Nada, hombre, está igual que siempre –respondió el factótum, categórico- tomate el café de una vez y andate a laburar, que mientras te rascás tu empleado te roba.

Humberto bebió otro sorbo, examinando cuidadosamente el sabor. Sí, quizá el café estaba como siempre. Y sin embargo ese café que durante años había sido su modesto placer de media mañana ahora le resultaba, sin atenuantes, desagradable. Y eso si le pareció a Humberto definitivamente raro.

Lo que pasa, reflexionó, es que estoy verdaderamente agotado. En efecto, hacía tres años que Humberto no se tomaba vacaciones. Y no habían sido tres años cualesquiera: habían sido tres años durísimos. Al regresar de aquella última vacación, a principios de febrero había ocurrido la tragedia, la muerte de Elena, su esposa, en un accidente de tránsito. La circunstancia había sido terrible: desde su ventanal en el cuarto piso Humberto había visto cómo Elena era atropellada por un automóvil sobre la cebra de la rambla. Le había llevado todo el año recuperarse no sólo del dolor de la pérdida sino también del shock de la circunstancia. Luego había comenzado la crisis económica, los negocios empezaron a ir de mal en peor y su pequeño comercio de papelería se resintió particularmente ya que con la devaluación se le hizo cada vez más difícil la importación de papeles especiales, rubro en el que había basado el perfil de su establecimiento. Por lo demás, con los nuevos precios, pocos de sus clientes podían pagarse el lujo y el placer de utilizar papeles diferentes. Sí, lo que necesito, definitivamente, es unas vacaciones, se dijo a manera de conclusión. Enero ya estaba terminando, pero podía tomarse febrero. Decidió que apenas tuviera en el depósito la mercadería que estaba en viaje se iría de vacaciones. Claro que hubiera sido mejor cerrar en enero, pero los negocios estaban tan mal que no haría mucha diferencia.

Se dio por satisfecho con sus conclusiones. Acostumbraba a verse a sí mismo como persona sensata y pragmática, y este tipo de humores fantasiosos no lo asaltaban desde los bastante lejanos años de su juventud. Estaba satisfecho de cómo los había encarado y de cómo los había despachado con prolijidad y prontitud. De manera que olvidó todo el asunto durante el resto del día. Sin embargo, caminando de regreso a casa al atardecer, mientras esperaba el cambio de un semáforo, le llegó al oído el parloteo de un informativo desde el receptor de radio de un vendedor callejero. Aficionado, como todo ciudadano responsable, a las noticias –un par de noticieros radiales y uno televisado por día, más un diario y dos semanarios, uno de derecha y uno de izquierda-, prestó atención. Para su sorpresa –puesto que lo que oyó no era más que la dosis habitual de zoncera informativa- experimentó una aguda sensación de disgusto, casi de náusea, en realidad. ¿Qué me pasa? se preguntó ¿por qué reacciono como si me hubiera tragado una roncadera todavía coleando, con todo y escamas? Es que –le dijo una voz tan inesperada que pensó por un instante que alguien le estaba hablando al oído- ya no aguanto más la sarta de mentiras e hipocresías a la que llaman información y que no busca en el mejor de los casos más que distraer al ciudadano de a pie dirigiendo su atención a asuntos que en realidad poco le importan para apartarlo de las cuestiones que realmente le afectan, y que en el peor de los casos esta destinada a inculcarlo para que, llegado el momento, tome decisiones que irán sencillamente contra

sus intereses personales y privados. Humberto quedó tan sorprendido por semejante autodiatriba que, petrificado en aquella esquina, dejó pasar toda la luz verde. Caracoles, se dijo, no pensaba así desde los años sesenta. Más se sorprendió todavía cuando, ya llegando al barrio, se detuvo en el quiosco cuyo repartidor le llevaba temprano por la mañana el periódico, y actuando en consecuencia, preguntó cuánto debía, pagó y dejó instrucciones para que ya no le llevaran más el diario ni los semanarios. Realmente se sintió al hacerlo como aquel que ante la aparición de una úlcera en el estómago se ve obligado a rechazar su plato favorito. Es más, y peor aún, a declararlo la comida más dañina imaginable.

Llegó a casa, como siempre, sobre la hora del informativo central de la televisión, pero no encendió el receptor. Abrió el ventanal, sacó una silla al balcón y estuvo un rato mirando las luces de la rambla. La luz más fuerte iluminaba la cebra sobre la que Elena había dejado su vida. Pensó que sí, que definitivamente algo raro pasaba, que evidentemente ya no era el mismo, que alguien en su mente estaba tomando las decisiones por él. Alguien que, por ejemplo en lo que concierne a la dizque información, pensaba como él mismo había sabido pensar un buen montón de años atrás. Por lo demás tiene toda la razón, se dijo, empujando sin quererlo un poquito más allá la mutación que estaba padeciendo, la verdad es que me he pasado media vida tragando la basura informativa nada más que por las ganas de sentir que formaba parte de un mundo racional y ordenado, pero ¿qué medio de comunicación dijo durante los diez últimos años que una camarilla de corruptos enquistada en el Estado estaba usando el sistema financiero para saquear al país y joder, entre otras muchas cosas, mi pequeño negocio? Ninguno. *Posdata* nomás, y así terminó. Como decía mi padre: en este país nadie se hace rico trabajando. Lo cierto es que ya no voy a seguir viviendo debajo de una caparazón de mentiras, preferible no saber nada a saber puras mentiras. Suspiró. La decisión estaba tomada y no le pesaba. Le parecía lo más sano. Se dirigió a la cocina con la intención de servirse un trago y de prepararse la cena, pensando que si ayer mismo le hubieran dicho que hoy iba a tomar semejante decisión por nada en el mundo se lo hubiera creído.

## 2

### *Simulacro de amor*

No se crea por lo dicho hasta aquí que Humberto –Humberto Buonomo, digamos, para terminar de presentarlo- era por naturaleza propenso a los extremismos y que, favorecidos por las circunstancias, sus radicalismos primaverales reverdecían ahora en pleno otoño. No. Más bien era al contrario. Los zarpullidos radicales de su adolescencia se habían diluido en un tibio conformismo durante la noche negra de la dictadura. Y su conformismo se había convertido casi en una militancia durante los años de la plata dulce que siguieron a la restauración democrática. Por naturaleza Humberto era reactivo a todo tipo de cambio, y su estrategia vital más arraigada era, en situaciones de crisis, asumir sólo los cambios necesarios para que todo siguiera como estaba. La relación que elaboró con Lita ilustra bien este aspecto central de su carácter.

Humberto había sufrido mucho por la muerte de Elena. Aunque no pudieron tener hijos, los veinte años que duró su matrimonio fueron años de tranquila felicidad. Nunca supo, porque nunca sintió necesidad de hacerse la pregunta, qué era lo que más le gustaba en ella, si su dulzura un poco tristonera, si su callada sensatez, si la manera mansamente entusiasta que tenía de plegarse a los deseos, iniciativas y objetivos de su marido, no reclamando para

su exclusivo arbitrio más que el arreglo de la casa y del régimen alimenticio. La dieta sexual del matrimonio era un modelo de ternura, higiene y buen criterio: ni una pizca de pasión más que la necesaria para el logro del objetivo nunca dicho -pero evidente para ambos- de su matrimonio, que era el de trazar en su derredor una línea que los separara de una vez y para siempre del caos del mundo. Nada menos. Hay quien lo logra. Hasta aquella mañana fatal ellos lo habían logrado.

Cuando Humberto llegó corriendo junto al cuerpo quebrado de Elena todo lo que a ella le quedaba de vida era una última mirada en la que Humberto sintió –imaginó, digamos- que lo hacía depositario de su alma. Meses y meses Humberto vivió en un dolor atónico, acunando dentro de sí el flujo dulce y luminoso de aquella última mirada. Cuando el goteo miserable de las rutinas terminó por secar el dolor también la capacidad de amar de Humberto –al menos así lo sintió- se había secado. Supo –o creyó saber- que no habría otra mujer en su vida, que el apartamento que había sido su hogar, en el que habían vivido su amor, permanecería intocado por los tiempos de los tiempos, y que cada día habría un momento para recordar –la mirada devotamente fija en el tokonoma de rayas blancas- aquel gran amor que lentamente se desvanecía en las blandas playas del tiempo. Lo que Humberto no supo, y nunca sabría, es que antes de casarse Elena ya sabía que era estéril sin esperanzas y no se lo dijo, con lo que le habría ahorrado años de angustias y decepciones. Tampoco supo nunca Humberto que en aquella mañana fatal, ya caminando sobre la cebrá, Elena vio venir el auto a toda velocidad y decidió –clara y conscientemente, en ese instante largo como un siglo, el instante más largo de su vida- no quitarse de en medio.

Pero Humberto era un hombre fogoso. La naturaleza había sido generosa con él dotándolo con una libido –para decirlo de alguna manera- abundante, a la que se podía domesticar en forma adecuada, como en su matrimonio, pero no reprimir indefinidamente. De modo que llegó el momento en que tuvo que negociar con el recuerdo de Elena una fórmula que le permitiera dar curso a los impulsos de su fisiología sin traicionar a su devoción por la difunta. Lo que parecía un difícil compromiso se resolvió de manera casual. En el almacén del barrio asistió a una escena por demás habitual en los tiempos que corren: el almacenero le negaba más crédito a una mujer hasta tanto no pagara la cuenta anterior. Asistió a la escena parado detrás de la mujer, admirándose del parecido físico –pelo, hombros, estatura- de la mujer con Elena. No la voz, por cierto. Cuando la mujer se dio vuelta para salir se admiró más aún: en su fisonomía el parecido era aún mayor.

Fingiéndose haber olvidado algo salió detrás de la mujer. Al cabo de dos cuerdas de seguirla la idea estuvo clara en su mente.

-Señora –llamó, alcanzándola.

La mujer se dio vuelta y lo miró. Iba llorando.

-Vi lo que pasó en el almacén.

La mujer se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

-Tengo dos hijos chicos –dijo la mujer- soy sola, gano mil pesos por mes. No sé qué voy a hacer.

Humberto sacó del bolsillo la billetera.

-No –dijo la mujer haciendo un gesto de rechazo con la mano. Humberto abrió la billetera y le mostró la foto de Elena.

-Elena, mi mujer. Murió hace un año y medio.

La mujer miró la foto y se dio cuenta del parecido. Humberto sonrió.

-Sí, son parecidas ¿verdad?

-La verdad, sí –dijo la mujer, y lo miró a los ojos tratando de imaginarse a dónde quería llegar.

-La atropelló un auto.

-Pobrecita, lo lamento.

-Vivo aquí a la vuelta, soy del barrio, no tiene nada que temer –le aseguró Humberto-. Desde que ella se fue nadie se ocupa de la casa... ni de mí. Pensé que usted podría venir, una vez por semana.

A la mujer, por supuesto, aquel “ni de mí” le sonó extraño, pero decidió salteárselo. El tipo le pareció buena gente, respetable, manejable.

-De acuerdo. Me llamo Lita. Vivo allí –dijo, señalando un edificio de apartamentos de aspecto ruinoso

Humberto le adelantó dinero y quedaron en que la mujer iría el sábado.

Los dos días que mediaron se los pasó Humberto fantaseando, imaginando cómo llevaría adelante su propósito. Lo que no supo –aunque con un poco más de mundo se lo pudo haber imaginado- fue que Lita a su vez se pasó esos dos días fantaseando cómo sería servir a un viudo a cuya difunta se parecía. De manera que llegado el sábado lo que sucedió no sorprendió para nada a ninguno de los dos.

De hecho a Humberto le bastó con extender sobre un sillón un precioso vestido de seda estampada y con poner a sus pies unas sandalias dignas de los pies de una diosa, prendas ambas que, claro está, habían pertenecido a Elena. A Lita le bastó con exclamar – sinceramente, por lo demás:

-¡Qué buen gusto tenía la señora!

A lo que Humberto respondió previsiblemente:

-¿Le gustaría probárselo?

Todo sin mirarse, razonablemente cohibidos por la obviedad de las intenciones de ambos.

-Es seda natural –dijo Lita recogiendo el vestido.

-Se puede cambiar en el baño

Desde detrás de la puerta del baño, estrujándose las manos húmedas de sudor, Humberto dijo, tan naturalmente como pudo:

-Detrás de la puerta hay ropa interior.

-Sí, ya la ví. Es muy linda –respondió Lita con tono forzosamente casual.

-Y en el armario hay un agua de Colonia, un frasco azul.

Cuando la puerta se abrió el corazón de Humberto dio un salto. La mujer se había puesto también color en los labios, con un lápiz que encontró en el botiquín.

-Increíble –murmuró Humberto casi sin voz.

-¿Esta bien así el pelo? ¿o me lo recojo? –preguntó Lita, más segura de sí al ver el embeleso del dueño de casa.

-Venga a verse. En el dormitorio hay un espejo de cuerpo entero.

Entraron en el dormitorio, convenientemente en penumbras. Apenas rayas de sol colándose por la persiana. Lita se paró frente al espejo y Humberto se paró a su espalda, sin tocarla, oliendo en el cuerpo de la mujer la fragancia que había sido siempre la preferida de Elena. Sin ponerse Humberto los lentes y en la semipenumbra Lita era realmente el fantasma de Elena. Finalmente sus miradas se encontraron en el espejo y fue Lita la que apoyó su espalda contra el pecho de Humberto comprobando fácilmente que si no el duelo por lo menos la abstinencia ya no estaba en la agenda del viudo. El cuerpo de Lita fue suave y dócil, su sexo era más amplio y sus pezones más duros que los de Elena, pero para

el hambre de Humberto la ecuación entre igualdad y diferencia era más que satisfactoria, y cuando finalmente naufragó en la tormenta murmuró “Elena, mi amor”, y a las últimas gota de semen sucedieron plácidamente, y por única vez, las lágrimas de sus ojos.

Humberto se paró enseguida y empezó a vestirse. Hombre práctico, sabía llegado el momento de marcar la cancha. La mujer hizo ademán de también pararse.

-No, sin apuro –le dijo, no sin dulzura-. Yo tengo que salir y vuelvo a la nohcecita. La casa queda en sus manos.

Largo rato después de cerrarse la puerta del apartamento Lita seguía mirando las rayas de luz en el techo del dormitorio, perdida en inasibles sensaciones y pensamientos. Darse en tanto otra, darse en tanto simulacro era algo que, por supuesto, nunca había vivido. Darse ausente, darse replegada en el hondo de sí misma, darse para que el hombre modelara en su cuerpo el alma de otra le había significado, para su sorpresa, el placer con una fuerza, con una explosión como nunca había conocido. Supo sin lugar a dudas que iría en aquello tan lejos como el hombre quisiera ir. Limpió la casa como nunca había limpiado nada. Colgó el vestido en el ropero y lavó la ropa interior. Humberto la encontró sentada en la cocina esperando su regreso, tranquilamente y sin familiaridades. Le encantó que la mujer entendiera las reglas del juego. Le pagó por su trabajo más que generosamente. Lita calculó que con esa paga, a razón de cuatro sábados por mes, la peor parte de sus dificultades desaparecería. Pensó que el próximo sábado le pediría que la registrara en el BPS. Se despidieron intercambiando sonrisas aún cohibidas y no sin maneras un tanto ceremoniosas.

De esta manera había restablecido Humberto su economía libidinal manteniéndose no obstante fiel al fantasma de Elena –limitándose a encarnarlo, digamos, para mejor rendirle culto y tributo. Al mismo sujeto al que unas vagas sensaciones e ideas le parecieran tan raras una cierta mañana veraniega no le había parecido en absoluto raro, sino por el contrario más que razonable, este acuerdo implícito con Lita que llevaba casi un año y medio de vigencia. Es que este acuerdo le parecía un pequeño cambio que le permitía dejar inalterado el régimen de viudez fetichista al que había decidido consagrarse. No cabe duda que para unos es normal lo que para otros es excéntrico y, a menudo, viceversa.

### 3

#### *La madre puta*

A la mañana siguiente lo primero que notó fue que seguía sintiéndose raro. Se preguntó si sustituiría la costumbre de desayunar leyendo el periódico por la escucha de alguna música o la lectura de algún libro, pero entretenido preparando las tostadas y el café olvidó considerar las opciones y terminó desayunando con la mirada perdida en el horizonte marino donde un gran crucero blanco maniobraba acercándose a la costa para entrar en el puerto.

Cada mañana Humberto subía hasta Dieciocho por Frugoni. Le encantaba la tranquilidad de aquella calle ancha y sin tránsito, flanqueada en casi toda su extensión por altos plátanos y por vetustas fachadas finiseculares. A medio camino se deleitaba oyendo la campana de los Capuchinos llamando a misa. En la plazuela entre la Biblioteca Nacional y la Facultad de Derecho se cruzaba diariamente –desde hacía quizá ya un año- con una

mujer que llevaba de la mano a su hija de tres o cuatro años. Metros más allá o más acá pero el encuentro se producía con total puntualidad.

La mujer, de unos treinta años, rubia con una gran melena enrulada, vestía siempre con elegancia, calzaba zapatos o botas de taco alto, y caminaba como una modelo, poniendo un pie exactamente delante del otro. La niña, rubia también, vestía delantal y llevaba una mochilita en la espalda. Humberto conjeturó, por supuesto, que la mujer llevaba a su hija al jardín de infantes antes de seguir para su trabajo. Caminaban siempre muy lentamente y ambas mirando al piso. La mujer moderaba su paso para evitar tironear de la niña, y el resultado era que los pasitos de la niña y los pasos largos y elegantes de su madre resultan sorprendentemente armónicos. Como ambas miraban al piso parecían absortas en vigilar la extraña armonía de su marcha. A veces iban en silencio, a veces conversaban, pero tan quedamente que Humberto nunca pudo captar una palabra de lo que decían. Alguna vez que el encuentro se produjo cruzando Guayabo, donde la mujer tenía que levantar la mirada para atender al tránsito, Humberto pudo ver que tenía cara de muñeca –pero de muñeca no muy linda, y quizá triste- y los ojos muy celestes.

El momento del cruce cotidiano con la pareja no le era indiferente a Humberto. Al avistarlas sentía que una dulce emoción le entibiaba el corazón y al pasar junto a ellas una fragancia de ternura lo impregnaba y lo acompañaba después un largo rato. No tardó en comprender que en la serena placidez del dúo encarnaba algo que la vida había decidido empecinadamente negarle: ver así, en esa perfecta armonía a Elena y a un hijo de ambos. De ahí que le golpeará con tanta fuerza el pensamiento que, con la nitidez de una certeza, apareció en su mente cuando el encuentro se produjo aquella mañana veraniega, la segunda mañana en que se había sentido raro.

Sucedio en los pocos segundos que mediaron entre avistarlas y cruzarse con ellas. Primero se preguntó, cosa que nunca antes, por qué ambas caminaban mirando al piso. La niña se mimetiza con la madre, por supuesto. ¿Y la madre? No es que simplemente mire al piso, como una cartuja, digamos, inclina además la cabeza, tanto que parece como si buscara algo en el piso. Su gesto no era natural. Además la melena se le venía hacia delante. Rápidamente Humberto sacó su conclusión: oculta el rostro. Pero ¿por qué? se preguntó. Porque trabaja como prostituta -se respondió instantáneamente, tan seguro como un fiscal que lanza su acusación- y teme, en aquel momento de intimidación que comparte con su niña, cruzarse con un cliente que la reconozca. Una puta de lujo, una puta cara, una puta elegante. La imagen de la mujer con su carita de muñeca no muy linda y sus maneras delicadas haciendo su “trabajo” lo invadió con la nitidez de una revelación. Una profesional de primera, una experta, para clientes exclusivos y selectos. Ejecutivos, obispos, altos funcionarios.

¿Cómo puedo pensar algo así? se preguntó, pasmado por el asombro, deteniéndose para seguir con la mirada a la pareja. Soy un monstruo, se dijo. Y sin embargo, mirándolas alejarse, sintió que era verdad, que lo que acababa de padecer como una verdadera revelación, era verdad. ¿Qué derecho tengo a imaginarme semejante cosa? se preguntó. A punto estuvo de seguirlas, de seguir a la mujer durante todo el día hasta estar seguro de que aquella estupidez no era sino el producto fermentado hasta el delirio de sus amarguras. Pero se contuvo. Se dejó ganar por el peso de sus rutinas o por el temor a comprobar que su delirio era verdad. Decidió, eso sí, no volver a subir por Frugoni para no volver a verlas. Realmente algo me pasa, se dijo antes de que el movimiento de la Avenida se llevara al olvido aquel momento. Siguió su camino con un peso en el alma, con un sentimiento de desazón que no lo abandonó hasta el final de la mañana.

## *Una chica simpática*

Sabedor de que no hay mejor remedio para las borrascas mentales que concentrarse en el trabajo Humberto mandó al dependiente al sótano para la limpieza mensual del depósito y asumió la atención al público forzándose por poner en ello la mejor actitud posible. Un joven de aspecto delicado quería un papel para cartas muy exclusivo y que retuviera por mucho tiempo el olor de un perfume. Un anciano de manos temblorosas quería papel de formato pequeño y que sirviera para trabajar con tinta china y pasteles. Una señora de aspecto muy paquete quería papel *muy* especial –y que se arrugara *muy* poco- para envolver un regalo *muy* valioso. Un habitué quería un nuevo cuaderno para su diario íntimo. Llevaba uno cada diez días. A pesar de su aspecto de burócrata triste debe de tener una vida muy intensa -pensó una vez más Humberto. Un hombrón de barba larga, anteojos de culo de botella, sandalias de franciscano y olor a sudor añejo quería saber si tenía papel ecológico. Sólo saberlo, aclaró con tono vagamente amenazante, como si fuera a ponerlo en el Index en el caso de que no lo tuviera.

Cerca de mediodía entró en la tienda una muchacha de unos veinte años, camiseta y jeans, y mochila a la espalda. Apenas la vio a Humberto se le borró la modorra quejumbrosa que pese al esfuerzo había arrastrado durante toda la mañana. Si hay personas que parecen irradiar luz y vitalidad esta muchacha es el caso, pensó. La brusquedad de sus movimientos, el gesto fresco y desafiante en su rostro mostraban que su corazón estaba aún instalado en plena adolescencia. Su cuerpo juvenil tenía las proporciones perfectas, las líneas más suaves, y parecía ligero, hecho de ilusión, como el de una bailarina. Simplemente fue entrar la muchacha y a Humberto se le disolvieron las brumas y se le volaron las telarañas.

-Buenos días –dijo la muchacha- una amiga me dijo que aquí venden unos cuadernos de dibujo viejos y muy baratos.

Humberto supo de inmediato que se refería a un lote que compró en el remate de cierre de una antigua papelería. Trajo un cuaderno y lo expuso abierto sobre el mostrador. La muchacha pasó la mano abierta sobre la hoja blanca. Jamás Humberto había experimentado la belleza de la caricia de una mano sobre un papel como en aquel instante. Este papel ha sido hecho para que ella lo toque, pensó. La muchacha llevaba en la muñeca una pulserita de hilo de color azul y amarillo.

-Es un papel de gran calidad –dijo Humberto-, especialmente hecho para pintar con acuarelas.

-¿Y este? –preguntó tocando la hoja de papel muy delgado enfrentada al papel de dibujo.

-Es papel de seda. Protege la obra.

La muchacha cerró el cuaderno con cuidado para evitar que el papel de seda se doblara.

-Así –dijo Humberto mostrándole cómo-. Primero se extiende el papel de seda sobre la obra y luego se cierra.

La muchacha puso entonces la mano sobre la tapa del cuaderno.

-Es cuero natural –dijo Humberto.

-Precioso –dijo la muchacha -. ¿Y cómo es que lo vende barato?

-Cuestión de ética. Lo que compro barato, lo vendo barato.

-Qué bien –dijo la muchacha con un gesto aprobatorio un tanto exagerado que, en su rostro de adolescente, se veía como la parodia de un gesto de adulto.



-Es un producto francés, de fines de los años treinta –explicó Humberto manteniendo su tono amable y neutro habitual-. Las instalaciones de la firma fueron destruidas en la guerra y no volvieron a producir. En su momento era un papel muy usado aquí.

-¿Cómo sabe todo eso? –preguntó la muchacha con una sonrisa divertida en los labios.

-Hay peritos a los que uno puede consultar. Uno tiene que conocer la mercadería que ofrece ¿no le parece?

La muchacha volvió a hacer su gesto aprobatorio.

-Un amigo de mi abuela, es pintor –declaró la muchacha-. Mañana cumple ochenta años. ¿Le parece que le va a gustar?

-Sinceramente me parece que va a apreciar mucho su regalo.

-Bueno, lo llevo –decidió-. ¿Me lo puede envolver para regalo?

Humberto no se limitó a envolverlo con el papel membretado de su papelería. Primero lo envolvió con un papel de seda de la más alta calidad, que no le cobró a la muchacha. Finalmente el paquete se lo entregó dentro de una bolsa de cartulina con agarraderas de cordel que reservaba para sus mejores clientes.

-Bárbaro –dijo la muchacha y lo miró con una mirada en la que Humberto pudo leer con absoluta transparencia el agradecimiento y la satisfacción por llevarse por tan poco dinero un regalo tan exclusivo tan finamente presentado.

La muchacha salió y Humberto quedó como atontado, flotando en el aura luminosa que la muchacha dejaba tras de sí. Una sonrisa de beatitud terminó por disolver su máscara profesional. Lástima que fuera para un regalo y no para ella, pensó, porque siendo así quizá no la vuelva a ver.

## 5

### *En el desierto*

Muy rara vez Humberto recordaba sus sueños. No le sorprendía que así fuera ya que pensaba que el obtuso idioma de los sueños nada tenía para decirle a alguien que vivía una vida tan sencilla como la suya. Por consiguiente tampoco le sorprendió, dado el enturbiamiento que padecía en las aguas de su conciencia, que al despertar al día siguiente recordara –y con total nitidez- un sueño. El sueño era breve y aparentemente simple, insignificante. Se veía en una llanura completamente plana y que no parecía tener final en ninguna dirección. Se agachaba y tocaba el piso, que era de tierra dura pero recubierta por una especie de polvillo gris, y pensaba, como sorprendido “Esto es el desierto”, y sentía miedo. Eso era todo, excepto por la sensación de enigma, de misterio de que quedaba impregnada aquella conclusión, sensación que persistió un rato largo después de haberse despertado.

Se duchó y se preparó el desayuno sintiéndose como embotado, como si su conciencia, su máquina mental, encallada en una densa nube de algodón, fuera incapaz de las más mínimas operaciones. Después, de pronto, a medio masticar una tostada quedó inmóvil, como si hubiera encontrado una piedra en el pan: de la nada había surgido en su mente una evidencia: el miedo que sentía en el sueño no era el miedo a morir consecuencia de encontrarse en medio del desierto –por definición el lugar más inhóspito y hostil imaginable- sino que era un miedo más difícil de cernir y de comprender y que dependía no de que en el desierto no hay sombra ni agua ni alimento sino de que en el desierto no hay *nada*. Humberto comprendió entonces que el miedo que sentía en su sueño no era por estar

en el desierto sino por estar allí donde no hay nada. Mientras se le enfriaba el café con leche examinó la imagen que permanecía intacta en su recuerdo: en su sueño estaba, pues, parado en medio de la nada. Y al comprender así la imagen onírica sintió que realmente la comprendía. Se serenó entonces y se diluyó la sensación de embotamiento. Ahora bien ¿qué significaba esa imagen? Eso, no lo sabía.

De camino al trabajo, acercándose al punto en que se cruzaría con la mujer y su hija, supo con pesadumbre que después de lo que había pensado, o peor, de lo que había adivinado el día anterior, ya no podría disfrutar del momento de dulzura que obtenía contemplando al pasar aquella estampa de la maternidad. Pero ¿qué? se preguntó entonces ¿acaso me atraían por la cosa maternal o en realidad me atraían, sin que yo me diera cuenta, porque representaban un enigma que exigía una respuesta, misma que encontré ayer? Al fin y al cabo madres llevando a sus hijas a la escuela hay por todas partes y no les presto atención. Además ¿qué hay de malo en que sea una prostituta? Es alguien que hace su trabajo, quizá tan honestamente como yo hago el mío. ¿Por eso habría de encarnar menos que cualquier otra mujer la maternidad? Zumbándole la cabeza de ideas como un panal rodeado de avispas, las vio venir. Se puso tenso y las manos le sudaron, como si la mujer lo fuera a increpar por sus pensamientos. Entonces sucedió lo impensable, lo que nunca antes: la mujer levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos. Sorprendido Humberto no tuvo tiempo de componer la expresión. Sintió como si la larga y atenta mirada de la mujer leyera en su gesto atribulado, letra por letra, el acta de acusación que le había levantado. Perdón, perdón, estuvo a punto de decirle, y, de hecho, se lo dijo con la mirada, con tanta intensidad que estuvo seguro de que la mujer lo había escuchado. Qué vergüenza, pensó Humberto sintiendo que le ardían las mejillas por el bochorno, y no se atrevió a seguirlas con la mirada, seguro de que la mujer lo vigilaba como se vigila a un estigmatizado. El momento, el incidente imaginario fue para Humberto tan intenso que le llevó un buen rato comprender que nada había sucedido más que la suma en su mente de su delirante certeza respecto de la ocupación de la mujer y de una mirada distraída de la mujer que había tropezado con su rostro atribulado.

Se encerró en su cubículo de paredes de vidrio desde donde veía toda la tienda y dejó que el empleado se ocupara de la atención a los clientes. No puedo creer que me esté pasando esto, se dijo, estoy perdiendo el control, todo estaba en orden en mi vida y de pronto ya nada lo está, todo está en duda y me acosan las fantasías más absurdas. Empezó a sentirse más y más deprimido. ¿Qué he hecho mal para que me suceda esto? se preguntaba angustiado hasta que ese otro que se había instalado en su mente le suministró la respuesta. Has estado viviendo, se dijo, como si la vida no tuviera ningún sentido, como si la cuenta de tus días fuera un simple trámite burocrático, has estado doblando tus días prolijamente, como se dobla la ropa nueva y sin usar, y los has ido colocando cuidadosamente en el cajón del olvido, como si te hubieran sido dados para no usarlos, para que no te sirvan para nada. Humberto no encontró respuesta ante semejante diagnóstico. Le pareció que cualquier respuesta que intentara no podría levantar un veredicto tan radical y lapidario. ¿Qué estoy haciendo aquí? se preguntó mirando las estanterías y los exhibidores, y la calle soleada y muda más allá de la vidriera, francamente asustado por el curso de sus pensamientos. No lo se. Cumpliendo con mi rol en el mundo, supongo. Se sintió abrumado. Vendo papel en blanco, se dijo, es un oficio noble, espíritus exquisitos van a cubrir estos papeles en blanco con el producto de sus talentos. Se sintió estúpido haciéndose semejantes preguntas e intentando semejantes respuestas. Tomó un block de papel de dibujo que tenía sobre el escritorio y lo abrió. Pasó la mano sobre la superficie blanca y, como a menudo le sucedía,

ese contacto lo tranquilizó. Respiró hondo y se sintió aliviado. Soy el cultor del blanco, el custodio del blanco, el dador del blanco, se dijo aflojándose y sintiendo florecer en su rostro una tenue sonrisa. Volvió a deslizar la palma de la mano sobre la hoja de papel y dejó que el blanco absorbiera toda su mirada. Papel en blanco, parcela de desierto, se dijo entonces. ¿Desierto? Sí, parcelas de desierto. Soy el custodio del desierto, de allí donde no hay nada, pensó cerrando el bucle para volver a enfrentar el enigma de su sueño. Con lo que se sintió nuevamente confuso y atribulado.

## 6

### *La muerte y la niña*

A mediodía fue al bar de Manolo y pidió un capuchino y un sandwich caliente. Entonces vió, en la vereda de enfrente, a la muchacha. Caminaba con paso atlético, casi con zancadas, bebiéndose los vientos. Paso alado, pensó, como si se dirigiera a una asamblea de espíritus etéreos, como si el mundo fuera transparente, y razonable, y, sobre todo, suyo. Se sintió otra vez instantáneamente alcanzado por la ola de vitalidad que irradiaba la muchacha. Parecía ir hacia la papelería. Pensó que si la muchacha entraba en la papelería él regresaría corriendo para volver a hablar con ella. Empujó hacia atrás la silla, listo para pararse. Pero entonces ella lo vió, le sonrió, lo saludo con la mano y enfiló en dirección al bar. Cruzó sin mirar, o mirándolo sólo a él, con la sonrisa acentuándose en el rostro, como si le urgiera acercársele para decirle algo. Entonces, directamente del infierno, un auto apareció frenando con un chirrido espantoso de neumáticos. Humberto se paró tirando la silla. El auto ya frenado seguía deslizándose hasta que se detuvo a centímetros de las piernas de la muchacha. Tan cerca que la palma de la mano de la muchacha quedó apoyada sobre el capó. Shockeado, temblando, con el corazón golpeándole en el pecho como si fuera a reventar, vió a la muchacha acercarse a la ventanilla del auto y gritarle sabe Dios cuántas cosas al conductor, que a duras penas conseguía reaccionar del susto.

Cuando finalmente entró al bar y fue hacia donde estaba Humberto sonreía otra vez, como si nada. Sublime inconsciencia de los que aún no se han enterado u olvidan fácilmente que existe una bestia que se llama muerte y que anda siempre famélica rondándonos. Pero cuando lo vió parado junto a la silla caída y completamente demudado el rostro comprendió que algo más que un incidente estúpido había sucedido y seguía sucediendo. Pensó que el hombre la miraba como si en vez de salvarse por un pelo, el auto se la hubiera llevado por delante. No supo qué decir y no pudo evitar quedar colgada de aquella mirada abierta, plana, vacía, mirada como para ver lo nunca visto. Fue así como sucedió que quedaron mirándose sin hablarse durante una eternidad, y fue esa mirada ininterrumpible la brecha en la muralla cotidiana y protectora de palabras y gestos razonables por la que se coló el virus responsable de lo que tenía que suceder entre ellos y que efectivamente –para bien o para mal, o ni para bien ni para mal, vaya uno a saber– sucedió. Porque, como es sabido, cuando las personas se miran sin máscaras, sin reservas y sin defensas –cosa que pasa rara vez, en situaciones límite o por accidente, y siempre involuntariamente– descubren en sus miradas una infinidad de cosas que jamás hubieran imaginado y para las cuales a menudo son incapaces de encontrar palabras. Es así que en la eternidad de aquella mirada la muchacha descubrió que quién sabe por qué pero ella significaba mucho para ese hombre, y Humberto descubrió que aquella muchacha renacida

del mismo instante de horror que se había llevado a Elena, le estaba, de alguna manera incomprensible, destinada.

Humberto reaccionó, levantó la silla, se esforzó por controlarse.

-Bueno... me da gusto verte otra vez –dijo, y sus palabras después de semejante circunstancia le sonaron casi ridículas. Como una parodia de la flema inglesa. Como quiera que fuera cerraron el vértigo abierto por aquella mirada. La muchacha retomó sus ímpetus.

-Venía a verlo para agradecerle.

Humberto se sentó. Las rodillas no dejaban de temblarle.

-Entonces al amigo de tu abuela le gustó el regalo.

-Le encantó. Fue genial. Dice abuela que se emocionó. Que con ese papel dibujaba de muchacho. Dice que va a usar el cuaderno para pintar acuarelas y que me lo va a regalar –dijo la muchacha, exultante.

-¿A ti o a tu abuela?

-A mi, porque abuela le dijo que fui yo la que lo encontré.

-Misión cumplida entonces –dijo Humberto con una sonrisa de orgullo profesional adecuada al momento.

-Le estoy muy agradecida –repitió la muchacha-. Abuela está muy viejita. Y quería regalarle algo super a su amigo de toda la vida..

Parecía todo dicho, pero Humberto no quería que se fuera tan pronto.

-Sentate un minuto –dijo no sin esfuerzo. Porque ¿cómo invitar a compartir la mesa del bar a una chiquilina desconocida?

-Bueno –dijo ella y dejando la mochila sobre la tercera silla, se sentó frente a Humberto.

-Te invito con una Coca.

-Un vaso de leche. Fría.

Humberto alzó la voz para pedirle a Manolo que agregara un vaso de leche fría a su pedido.

-Tengo una clase en quince minutos.

-¿Clases en enero?

-De recuperación. Por la huelga. Terrible embole.

-Mi nombre es Humberto –dijo, tendiéndole la mano por encima de la mesa.

-El mío, Eva –dijo ella poniendo su mano en la de Humberto, y en sus labios afloró esa sonrisa entre tímida y burlona con la que los adolescentes se defienden de formalidades a las que no están acostumbrados. La mano de ella era frágil y suave, una deliciosa mano femenina. El apretón fue fugaz y artificioso. Humberto tuvo que responder con una inclinación de cabeza protocolosa al gesto burlón de la muchacha. Pero la delicia de aquella mano lanzó una ola de placer que envolvió a Humberto por entero.

Manolo dispuso el pedido sobre la mesa. De reojo Humberto captó en el rostro del gallego un aire por demás significativo.

-¿Qué estudiás?

-Historia.

-Qué lindo. Es lo que yo hubiera estudiado.

-Puede hacerlo ahora. En mi clase hay gente de todas las edades.

Humberto no supo qué decir. Para él había una edad para cada cosa. El silencio se estiró. Eva bebió un largo trago de leche. ¿Podrían decirse algo más? Es muy difícil encontrar algo para decir, pensaron ambos, cada uno a su manera.

-Siempre para mí es más rica la leche que tomo en casa. Quién sabe por qué ¿no? Porque debe de ser la misma Conaprole que tomo en casa –dijo Eva después de secarse los bigotes de leche con una servilleta de papel.

-Sí, así es –dijo Humberto, sintiéndose más tranquilo y dueño de la situación después de la puerilidad de la declaración de Eva-. Es bueno saber disfrutar de la familia mientras se la tiene –dijo y enseguida se dio cuenta de lo perfectamente estúpido de lo que decía, para peor en un tono pesadamente paternal.

La muchacha quedó pensativa, mirando hacia la calle sin ver.

-Le voy a pedir a Antonio, el pintor amigo de mi abuela, que me incluya en el cuaderno un retrato de la abuela –dijo de pronto, como si se le acabara de ocurrir y miró a Humberto como pidiéndole aprobación para la idea.

-Buena idea –dijo Humberto asintiendo.

-En realidad ya le hizo retratos. En casa hay una pintura así –separó las manos casi un metro en sentido vertical-, una pintura al óleo, colgada en el comedor, que es la abuela, joven, pintada por Antonio. Era preciosa –dijo forzando la *p* para expresar su admiración.

-¿Te parecés a ella?

-Por favor... En nada me parezco. ¡Ojalá me pareciera! Abuela era hermosa en serio.

Una diva.

Humberto estuvo a punto de decirle “Vos también sos hermosa en serio”. De hecho abrió la boca para decirlo, pero la censura llegó a tiempo. Con otro trago largo Eva terminó su leche.

-Bueno –dijo-. Tengo que irme.

Humberto trató de sonreírle de otra manera, de una manera más personal.

-No miraste al cruzar –dijo, y apenas lo dijo se maldijo por reincidir en la cosa paternal.

-Si el tipo no hubiera ido tan rápido no hubiera tenido que frenar así –dijo Eva encogiéndose de hombros, desafiante.

-Puede ser. Pero eras tú la que perdías –dijo Humberto, maldiciéndose una vez más por el ángulo en que se había colocado.

-Puede ser –dijo la muchacha cortante, casi hosca.

Quedaron callados. Ella eludía su mirada. Evidentemente se había sentido tratada como una chiquilina y la molestaba.

-Perdoná que te haya hablado así –dijo Humberto bajando el tono hasta lo confidencial-. Mi mujer murió atropellada por un auto.

Eva lo miró. Humberto puso cara de circunstancia. Ella le sonrió. Se sonrojó.

-Perdoná vos –dijo confundida. Acentuó más la sonrisa y se encogió un poco de hombros-. Tenías razón en lo que me decías.

Se paró y se puso la mochila en la espalda.

-Hasta pronto –dijo, y se fue.

Y esto ¿con qué se come? se preguntó Humberto anonadado por el conjunto de la cosa que acababa de vivir. Por un lado, la inocencia y la vitalidad de la muchacha, de Eva, lo fascinaban hasta el estupor. Le parecía estar en presencia de un ser luminoso. Seguramente que no es más que una simple muchacha, pero el efecto que me causa no es menos real que su simple realidad objetiva de adolescente más o menos agraciada, pensó Humberto enredándose un poco con las palabras. Por otro lado, no sabía cómo manejar la sensación implacablemente nítida de que Eva había renacido olímpicamente ante sus ojos del mismo horror que ante sus ojos se había llevado para siempre a Elena, y de que, por consiguiente,

Eva le estaba destinada. ¿Destinada? ¿En qué sentido la muchacha podía estarle destinada? Quizá ella misma sentía de alguna manera algo similar. ¿Para qué si no habría de venir a agradecerle el cuaderno? No tenía por qué. El no se lo había regalado. Se lo había vendido. Sin embargo ella había venido a agradecerle, y se había sentado con él, y le había contado cosas que a Humberto le habían parecido íntimas. Suspiró y se encogió de hombros. Quizá yo estoy necesitando una hija y ella un padre, pensó. ¿Será huérfana? ¿Volverá? Dijo “Hasta pronto”, claramente. En lo que no pensó Humberto ni por un instante a esta altura del asunto fue en que la cosa tuviera un contenido amoroso-sexual. Ni por un solo instante. Lo que pasa, se dijo para explicarse su embobamiento, es que esta muchacha encarna de una manera pura y sin afectaciones la esencia misma de lo femenino, pensó. Ningún nombre le hubiera ido mejor que el suyo: Eva. Y para un hombre de vida prosaica y pragmática como yo es revivificante de pronto entrar en contacto con lo que trasciende la realidad cotidiana, con las esencias. La respuesta que así se dio lo dejó, por el momento, razonablemente satisfecho, aunque no hubiera sido capaz de recordarla unos minutos después cuando, ya en el último sorbo de capuchino, revivió con inesperada intensidad la presencia de la muchacha. Tiene los ojos color miel, recordó enternecido, y los labios increíblemente rosados. Nunca vi labios tan rosados, se dijo maravillado.

## 7

### *La semilla podrida*

Si tenía cuidado al cruzar la calle Eva estaría cumpliendo diecinueve años en los primeros días de febrero. La ocasión era especialmente importante para ella: dos años antes, al cumplir los diecisiete, después de una prolongada negociación con su abuela, le había prometido no tener relaciones antes de los diecinueve años. Pero si Eva esperaba con ansiedad su cumpleaños no era tanto por lo que el final de la interdicción suponía sino por ver la cara que su abuela y su madre pondrían cuando les dijera, frotándose las manos y con el tono más cargado de sobreentendidos de que fuera capaz, “Bueno, abuela... bueno, mamá...”. Una broma inocente con la que se venía relamiendo desde hacía un buen rato.

Eva había nacido bajo los protectores cielos de Suecia. Los que iban a ser sus padres – Ramón y Matilde-, jóvenes militantes sindicalistas de filiación comunista, habían conseguido zafar de las garras de la dictadura, aunque en diferentes condiciones. Quisieron las circunstancias que su padre consiguiera exiliarse sin padecer prisión. Su madre, por el contrario, estuvo presa un año. Llegó a Suecia embarazada, producto de las reiteradas violaciones de que fue objeto por parte de un Oficial de Inteligencia que, a su manera perversa y miserable, se había enamorado de ella. De hecho el romántico torturador había sido quien, poniendo en juego todas sus influencias, que incluían diversas formas del chantaje, consiguió que la mujer fuera puesta en libertad el tiempo suficiente como para que lograra introducirse en el predio de la Embajada de Suecia en Montevideo.

Fue Matilde la que se negó al aborto. Católica intransigente adujo y argumentó sin desmayo que no cargaría en su conciencia con el asesinato del fruto que se gestaba en su vientre por ilegítimo que fuera y por forzada que hubiera sido su concepción. El asunto fue objeto de la más absoluta discreción y el secreto jamás salió de la intimidad de la pareja. Para quien hubiera tenido interés en preguntar, Eva hubiera sido, oficialmente, sietemesina. De hecho a nadie se le ocurrió averiguar los detalles del embarazo y del parto. A nadie se le ocurrió tampoco ir más allá de alguna observación casual en torno al hecho de que Eva no

se parecía para nada a su padre ni tampoco a su madre. Los laberintos de la genética forman parte de nuestra cultura cotidiana. La familia de Eva no hubiera regresado nunca a Uruguay si no hubiera sido porque Ramón y Matilde supieron, sin lugar a dudas, que el padre biológico de Eva había muerto -asesinado, consecuencia de actividades criminales sin sesgo político alguno por más que se rebaje el límite inferior de lo que se considere como político, límite que en este país, por lo demás, suele estar muy abajo.

Pese a semejante drama Ramón y Matilde quizá hubieran alcanzado alguna forma módica de la felicidad si no hubiera sido porque, ya creciendo la bebita, descubrieron que él era estéril. Como realmente se querían pusieron de sí todo lo que se puede poner para sobrellevar la maldición, pero ya para cuando Eva entraba en la adolescencia las grietas en la pareja eran inocultables y se expresaban cotidianamente en esa especie de sorda hostilidad que se va acumulando hasta que, cada tanto, estalla en una pelea de proporciones. Para peor Ramón ninguneado por los nuevos del sindicato -que llevaron la conducción durante la dictadura y que a la hora del regreso no reconocieron el lugar a los históricos exiliados-, decepcionado y amargado abandonó la actividad sindical, dedicándose obcecada y concienzudamente al pool, habilidad que había aprendido en las interminables noches árticas. Su dedicación no pasó, por supuesto, del nivel boliche de la esquina, aunque llegó a ganar un interzonas departamental -de Canelones. Le ganó a todos los borrachos de la vuelta, comentó. Y es lo único que gané en mi vida. Matilde, por su parte, una belleza de joven, ancló en una oficina pública donde se dedicó a leer novelas y comer dulces seis horas por día, con las consecuencias previsibles, o sea, sumiéndose inexorablemente en la obesidad y la indiferencia.

La discordia entre sus padres fue el virus que fue infectando el paraíso familiar de Eva, una muchacha que -como muy perceptivamente captó Humberto- estaba dotada como pocos seres humanos para la alegría y el buen ánimo. ¿Cómo podía ser que sus maravillosos padres, héroes de la Revolución, pareja amorosa que había sobrevivido a las violencias de la Historia, se trataran ahora día tras día y sin tregua como enemigos? Ellos, por supuesto, no supieron ver la herida que se abría en el corazón de su hija, herida para la cual, por lo demás, no tenían una cura, ya que ni eran capaces de decirle la verdad ni podían a cierta altura del deterioro y la amargura, reconciliarse. Enredados en sus encono, su relación con su hija se fue haciendo protocolar, viéndola todos los días la fueron perdiendo de vista. El único refugio y apoyo que le quedó en el ámbito familiar a Eva para persistir en su ser fue su relación con su abuela Eva, un ser sencillo y bondadoso que comprendió y asumió plenamente su rol para con la hija única.

De todas maneras poco a poco en el horizonte claro de la muchacha -recibirse de historiadora para investigar la verdadera historia del país y para formar a las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios- empezaron a aparecer interrogantes inconvenientes para una muchacha inminentemente casadera. La pareja perfecta y el amor eterno, se decía -redescubriendo fórmulas por demás trilladas- no son más que ilusiones que necesita fomentar el modelo burgués de sociedad; el amor libre es el verdadero camino, la felicidad es posible sólo para un corazón libre y sin trabas. Por supuesto que no compraría sus convicciones más que con alguna amiga íntima de las que nunca le faltaban a su corazón por demás abierto y exaltado. Mientras tanto sobrellevaba con callada tristeza la situación familiar, tratando de aflojar siempre con alguna broma -“Qué buena hija sería yo si tuviera buenos padres”- las infaltables tiranteces. Pero “Bueno, abuela... bueno, mamá...” era la broma inminente con la que más se relamía Eva. A veces pensaba en agregar “Al fin

llegó el día, porque tengo el dedo gas-ta-do, eh?”, pero, por supuesto, sabía que no se atrevería a tanto.

## 8

### *Lo esencial y lo secundario*

Ese sábado, puntualmente a las diez de la mañana, Lita abrió con su llave la puerta del viudo, más que dispuesta, como siempre, para cumplir con sus roles y tareas. El lenguaje sin palabras que a lo largo del tiempo habían elaborado, consistía en que en determinado momento Humberto tendía sobre un sillón de la sala un vestido de Elena. Si no lo hacía era porque no deseaba el contacto sexual –rara vez, en realidad: en esto como en casi todo la vida de Humberto era un verdadero paradigma de regularidad. Si lo hacía y Lita no recogía el guante significaría sencillamente que ella estaba en uno de sus días.

Humberto en robe de chambre y pijamas, calzando pantuflas, se sentó en la sala a leer un libro. Desde ahí veía las idas y venidas de Lita, dedicada a sus tareas. Poco a poco fue perdiendo concentración en la lectura y prestando más atención a Lita. Hasta que, finalmente, cerró el libro. Algo había en Lita que no había percibido antes y que ahora estaba a punto de hacérsele evidente, algo que no había visto antes aunque lo había tenido todo el tiempo delante de las narices. De hecho su actitud normal era no prestarle ninguna atención a Lita. La mujer había pasado a formar parte de sus rutinas al punto de disolverse en ellas. Ni siquiera cuando la utilizaba sexualmente le prestaba atención. Le bastaba con que lo abrazara de la manera habitual y con que en el momento adecuado expresara el grado de satisfacción adecuado. Pero ahora, quién sabe por qué, sí estaba tomando nota de su presencia. Y se daba cuenta de que Lita había cambiado.

En realidad no hacía falta mucha sutileza para comprender en qué había cambiado: había estado haciendo un esfuerzo prolongado aunque siempre discreto por llegar a parecerse a lo que ella imaginaba que había sido la difunta dueña de la casa. Lita era una mujer básicamente sana y buena. Sus años de trabajo como empleada doméstica no la habían hecho ni resentida ni envidiosa. La habían hecho, eso sí –en la medida de sus capacidades-, observadora. Y con la casa a menudo durante horas a su disposición no le habían faltado elementos –álbumes de fotos incluidos- para meditar acerca de qué tipo de mujer había sido su fantasmal patrona. Se había estado esforzando entonces, consciente y deliberadamente, por encauzar sus maneras, mimetizándose con la idea que se iba haciendo de aquella a la que soñaba con suplantar definitivamente.

Había sido necesario el muy especial estado de ánimo, levemente exaltado pero a la vez contemplativo y distante, en que lo había dejado el nuevo encuentro con Eva para que Humberto se diera cuenta, sin poner en realidad en ello la menor intención, por pura intuición, de que Lita se esforzaba por parecerse a Elena. Y los esfuerzos de Lita le parecieron francamente irrisorios. Y lo absurdo, lo grotesco del esfuerzo de aquella buena mujer por aproximarse al ícono máximo de su altar le dieron tal pena, tal vergüenza ajena, que licuaron en su espíritu todo deseo de saciar en aquella piel sustituta la necesidad de abrazar al fantasma de la difunta. El travestismo acabó aquel sábado. Humberto dejó a la vista el generoso jornal de la mujer y se fue y no volvió hasta tan tarde que estuvo seguro de que la mujer ya se habría ido de su casa.



Tarde en la noche, bebiendo un cognac y escuchando un Nocturno de Chopin, la mirada perdida en el bailoteo de las luces de la rambla sobre el oscuro lomo de las olas, encaró finalmente lo que en el encuentro con Eva lo había impresionado más profundamente: la increíble simetría –o, mejor dicho, asimetría- entre el accidente de Elena y el (casi)accidente de Eva. Ambosteniéndolo a él como pleno testigo, de manera tal que si la muerte de Elena había sido una muerte *para* él, en el sentido de *escenificada* para él –y recién en este momento se daba cuenta de que así la había vivido-, la no muerte de Eva también la vivía –y así había sido en ese mismo momento- como una no muerte *para* él, de modo tal que la *resurrección* de Eva *corregía* la muerte de Elena. Y la corrección de aquel instante fatal venía a suturar una herida con tres años de vieja. Eva, así, le estaba *destinada* –como sintió en el mismo momento del (casi)accidente-, en ella Elena se continuaba, quedando así abolida la muerte y el absurdo. Eva era Elena. Era debido a esta feroz simetría –y no debido al patético intento de mimetizarse con un fantasma- que había terminado la cosa con Lita. El simulacro ya no le era más necesario. Semejante razonamiento –si así puede ser llamado-, semejante conclusión le insumió a Humberto dos copas generosamente panzonas de cognac. Por supuesto que estaba consciente del filón ricamente demente de su especulación, pero también es cierto que cuando se acostó a dormir esa noche por primera vez desde la muerte de Elena se sintió perfectamente consolado.

La mañana siguiente Humberto volvió a recordar con total claridad lo que había soñado. Y no era para menos porque lo que soñó era simplemente una voz que le repetía una y otra vez una sola frase: “Lo esencial es lo secundario”. La voz sonaba por momentos angustiada, como si temiera que el mensaje no fuera comprendido. No sin razón porque Humberto, efectivamente, no comprendía el mensaje, por más que se devanaba los sesos. En principio no comprendía cuál era el tema, a qué se refería la advertencia. Debía de ser un tema muy importante porque el mensaje había seguido resonaba obsesivamente en sus entendederas largo rato después de haberse despertado. Exasperado al no encontrar la respuesta decidió concentrarse en analizar la letra misma del mensaje. La conclusión más obvia e inmediata era que la letra del mensaje era ambigua. Funcionaba como un palíndromo. Podía ser leída en ambos sentidos: en el sentido de que lo esencial es lo que consideramos secundario y en el sentido de que lo que consideramos esencial es en realidad secundario. Pero no pudo ir más lejos.

Decepcionado e irritado salió a caminar por la rambla. Miles de personas se achicharraban sobre la arena de la playa. Se imaginó bajar a la playa y caminar entre el gentío con un altavoz repitiendo “Lo esencial es lo secundario. Lo esencial es lo secundario” para ver si alguien se acercaba a resolverle el enigma. Le hizo gracia la idea y se rió solo en voz alta, como un loco, llamando la atención de la gente con la que se cruzaba. Entonces, al relajarse, al distanciarse de la cosa angustiante que había en el mensaje, lo comprendió. Significa que en mi cabeza todo está al revés, pensó, mi subconsciente me advierte de que mis valores y mis prioridades están al revés de lo que debiera de ser. Lo alivió haber deshecho el nudo, pero a la vez lo preocupó la interpretación que había alcanzado. ¿Todo al revés? ¿Qué, por ejemplo? En realidad el mensaje, aún resuelto su significado, venía a sumarse a las perplejidades que había ido acumulando en los últimos días. Se preguntó si estaría necesitando ayuda profesional. Y luego se preguntó cómo sería vivir invirtiendo –o sea poniendo al derecho- sus valores y sus prioridades. Si se decidiera a hacerlo ¿por dónde empezaría? El tema le dio para entretenerse divagando toda la larga tarde del domingo sin llegar, por supuesto, a nada concreto.

*Amor y política*

No tardó Eva en volver a la papelería. Abrió apenas la puerta, metió sólo la cabeza y dijo con voz cantarina y graciosa, fingiendo timidez:

-¡Hola, soy yo!

-Hola –respondió Humberto haciendo a un lado el catálogo nuevo que estaba estudiando.

-¿Molesto?

-Claro que no. Pasá.

Humberto acomodó dos taburetes altos en un extremo del mostrador.

-Me muero de calor –declaró Eva dejando la mochila en el piso y sentándose.

-¿Un refresco?

-No tengo tiempo. Tengo un minuto, nomás.

-Tengo aquí. No hay que pedir al bar.

-¿Tenés Coca?

Humberto fue a su cubículo y de la heladerita sacó dos Cocas. Trajo sorbetes.

-¿Sorbetes también? Sos completo.

-¿Qué te trae por aquí?

Eva no sabía qué la traía, de hecho ni siquiera se lo había preguntado, quizá precisamente por eso se le hizo tan fácil ceder a la ocurrencia de pasar a saludarlo. Sabía sí que no podía olvidar la mirada del otro día. Joven como era nunca había recibido, por supuesto, una mirada como esa, sin roles, sin máscaras, sin poses. El efecto de esa mirada hacía que Eva, impulsiva como era, considerara -sin más y desde ya- como algo especial, sólido y diferente su relación con ese hombre callado y tranquilo que había estado al borde del colapso cuando la vio en peligro.

-Quería hacerte una pregunta –respondió, improvisando.

-Adelante.

-Vos sos de izquierda ¿no?

Los años y los negocios habían enseñado a Humberto a responder con cautela. Intuyó el peso que esa pregunta tenía para la muchacha. Era tantear el terreno para saber si estaban del mismo lado, si compartían las afinidades básicas. Y como al parecer era de mentalidad un poco antigüita la afinidad política era para ella un sine qua non.

-Yo estoy a favor del respeto a la Constitución –arguyó Humberto apelando a los valores supremos.

Eva sacó de su repertorio infinito de sonrisas una sonrisa desconfiada.

-Yo también. Pero ¿a quién votás?

-A la oposición.

-La izquierda es la oposición. Votás a la izquierda, entonces.

-Es la oposición ahora. Cuando ya no lo sea yo voy a seguir votando a la oposición.

-¿Por qué? ¿De contra nomás?

-No, querida. Porque lo peor que le puede pasar a una sociedad es que una de las facciones se perpetúe en el poder. Lo mejor es que, cada tanto, el poder cambie de manos.

Eva quedó callada. Bebió sorbitos de Coca. Aquello no estaba en su libreto y no la convencía.

-Lamento decepcionarte.

-No me decepcionás. Digamos que somos aliados coyunturales –dijo Eva haciendo gala, también ella, de un pragmatismo inobjetable.

-¿Alguna pregunta más?

-Mmm –hizo Eva, como si eligiera entre las muchas que tenía-. Sí. Según vos ¿cuál es el peor de los males que padece la humanidad?

Humberto respiró hondo. Vaya pregunta. Y sin embargo... tenía una vieja respuesta para esa pregunta. La desempolvó.

-La ignorancia es el peor de los males que padece la humanidad. Los hombres no saben cuál es el camino de la felicidad. La buscan por caminos equivocados. Si supieran el camino llegarían a ser felices, y entonces no serían crueles ni egoístas.

-¿Qué? –dijo Eva soltando una risa francamente escandalizada- No te creo. Hay el hambre, el subdesarrollo, la contaminación ambiental, el SIDA, las guerras imperialistas ¿y vos me salís con eso?

-Esas son las consecuencias de la infelicidad humana. Si los hombres fueran felices no serían malvados y esos males no existirían.

-O sea que si alguien le hubiera hecho cosquillas a Hitler no hubiera hecho lo que hizo. ¿De dónde sacaste esas ideas? ¿sos de alguna secta religiosa?

-No. Soy de los sesentas. En esos años mucha gente pensaba así.

-Los sesentas... ¡Pah! Mis padres eran niños en los sesentas.

-Yo era un adolescente.

Eva terminó la Coca sorbiendo ruidosamente las últimas gotas.

-Yo tenía otra idea de los sesentas.

-Hubo de todo. Cada cual recuerda lo que le parece.

-Y decime ¿qué política se puede llevar a cabo a partir de tu diagnóstico?

-La de enseñar los valores verdaderos.

-Que son...

-Los que ya sabemos...

-Y que siempre se enseñaron y nos trajeron a donde estamos.

-Es cierto.

-¿Entonces?

-Que hay que empezar otra vez, desde cero. Algo se hizo mal. De todas maneras ¿a qué vienen semejantes preguntas?

-Estoy buscando un guía espiritual –ironizó Eva haciéndose la misteriosa.

Humberto sonrió. Ella le devolvió la sonrisa con un gesto de “así como lo oís”.

-Andás mal encaminada. Pocas personas conozco con menos convicciones que yo.

-A lo mejor es bueno un gurú que no crea en demasiadas cosas ¿no?

-Y tus convicciones ¿cuáles son?

-Soy de izquierda –empezó Eva, punteando con los dedos-, soy comunista, soy procubana, y pienso que el marxismo sigue siendo la mejor guía para llegar a un mundo mejor –dicho lo cual miró su reloj pulsera y, sobresaltada, se paró y recogió la mochila-. Se me hace tarde. Gracias por la Coca.

-Mi refrigerador está a tus órdenes.

-Corrés riesgo al decir eso. Aparte de pesada soy lo más garronero que hay, y tu refri me queda justo de pasada para la Facultad –dijo e inclinándose por encima del mostrador le dio un beso en la mejilla. Uno de esos besos light que la gente se da ahora como si nada, pero a los que Humberto no estaba acostumbrado, por lo que lo impresionó el contacto de la piel

de sus caras. Antes de abrir la puerta Eva se detuvo y con gesto de predicador paciente le dijo:

-Ya veo que vamos a tener que discutir esto a fondo si queremos llegar a algún acuerdo.

-Te estaré esperando –dijo Humberto en un tono que inmediatamente se dio cuenta de que había sonado entre cursi y superansioso.

¡Jesús, María y José! se dijo apenas hubo salido Eva ¿cómo puedo decir tanta bobada nada más para hacerme el interesante con esta chiquilina? De sobra sabía que sus posiciones políticas no eran más que pseudopragmatismo, en realidad mera comodidad cuando no directamente indiferencia. ¿Y el rollo acerca de la felicidad? Ideas vagas, refritos de lecturas erráticas encalladas nunca más allá de la página veinte cuando no meramente sobrevoladas a nivel de titulares. ¿Cómo puedo hacerme el interesante con esta pobre muchachita que no sabe nada de nada? ¿dónde está mi dignidad? se preguntó realmente disgustado. Y sin embargo, muy dentro suyo, más allá de la vergüenza que le daba su actitud, sentía una satisfacción profunda. Me adoptó, pensó. Eva me adoptó. Represento de alguna manera, quién sabe cuál, algo que ella necesita y que estaba buscando y que encontró en mí. Me adoptó. Y pensó que sin duda este nuevo encuentro le confirmaba que Eva le estaba destinada, significara esto lo que significara. Supo en su corazón que a partir de ese momento estaría esperando, pendiente de la próxima reaparición de la muchacha.

## 10

### *Ready and willing*

En realidad Eva no tenía clase ni nada que hacer a esa hora pero le dio cosa estar conversando a solas –sin excusa alguna, *simplemente porque ella lo había buscado*- con alguien mayor aún que sus padres. Sintió de pronto que por hoy bastaba. Se apretó, para decirlo con las palabras que ella hubiera usado. Como si quedarse un rato más hubiera creado un vínculo ya comprometedor. Pero se fue con una sonrisa en los labios. Era muy agradable estar con aquel hombre alto, de hombros poderosos y mirada firme. Por supuesto que Eva se sabía sin criterio suficiente como para decidir si en el fondo lo que Humberto le decía eran tonteras o razones atendibles: para ella sólo eran reflexiones personales que un adulto le confiaba, tratándola de igual a igual, mirándola de igual a igual con esa mirada tranquila que a la vez parecía atravesarla y envolverla en un aura segura y cálida. Mirándola no como se mira a una muchachita, a una chiquilina, pensó, sino como se mira a una mujer, o sea, como nunca había sido mirada antes.

Cavilando así había caminado cuerdas y cuerdas bajo el sol. Se apoyó contra el muro del frente de una escuela, a la sombra de un gran gomero. Se sentía cansada por la caminata, pero a la vez se sentía excitada. Tenía las manos húmedas y una difusa sensación de delicia en todo el cuerpo. Se dio cuenta de que la sensación agradable que le había dejado la entrevista había terminado por anidar en sus pechos y en su vientre, debajo de la cintura, donde se juntan los muslos, *ahí*. Y eso... eso era verdaderamente *algo*. Algo increíble y absolutamente inesperado para ella. Algo que no podía ni siquiera empezar a *razonar*. Sin que pudiera razonarlo, la breve visita a la papelería era en la mente de Eva algo así como la mojada de pies que se da un bañista para comprobar si el agua está suficientemente templada como para zambullirse. Lo estaba, para el gusto de Eva –la prueba estaba en la respuesta de su cuerpo-, sólo faltaba asegurarse de que no hubiera aguavivas.

El panorama se le empezó a aclarar un rato más tarde. Eva tenía una compañera de clases, Marcia, que era su amiga más íntima, que tenía cinco años más que ella y que además hacía la Escuela de Teatro. Aún cuando –por pudor- Marcia no le contara el detalle de la iniciación a las relaciones jerárquicas a que toda joven más o menos bonita es más o menos forzada en nuestras escuelas de teatro, Eva tenía a su amiga como el prototipo más a mano de lo que es una joven liberada de prejuicios y viviendo a su aire, de manera que no tardó en contarle sus conversaciones con Humberto. Marcia que era quien le había dado la referencia de la papelería, conocía perfectamente el aspecto del sujeto.

-Está bueno. A punto. Maduro pero no podrido. Me encantan los hombros anchos. Y me encanta la nariz que tiene de boxeador –dictaminó.

Eva se puso colorada.

-Si te gusta, cogételo, nena. A ninguno de los dos les va a hacer daño. Y esos tipos que son así como medio hoscos o muy formales al final son los más tiernos y apasionados.

¿Cogérmelo? pensó Eva, si esta acelerada supiera que todavía soy virgen, aunque sea por poco tiempo. Pero no porque lo dijera tan crudamente Marcia dejaba de tener razón, pensó Eva. De *eso* se trataba. El coqueteo bobón en que había incurrido hoy tenía ese objetivo, bien que lo sabía su cuerpo.

-¿Será casado? –preguntó Marcia.

-Viudo.

-¿Cómo sabés?

-Me lo dijo.

-¿Te lo dijo? Eso es mostrar la baraja, querida. Por algo te lo dijo.

Pudo haber explicado que se lo dijo sin intención, que la situación explicaba por qué se lo había dicho, pero se calló. Le gustó que Marcia pensara que el viudo la asediaba.

-Los viudos tienen algo especial –siguió Marcia-. Están como casados con la muerte. Les agrega un aura como de misterio ¿no te parece?

-Puede ser –concedió Eva, aunque semejante idea no le había pasado por la mente-.

¿Vos te cogiste a algún tipo así, mayor?

-Claro, nena.

-¿Y cómo es?

-Son reconsiderados. Te tratan como a una bebé. Son lentos, y aplicados. Quedás recogida. Te enseñan cosas.

La entusiasta descripción de Marcia no impresionó demasiado a Eva, porque se basaba implícitamente en la comparación con los jóvenes, que Eva todavía no podía hacer.

-Suena bárbaro –dijo por compromiso.

-Y eso no es nada. Además no te cargosean. Esperan que vos los llames. No son celosos. Y hasta si los dejás te hacen regalos.

Eva usaba para dormir una camiseta de Nacional con el “11” y el apelativo “Sosita” en la espalda. Entreabrió la ventana para dejar entrar el fresco, que empezó a sentirse recién cerca de la medianoche. La casa de sus padres, de construcción económica, se recalentaba en verano y se helaba en invierno. Apagó la luz, se tendió en la cama boca arriba y cerró los ojos. Se acarició el gatito –así llamaba, para sí, por supuesto, al plumón que adornaba a su sexo-, respiró hondo y empezó a relajarse. No es fácil para una jovencita que va a cumplir diecinueve años asumir que la atrae más un señor mayor que los jovencitos de su edad. Le sorprendía no encontrar en sí ninguna resistencia a lo que había descubierto ese día. Repasaba palabra por palabra la arenga de Marcia y sentía cómo su sexo se contraía de

delicia. Se tocó entre los labios del sexo y se encontró mojada. Ready and willing, pensó, recordando una canción de Linda Perry. No es que no le gustaran los chicos de su edad. ¡Cuántas noches los había catado imaginariamente evaluando cuál podía ser el candidato ideal para el día siguiente a su decimonoveno cumpleaños! Ahora que con el pretexto del calor venían a clases de bermudas les miraba las piernas musculosas y velludas. Y cuando para ventilarse se levantaban las camisetas y mostraban el vientre plano y musculoso le venía una natural tentación de arrodillarse y lamerles el ombligo. Y sin embargo lo único que quería ahora era que Humberto la tomara en sus brazos. ¿Por qué quería eso? se preguntó ¿qué le gustaba tanto de ese hombre? Suspendió la distraída masturbación para concentrarse en esa pregunta. De pronto le parecía la cosa más importante poder responder a esa pregunta. Y sin embargo no podía hacerlo. Se representaba mentalmente a Humberto y todo lo que sentía era el deseo de que esos brazos poderosos la atrajeran hacia ese pecho ancho, y que le hablara al oído con esa modo pausado y tranquilo que tenía de hablar. Es más, ni siquiera era capaz de decirse “él es así o es así”. Todo lo que sabía de él era el deseo que le inspiraba a ella. Quizá todo empezó cuando lo vi asustarse tanto con el frenazo de aquel auto, o más bien con la manera en que me miró en ese momento, como si yo fuera su bien máspreciado, pensó Eva sin saber cómo pisar aquella tierra misteriosa. Este no saber no le sucedía con sus coetáneos, por supuesto, con los que compartía, mal o bien, todo un lenguaje, todo un código de señales, que les permitían descifrarse mutuamente sin esfuerzo, aunque era más un código de reconocimiento que de comunicación de cosas serias, densas, en realidad. Otra cosa, pensó, es un adulto: su sensibilidad, sus pensamientos, sus códigos me son absolutamente desconocidos. Respiró hondo claudicando en el intento por explicarse lo que le pasaba y retomó el masaje sedante, pero no sin decidir antes que haría todo lo que estuviera en sus manos para que aquel hombre fuerte y callado la abrazara y la besara. Al menos todo aquello que no le pareciera demasiado insolente. Y quizá algunas cosas demasiado insolentes también. Al fin y al cabo era viudo, era un hombre libre. Se concentró en imaginarlo solo en su casa. Y en ser insolente.

## 11

### *De la vida de las mariposas*

Por la mañana había una gran mariposa posada, del lado de adentro, en medio del ventanal. Humberto recordó la tormenta que por la noche había acabado con el calor agobiante que durara varios días. De madrugada había tenido que levantarse a cerrar la ventana de la cocina. El viento debe de haberla empujado dentro de la casa, o quizá entró huyendo de la lluvia, pensó. Era una gran mariposa marrón, festoneadas las alas con detalles en amarillo y naranja. Se quedó mirándola. Cada tanto aleteaba, juntaba las alas y volvía a abrirlas lentamente. Por más que se le acercó no levantó vuelo para huir hacia el interior de la sala. Evidentemente todo su horizonte era aquel obstáculo invisible, el vidrio, que la separaba de su mundo, el mundo del espacio y de la luz. Parecía como si esperara que de un momento a otro el obstáculo invisible simplemente se desvaneciera permitiéndole salir al aire libre. Cada tanto caminaba torpemente vidrio arriba y al llegar al tope retrocedía resbalando, aleteando como sin concierto, otra vez hasta el centro del ventanal. Se va a quedar ahí hasta morir, pensó, no es capaz de volar por la casa en busca de una salida.

Después, cuando las nubes se retiraron y el sol volvió a brillar, la mariposa revoloteó enloquecida –desesperada sería la palabra– de un lado a otro del vidrio hasta que volvió a detenerse, agotada, entregada a su destino, podría decirse. Humberto se acercó y le sopló suavemente encima. La mariposa juntó las alas y volvió a abrirlas, pero no huyó. Entonces abrió el ventanal, que se desplazaba sobre un riel. Al sentir que el vidrio se movía la mariposa reinició sus revoloteos, siempre con las patas rozando el vidrio. Llegó hasta el borde más allá del cual estaba la libertad. Un salto y sería libre. Pero no lo hizo. Realmente era incapaz de perder el contacto con el vidrio. Pensó en darle un empujoncito en la dirección adecuada pero muy vagamente recordó que de niño alguien le había dicho que si se toca las alas de las mariposas se las arruina y ya no pueden volar. Pensó entonces en pasarle un papel por debajo de las patas para, una vez sobre el papel, lanzarla en la dirección adecuada. La idea era buena, pero la mariposa le demostró que su decisión de no perder contacto con el vidrio era sólida. Una y otra vez, con un saltito, se bajaba de la plataforma de lanzamiento.

Como ya era casi hora de irse –sin haber desayunado, por lo demás– llamó por teléfono a su empleado, le indicó tomar un taxi, venir a buscar la llave y abrir la papelería. Por alguna razón que no necesitaba preguntarse estaba decidido a participar hasta el final del drama de la mariposa. Vino el empleado, se llevó la llave y Humberto se sentó en una silla a mirar al insecto. Estaba inmóvil. Largo rato estuvo inmóvil. ¿Estaría muerta? ¿al morir se caería al piso? ¿o quedaría parada sobre la superficie vertical, como las moscas? Se acercó y le sopló encima otra vez. La mariposa, como si comprendiera la angustia de Humberto, le envió la señal habitual: juntó las alas y volvió a separarlas. Vió entonces que por debajo las alas no tenían el diseño que por encima, sino que eran de un color beige liso. Claro, el camouflage es con las alas abiertas, pensó. Al rato la mariposa repitió su habitual excursión hasta el tope superior del vidrio y luego volvió a resbalar torpemente hasta su posición habitual. Las patas parecían estarle fallando, parecía recurrir a enérgicos aleteos para conservar el equilibrio. ¿Es sólo la impresión de un neófito, se preguntó, o este bicho está en el límite de sus fuerzas?

Decidió entonces que tenía que hacer algo. Buscó en la guía telefónica el número de la sociedad protectora de animales. El negocio del tipo que lo atendió eran sin duda los perros y los gatos. Cuando Humberto le explicó la situación el fulano pareció pensar despacio la respuesta, dejando entender que no excluía la posibilidad de que quizá el señor le estuviera tomando el pelo. Tuvo que convencerse de que no era así y de que Humberto estaba realmente preocupado por el destino de la mariposa. Tecleó entonces en un ordenador hasta que encontró el número de teléfono de un notorio –según él– coleccionista y experto en mariposas.

El experto lo atendió con toda amabilidad y comprensión. Pero no le dijo qué hacer hasta que estuvo seguro de que no se trataba de alguna variedad inédita. Humberto tuvo que describirla minuciosamente y tomarle toda una serie de medidas.

-Puedo ponerla al teléfono –dijo Humberto bromeando.

-Necesitaríamos un emisor superpotente –respondió el experto que, evidentemente, no sabía bromear con sus pasiones.

Cuando por fin estuvo seguro le dijo simplemente:

-Pero mi amigo, agárrela de las orejas y láncela por la ventana.

Humberto le explicó entonces la idea que tenía acerca de la intangibilidad de las alas de las mariposas.

-Los coleccionistas no queremos que se las tome por las alas porque son frágiles y se pueden romper o despintar y entonces el ejemplar no sirve para coleccionar –le explicó el experto ya con cierta impaciencia-. No se preocupe. Haga lo que le digo que todo va a salir bien. Para estar más seguro séquese bien las manos y entalqueselas antes de proceder. Buena suerte.

Humberto siguió las instrucciones. No dejó de parecerle por demás oscuramente simbólico usar el talco superfino de Elena para liberar al lepidóptero, frágil como un fantasma. La mariposa se dejó agarrar mansamente de un ala, aunque luego reaccionó al vértigo de la translación involuntaria pataleando en el aire y haciendo fuerza hasta con las antenas para soltarse. Humberto se acercó a la hoja abierta del ventanal, sacó la mano afuera y la soltó. Al principio cayó blandamente con las alas abiertas, girando en hélice, como caen las hojas muertas en el otoño. Humberto pensó que estaba liquidada y se dispuso a bajar a la vereda a recoger el cadáver como recuerdo. Pero no. De pronto la mariposa batió las alas y se alejó con su vuelo saltarín. Humberto respiró aliviado y la siguió con la mirada hasta que se perdió de vista.

Bien hecho, se dijo, desayunando al fin, ya pasada la media mañana. Pero estaba perfectamente consciente de que un par de semanas atrás hubiera solucionado el inconveniente con insecticida y que esta mañana anómala –en que había decidido no ir a trabajar sin solucionarle el drama a la mariposa- marcaba un hito en el cambio de actitudes –por decirlo de alguna manera- que había venido experimentando. Si esto no es invertir las prioridades y poner lo esencial en el lugar de lo secundario o viceversa, se dijo, entonces no sé cómo se hace. Y, ya extendiendo la mermelada sobre la tercera y última tostada, creyó comprender la razón secreta –que ya había intuído- de la operación de salvataje. En la mariposa, se dijo, encarnó el fantasma de Elena, que habitaba en esta casa. Y la casa simbolizaba a mi alma. La operación de salvataje fue un ritual de despedida. Elena ha salido de mi vida para que yo pueda seguir viviendo. Lo que pasó hoy es la continuación directa y el complemento del intríngulis en el cual el no accidente de Eva corrigió al accidente de Elena. La casa, o sea mi alma, está ahora dispuesta para mi relación con Eva. Quedó –no hace falta decirlo- profundamente impresionado por el tenor metafísico de sus cavilaciones, por la habilidad con que su mente era capaz de poner en orden las tan disímiles piezas de semejante rompecabezas.

## 12

### *Palabras sagradas*

Esa noche, como cada noche, Eva entró en el dormitorio de su abuela para darle el beso de las buenas noches. La abuela ya estaba en la cama, impecable como siempre con uno de sus preciosos camisones de batista con remates de puntillas, y con una redecilla protegiendo la permanente que se había hecho días antes –en ocasión del cumpleaños de Antonio, el pintor-, esperando por su nieta antes de apagar la veladora.

-Abuelita –gimió Eva en plan implorante, anegando la palabra con una ternura un tanto cargosa.

-¿Qué le pasa? –dijo la abuela tendiéndole las manos. Eva se sentó en la orilla de la cama y puso sus manos en las de la anciana.

-No sé qué me pasa. Decime cosas lindas.

-Sos preciosa. Está bien ser vieja si una tiene una nieta como vos.



-Eso. Siempre sabés qué decirme –aprobó Eva y le besó primero una mano y luego la otra.

-Decime qué te preocupa.

-Preocuparme, nada. Pienso cosas, me hago preguntas. Por ejemplo. ¿A una tienen que gustarle los de su edad o puede gustarle alguien mayor, un adulto?

Eva sabía que a su abuela podía decirle lo que fuera y que su abuela jamás se lo diría a nadie, especialmente a sus padres.

-Justo a mí me lo preguntás, que me casé mayorcita y con un hombre bastante mayor que yo. A una le gusta lo que le gusta, querida, y punto. La gente no es joven o vieja, es buena o mala, inteligente o estúpida, rica de espíritu o pobre de espíritu, eso es todo.

-Ay, abuela, y ¿cómo sabe una si la gente es una cosa o la otra de todas esas que decís?

-Ahí está el problema, mi amor. Porque si algo sobra en este mundo es lobos disfrazados de corderos.

-¿Entonces, abuela?

La abuela hundió las comisuras de los labios en gesto de no saber. Cabeceó suavemente a un lado y a otro en gesto de que de todas maneras había que optar.

-Hay que andarse con cuidado, no regalarse, pero de última no hay más remedio que confiar en lo que nos dice el corazón.

Eva lanzó un suspiro tan hondo e indiscreto que no pudo sino reírse de sí misma.

-Por suerte te tengo, abuela.

-Cuando yo era una muchacha, y más en la época de mi madre, era habitual que los hombres se casaran con muchachas a las que doblaban en edad. Ya ves que tu abuelo era mucho mayor que yo.

-Cierto.

-Lo malo es que al final te quedás sola.

-Ay, abuela, no estás sola. Nunca vas a estar sola.

-Sin pareja, quiero decir –y alzó las cejas en gesto de que tomara nota de ese aspecto de la cosa, pero de inmediato le hizo una sonrisa pícaro-. También era muy habitual que las mujeres casadas, ya mayores, tuvieran admiradores muy jóvenes. Pero eso no se decía, de eso no se hablaba.

-Mirá vos –dijo Eva fingiendo escándalo- eso no lo sabía.

-Así era. Después empezó a haber una separación cada vez más grande entre las edades. Y ahora la distancia es enorme. Las distintas edades se miran y no se comprenden, cuando no se desprecian directamente. Cambió el mundo. No se si para bien o para mal –dijo, hizo un gesto de desagrado arrugando la nariz y agregó-, me parece que para mal.

Eva escuchaba atentamente a su abuela. Para ella, desde siempre, las palabras de su abuela eran palabras sagradas. Soltó otro suspiro profundo.

-A mí también me parece que para mal, abuela.

La abuela sonrió y se quedó mirándola, escrutándole el alma. Eva fingió sobresalto.

-¿Qué me mirás así? No me hagas preguntas raras ¿eh? –advirtió Eva. Advertencia que en el lenguaje sin palabras de ambas significaba que ya pronto le contaría-. Me voy a dormir.

Se inclinó, le subió las cobijas bien hasta el cuello y le dio un beso suave y prolongado en cada mejilla.

La mañana siguiente, sentadas en el fondo del salón de clases, deponiendo todo amor propio y toda vergüenza, Eva le preguntó directamente a Marcia cómo hacía para seducir al viudo de la papelería.

-Primero que nada tenés que saber que, a menos que sean expertos en jovencitas, y me parece que no es el caso, los inhibe totalmente la idea de planchar y quedar como viejos verdes –empezó diciendo Marcia mientras se armaba un cigarrillo con esos dedos largos y hábiles que encantaban a Eva. Eva pensó que su amiga tenía una notoria inclinación hacia la pedagogía erótica-. Eso implica que vas a tener que ser vos la que le indique con claridad que estás afín. Vas a tener que soportar plantones escuchando sus reflexiones sobre la vida, bancándote sus paternalismos, hasta que se vaya dando cuenta de qué va la cosa y sintiendo que pisa terreno seguro. Pero para que llegue a eso no basta con que seas buena oreja. Vas a tener que hacer cositas. Por ejemplo, podés aprender a leer las líneas de la mano. O podés decirle que estás haciendo el curso de la Cruz Roja y mostrarle cómo sabés contar las pulsaciones. O apretarle una teta contra el brazo cuando te está mostrando algo. Cosas así.

-Ay, nena –gimió Eva-. Vos porque sos una descarada. Yo no soy capaz de hacer cosas así.

-Escuchame: cualquiera de estos lobitos –dijo Marcia haciendo un gesto hacia el conjunto de las espaldas de sus compañeros de clase- si les das un cachón así, se te lanzan encima. La presa que vos querés es otra cosa. No lo podés llevar a bailar. No te va a invitar al cine. Lo tenés que sitiar en su reducto y ahí ponerle directamente delante de las narices la evidencia. Sólo así va a reaccionar. Te lo garantizo.

-¿No podrías ir vos y explicarle?

-Puedo. ¿Pero vos vas después y das la cara? Porque por más que yo le diga él no va a venir a buscarte a la salida de clases.

-Gulp.

-Es lo que digo.

## 13

### *El momento de la verdad*

Parada delante de la vidriera de la papelería Eva le hacía señas. Con el dedo índice se señalaba el reloj pulsera, luego bajaba el filo de una mano perpendicular sobre la palma de la otra, luego hacía el gesto universal de comer y luego con el índice lo señalaba a él. Falto de práctica o nervioso por la sorpresa de la nueva visita Humberto no descifraba un mensaje tan sencillo. Para estar a tono se limitó a hacer el gesto italiano de no entender. Eva repitió la serie exagerando cada seña, otra vez sin resultados. Humberto se limitó a encogerse de hombros, dándose por vencido. Eva entonces mordióse el labio inferior y sacudiendo la cabeza (“mirá que sos nabo”) abrió la puerta y dijo:

-Que a mediodía vengo a comer con vos. ¿Ta? Chau.

-Bueno –dijo Humberto riéndose.

Pasó un buen rato flotando varios centímetros por encima del piso, dominado por un irreprímible sentimiento de exaltación y libertad, y repitiéndose, divertido “Soy un pendejo, esto me pasa por no haber vivido la adolescencia”. Porque como muchos de su edad, comparando con la libertad de que goza la juventud actual –y no tomando en cuenta las formas consumistas y mediáticas, metafascistoides de la represión actual sobre los jóvenes-,

Humberto pensaba no sin cierta razón a pesar de todo que, con o sin rocanrol, su adolescencia había sido reprimida y aburrida. Este tren de ideas lo llevó a razonar que, más allá de que Eva representara la hija que no tuvo, o de que efectivamente le estuviera *destinada*, significara esto lo que significara, la fuerza con que lo atraía tenía que ver también con vivir tardíamente la adolescencia que se le había frustrado. Llegar a semejante conclusión no le hizo ningún bien. La cita para almorzar que minutos antes le pareciera el premio mayor ahora le parecía una ridícula parodia. La atención a los clientes le hizo olvidar la idea, que acarició un buen rato, de buscar una excusa para zafar del compromiso.

Eva, por su parte, sudó toda la mañana bastante más de lo que exigía la temperatura ambiente. Devorada por la ansiedad y el temor no entendió ni jota del mazacote que le rebotó en los oídos durante tres horas de clases. Marcia viéndola distraída como nunca y oliéndose discretamente bajo los brazos a cada rato, adivinó las perspectivas. Le ofreció su frasquito de perfume. Olía empalagoso hasta la náusea, pero Eva comentó que estaba buenísimo. Hasta metros antes de llegar a la puerta de la papelería Eva venía repitiéndose “¿Qué estoy haciendo? ¿qué carajos estoy haciendo?”, pero no se detuvo. Dejó la mochila en la papelería y caminaron, silenciosos y nerviosos, ambos con las manos hundidas en los bolsillos, hacia el destino convenido, la Pasiva de frente a la Biblioteca Nacional. Humberto tratando de poner cara de “la señorita que camina a mi lado es mi sobrina”, Eva tratando de poner cara de “el señor que camina a mi lado es mi tío”, como si estuvieran siendo objeto de cuidadoso escrutinio por parte de los ciudadanos con los que se cruzaban, cosa que, por supuesto, no sucedía.

Eva pidió un chivito al plato y Humberto unas costillas de cerdo a la riojana. Bebieron Coca-Cola. Puesto que masticaba bocados muy pequeños Eva podía hablar sin parar. Espoleada por el silencio de Humberto, que no sabía qué decir, se lanzó a un feroz inventario de las capacidades, incapacidades y discapacidades de los profesores que tenía en la Facultad. No dejaba títere con cabeza, pero Humberto sospechó que la mayor parte de las sumarísimas descalificaciones tenían un trasfondo político.

-Suficiente de ese tema. Ahora contame de tus padres –pidió.

En la medida de lo que sabía Eva le hizo el cuento mítico-heroico de sus orígenes. Luego, sin transición alguna pasó a relatar la progresiva hostilidad que notaba entre sus padres, la decepción que eso significaba para ella, la pérdida de comunicación emocional que se daba progresivamente en su hogar y el papel superlativamente importante que en toda su vida, pero sobre todo ahora, tenía su relación con su abuela.

-Ellos no lo aceptarían –dijo-, pero yo siento que ya no les importo como antes. Papá se hunde en un ostracismo hosco y mamá cuando está en casa no hace más que leer novelas y dramatizar cualquier tema que se le presente. Si no fuera por mi abuela me sentiría horriblemente sola en casa.

-¿Siempre contás así de sinceramente tu vida?

Eva se quedó mirándolo asombrada.

-¿Estás loco? A ninguno de mis compañeros le contaría estas cosas. Te las cuento a vos porque sos mayor y podés entenderlas.

-Tus padres están llegando a una cierta edad en la cual se producen crisis y reajustes. Es algo pasajero –dijo Humberto tratando de merecer la excepcionalidad de que era objeto.

-Puede ser. Ya veremos ¿no? Contame algo de vos.

-Hay poco que decir, Eva. Soy viudo, no tengo hijos, vivo solo, trabajo mucho, salgo poco. Es todo –dijo Humberto preguntándose qué tanto de su vida podía decirle una persona de más de cincuenta a una de menos de veinte.

-¿Por qué no tuvieron hijos?

-Ella no podía.

-¿Y por qué no te casás otra vez?

-Quizá lo haga –dijo Humberto sintiéndose poco dispuesto a discutir con Eva lo difícil que le había sido desprenderse del fantasma de Elena o el papel que ella misma había jugado en eso-. Tampoco es tan fácil. Cuando un matrimonio fue bueno marca un nivel de exigencia difícil de alcanzar –o una espesa capa de acostumbramientos a los que es difícil desacostumbrarse, pensó Humberto para su sorpresa, y sin decirlo.

-¿Sentís que si te casaras de nuevo traicionarías a la muerta?

-Muy perceptivo de tu parte.

-Ya ves que no todas las jovencitas somos taradas.

-Nunca pensé que seas tarada.

-¿Qué pensás de mi?

-Que sos una muchacha preciosa, llena de vida. Y muy perceptiva.

-¿Te parezco linda?

-Muy linda. Debés de tener una pila de admiradores.

-Tengo.

-No me extraña.

-Pero no me interesan.

-¿Por qué?

-Porque tengo a alguien en mente. ¿Qué te parece?

-Bueno... me sorprendería que no fuera así.

-Sólo que no sé si es posible que tengamos... algo.

-¿Por qué? ¿Es casado?

-No –dijo Eva, y fingiendo concentrar todos sus esfuerzos en pinchar con el tenedor una arveja esquivada agregó en tono casual-. Viudo.

Después, ya a solas, Eva –que no podía dar crédito a lo audaz, por no decir desvergonzada, que había sido- se preguntó mil veces cómo fue capaz de semejante cosa si para nada había premeditado actuar así. Al contrario: había pasado la mañana arrepintiéndose a medias de la autoinvitación a almorzar y prometiéndose que se limitaría a hacer la plancha sobre la situación. Después de abundante cavilar llegó a la conclusión de que fue la actitud de Humberto –entre paternal y pasmado, frenando con la zapatilla todo el tiempo, como se dice- lo que la desenfrenó. Le pareció que había algo hipócrita en la actitud de él, porque si ella sabía ya que todo este asunto tenía que ver con sexo, entonces él mucho más tenía que saberlo, y sin embargo se atrincheraba en la formalidad y la reticencia. De manera que se le fue juntando la adrenalina hasta que llegado el momento no frenó ni dobló sino que siguió de largo, dejando a Humberto –que, acosado por el estigma del ridículo, también había decidido hacer la plancha sobre la situación- con la boca abierta y nada que decir. A Eva se le escapó una risita nerviosa.

-¿Viudo? Bueno... podés intentar... decírselo –argumentó Humberto haciéndose el bobo, tratando de eludir la evidencia o de ganar tiempo ante el ataque frontal.

-Se lo estoy diciendo –dijo Eva, sin intención de retroceder. Pero dejó los cubiertos en el plato, apoyó los codos en la mesa y cubriéndose la cara con las manos se dijo en voz alta:

-Ay, Eva, sos una bestia.

Envarado, rígido como una estaca, Humberto se limpió cuidadosamente la boca con la servilleta. Entonces vió que Eva abría los dedos medios de una mano para espiarlo desde su escondite y no pudo evitar reírse.

-Ay, Eva –soltó también, dejándose ganar por una ola de alegría que le surgió de todas partes. Sintió que la muchacha tenía razón, que aquello era un juego y que no había razón para no jugarlo. Eva se sacó las manos de la cara y se miraron. Se vieron ponerse colorados.

-Te pusiste colorado –se burló Eva, como si con eso ella hubiera ganado el juego.

-Vos también te pusiste colorada –retrucó Humberto.

-Pero yo siempre me pongo colorada –argumentó Eva.

-Eva, por Dios –explicó Humberto tratando de sonar razonable- yo no sé cómo manejar esto.

-Yo menos. Pero si me tratás como a una chiquilina salgo corriendo y no me ves más –amenazó, fingiendo ponerse seria.

Humberto se preguntó cómo hacer para no tratarla como a una chiquilina. *Es una chiquilina y yo ¿soy el irresponsable que le va a joder la vida?* se preguntó.

-Se nos va a enfriar la comida- dijo, y se concentró en su plato.

Mirándolo llevarse un bocado a la boca Eva se preguntó si esa calma, ese autocontrol súbitos de Humberto significarían que su kamikaze no había tenido sentido. A su vez recogió sus cubiertos y se preparó un bocado.

-De todas maneras –objetó Humberto tratando de mantenerse en el terreno de la medida- no podrás negarme que podrías ser...

...¿tu hija? Es obvio.

-De hecho me encantaría que lo fueras.

-No eran esos los impulsos que pretendía inspirarte –dijo Eva irónica.

-Bueno, por algo se empieza –dijo Humberto, conciliador, viendo que Eva se cerraba-.

¿Quién te dice que a partir de eso no se pueda construir algo?

La falta de respuesta le dijo a Humberto que Eva no había entendido el subtexto del chiste. Pensó que aquello era absurdo, que jamás podrían saltar la distancia y sintonizarse. Le pareció que la muchacha empezaba a sentir vergüenza por lo que había hecho y pensó que tanta valentía se merecía algo mejor que la respuesta que le estaba dando.

-Perdoname, Eva. Entendí que si estoy respondiendo mal o si no estoy respondiendo como querías es porque no estaba preparado para esto.

-Me doy cuenta –dijo Eva. Respiró hondo. Sintió que todo había sido inútil. Deseó que ya acabara esta situación.

-¿Qué querías que te dijera? ¿"Qué bueno que me lo decís porque es justo lo que yo siento"? No hubiera sido cierto. Yo no veía así nuestra relación. Al menos no exactamente así todavía.

-¿Cómo la veías?

-No lo sé. No tengo la menor idea.

-Porque sos lento –dijo Eva casi agresiva.

Humberto se rió. Sintió que Eva se relajaba un poco.

-Sí, soy lento. Siempre lo fui –dijo bajando la guardia.

Mirándolo atareado con los huesos de las costillas de cerdo a Eva se le ocurrió preguntarse qué haría Marcia en una situación similar. No tuvo duda: lo noquearía. Por supuesto, eso tenía que hacer. Al fin y al cabo si de puro caradura había recorrido la mitad del camino ¿por qué no recorrería la otra mitad? Y entonces entendió que eso era lo que él

quería, que eso significaba su actitud ambigua, que a eso la estaba invitando: a que tomara ella las riendas del asunto, tal y como Marcia le dijo que sucedería.

-Mañana es mi cumpleaños. Cumpló diecinueve –anunció Eva.

Humberto disimuló la descarga eléctrica que le significaron esas palabras: el día siguiente era también el aniversario de la muerte de Elena. Eva tampoco le reveló el significado sexual de su decimonoveno cumpleaños.

-Pasado mañana, viernes, le voy a decir a mis padres que me quedo a dormir en casa de una compañera –dijo Eva, y no dijo más.

Eva descartaba la ensalada rusa y terminaba de comerse las papas fritas. Se quedó mirándola. Le estaba destinada entonces. Realmente le estaba destinada. No de otra manera podían leerse casualidades tan insólitas. No de otra manera podía interpretarse la actitud intransigente –o es sí o desaparecés del mapa- de la muchacha. Asumió en ese momento que aquello, pasara lo que pasara, no tenía marcha atrás. Beberían del cáliz hasta la última gota.

-De acuerdo –dijo. Tomó la mano de Eva, se la llevó a los labios, y la besó. Eva se puso colorada como un tomate. Las mesas están muy cercanas en ese restaurante y varios comensales se quedaron mirándolos.

-¿Qué? –preguntó, burlón-. ¿Te da vergüenza que un señor mayor te bese en público?

-No, idiota –respondió Eva, desafiante-. Me da vergüenza que me beses la mano en público. Es algo muy íntimo.

Tomaron café. Eva se puso a hablar de su calendario de exámenes. Caminaron de regreso con las manos en los bolsillos y con Humberto hablando de lo difíciles que estaban los negocios. Eva recogió su mochila y al despedirse lo besó fugazmente en la mejilla. Humberto sintió que se quedaba en compañía de todos los ángeles del infierno.

## 14

### *Vela de armas*

Hundido en su sillón favorito, los pies sobre un puf, Humberto miraba desde su ventanal las luces de Iemanjá en la playa Ramírez. Se había levantado viento y cada tanto un relámpago iluminaba con su luz colérica a la muchedumbre, al mar, que empezaba a picarse, y sobre todo al tropel amenazante de nubes bajas y panzonas. Después el trueno largo y apagado hacía vibrar los grandes paneles de vidrio del ventanal. No tardaría mucho en llegar la lluvia. Los dos dedos de whisky sin hielo que acostumbraba beber al anochecer hoy serían cuatro. Realmente los necesitaba. Sentía que, con lo sucedido en el almuerzo, el período de confusión, quizá de cambio que había estado viviendo había alcanzado su punto de inflexión, había cruzado su línea de sombra. Después de la inconcebible coincidencia de fechas entre el cumpleaños de Eva y el aniversario de la muerte de Elena, que venía a sumarse a la simetría de muerte y vida, o de muerte y resurrección de los accidentes de ambas, y después de la increíble decisión con que la muchacha lo había puesto entre la espada y la pared, la *relación* entre ambos, relación que no podía ser sino en primer lugar sexual, era algo inevitable, escrito en el destino de ambos. ¿Cómo cortar ahora? ¿Cómo decir ahora no quiero esto? Imposible. Se dejaría llevar por la propuesta, o más bien por la exigencia de la muchacha y pondría en ello toda la delicadeza y la generosidad de que fuera capaz. De ninguna manera estaba seguro de que aquello pudiera funcionar ni siquiera mínimamente, no estaba seguro ni de que aquello pudiera siquiera consumarse. No era

capaz de imaginarse teniendo sexo con ella, pero sí estaba seguro de que podía ser infinitamente tierno con ella y hacerla sentir que ponía lo mejor de sí.

Inducido quizá por el fuego de la bebida, que paseaba morosa y deleitosamente por su cavidad bucal antes de tragarlo, dio en cavilar que sin el estado de confusión mental en que había vivido las últimas semanas seguramente esta cosa con la muchacha no hubiera sucedido. Amuralladas como estaban su vida y su mente no hubiera habido un intersticio por el que se colara algo tan extraño. De ahí a concluir que ese inesperado estado de confusión se produjo precisamente *para* que la relación fuera posible, *para* que la muchacha pudiera entrar en su vida, no había más que un paso y lo dio. Es así, por lo demás, como procede el Destino, haciéndonos leer el pasado de tal modo que resulte que conducía inevitablemente al presente que vivimos, pensó, no enteramente inconsciente de la pizca de grandilocuencia alcohólica que había en sus conclusiones. Ahora bien: ¿por qué o para qué la muchacha le estaba destinada? eso era harina de otro costal y para eso su máquina de elucubrar ni siquiera bien estimulada tenía una respuesta.

A la misma hora Eva, tendida en su cama, las manos debajo de la nuca y los pies cruzados, mirando en su ventana el resplandor lejano de los relámpagos, oyendo los rumores de la casa –la cháchara del televisor, los ruidos de la cocina, el tango que su padre siempre silbaba mientras se afeitaba-, esperando el llamado para cenar –o, más bien, antes, el llamado para que pusiera la mesa- paladeaba gozosamente la sorpresa, todavía intacta, que le causaba lo que había hecho. No estaba ni en lo más mínimo arrepentida. Se sentía dueña de su vida como nunca se había sentido antes. Había tomado una decisión mayúscula, que marcaba en serio su vida, y la había tomado sola y había actuado en consecuencia. Sentía que después de este acto de autonomía absoluta su vida ya no sería igual. Ahora sabía lo que es consultarse a sí misma y tomar el camino que desde lo más íntimo se sabe que es el deseado. En cuanto a él: su misma reticencia, su misma dificultad para encarar la situación le decía que en él no había maldad, no había deseo de aprovecharse de ella, de que en su alma era un hombre bueno, de que en su alma estaba vivo aquel sentimiento que descubrió en su mirada. Ya te voy a enseñar a pasar de eso que sentís, sea lo que sea, a enamorarte de mí perdidamente, le advirtió telepáticamente.

Después de cenar, hablando fuerte para que su madre oyera, llamaría a Marcia para combinar de quedarse a dormir en su casa mañana. Después, hablando bajo y un poco en clave para que si se la oía no se la entendiera le agradecería a Marcia sus sabias palabras y sus consejos, que le habían sido muy útiles. Al principio Marcia no entendería de qué le hablaba, pero cuando se diera cuenta le preguntaría si ya se había consumado la cosa, a lo que ella respondería haciéndose la misteriosa: casi casi, a punto, aunque la verdad es que lo que se dice a punto, la que estaba a punto, era ella.

## 15

### *El vuelo del panadero*

Al día siguiente Humberto fue al Shopping y le compró a la muchacha, como regalo de cumpleaños, una bata preciosa y carísima, de seda natural, corta por las rodillas y con un delicado estampado de estilo japonés. Obviamente que no podría llevársela a su casa porque implicaría explicaciones imposibles de dar a sus padres. Comprendería entonces que

se la regalaba para que la usara en casa de él, y que de esa manera simbolizaba el deseo de que la relación fuera buena y duradera.

Más tarde, en la papelería, al salir un cliente se coló en el local un gran panadero que flotó largamente en el centro del local como buscando dónde dejar su fruto. Humberto lo recogió ahuecando la palma de la mano. Se le ocurrió hacer con él un adorno. Atarle un filamento con hilo de coser y colgarlo. Se lo llevó al cubículo y puso manos a la obra. La tarea no era nada sencilla. En primer lugar había que tener la mano muy liviana para no aplastar la fragilísima estructura. En segundo lugar, por más que cerró la puerta del cubículo para evitar las corrientes, la cosa era hipersensible al mínimo desplazamiento de aire y no se quedaba quieta para nada. En tercer lugar cada filamento estaba conectado con los vecinos por una red casi invisible de subfilamentos de manera tal que era casi imposible aislar uno para atarlo con el hilo de coser. En cuarto lugar, como pudo comprobar cuando finalmente consiguió meter en el lazo por lo menos la punta de un filamento, bastaba con cerrar el lazo para que el filamento simplemente se desprendiera del centro. Sin duda que la sabia naturaleza había previsto esta fácil desafectación para que el artefacto en su conjunto no quedara atascado en el primer obstáculo y pudiera seguir adelante con su misión. Tras varios intentos fallidos el panadero empezaba a mostrar claramente un lado medio pelado, hasta que finalmente el lazo se cerró sobre un filamento que no cedió. Con mucho cuidado Humberto levantó el colgante por el hilo y lo llevó de regreso al centro del local donde escalerilla mediante lo colgó del dispositivo de la iluminación. Mientras duró fue un éxito estético, francamente digno de ser patentado. Cada desplazamiento del aire ponía al panadero a volar con la misma suave elegancia con que nos fascina al aire libre. Volaba y el hilo lo seguía lenta, morosamente. Y cuando el hilo ya no le permitía seguir regresaba con el más caprichoso e irregular de los vuelos pendulares de que se tenga noticia. El final fue el previsible. Cuando un cliente abrió la puerta de calle el golpe de aire fue demasiado para el filamento que había estado resistiendo corajudamente pero al límite de sus fuerzas.

No poca materia de meditación le dio el episodio a Humberto. Repatingado en el sillón de su escritorio y con los dedos de ambas manos entrelazados sobre el vientre razonó que el panadero, ser ligero, libre y gracioso si los hay, era Eva, y que el cuidado que sus manos habitualmente torpes habían tenido con él representaba al cuidado que deseaba tener con ella. La facilidad con que el panadero se había liberado representaba la volatilidad que necesariamente tendría la relación con Eva. Ahora bien ¿desde cuándo, se preguntó, necesito estar interpretando el vuelo de las mariposas o el de los panaderos para comprender de qué va mi vida? Decididamente estoy fuera de control, pensó. A saber lo que en semejante contexto va a terminar siendo la relación con esta chiquilina. Sin duda que si no estuviera como estoy de descentrado esto ni siquiera hubiera comenzado.

## 16

### *Diecinueve*

Eva no les dijo “Bueno, abuela...” ni “Bueno, mamá...” cuando la felicitaron por su cumpleaños, pero no porque le faltaran ganas de bromear, que por temperamento nunca le faltaban. Es que una cosa era decirles eso cuando se le ocurrió, meses atrás, y otra muy distinta era decirlo ahora. Ahora hubiera sido decirles lo que realmente tenía la intención de hacer, cosa a la que no se atrevía aunque estuviera completamente decidida. De todas



maneras el tema del acuerdo cumplido estuvo sobre la mesa porque la abuela, que no daba puntada sin hilo, le regaló, para escándalo de su madre, su primera ropa interior medio transparentona y con puntillas.

-Había en rojo y en negro –dijo la abuela con una sonrisa pícaro y cómplice, toreando a la madre- pero a vos te queda tan lindo el blanco...

-Ay, abuela, vos estás en todo –bromeó Eva estampándole un beso sonoro en la mejilla, y agregó, sin mentir, pero arrepintiéndose apenas dichas las palabras- es justo lo que estaba necesitando.

Con semejante regalo, y aunque se esforzó por disimularlo, pasó a segundo plano el voluminoso y carísimo Diccionario de Términos Históricos que le regalaron sus padres. La verdad es que hoy por hoy me vendría mejor un diccionario de términos picantes, estuvo a punto de bromear Eva pero se contuvo a tiempo. De puro bocona iba a terminar por levantar la perdiz. Si a su madre se le ocurría sospechar algo de la salida de mañana no le daría permiso para pasar la noche afuera, o llamaría tarde de noche para chequear. Sabía que aún cumplido el acuerdo de los diecinueve su madre la seguiría tratando como a una niña mientras pudiera. Sería chistoso pasar por la papelería y decirle a Humberto “Disculpá pero mamá no me deja venir”.

Pasado el rato de las felicitaciones, ya sola en su cuarto, Eva se probó su nueva ropa interior. Se sintió ligeramente ridícula. Para ponerse estas cosas hay que pararse como en pose, pensó, y ensayó algunas poses. ¿Lo excitaré con estas cosas o le darán un poco de risa como a mí? se preguntó, sin saber realmente qué responderse. No sabía todavía que lo que excita a los hombres más que los medios concretos es la voluntad de las mujeres de excitarlos. Sabía sí que de todas maneras por el momento no podría usar las nuevas prendas. Para no despertar sospechas es mejor dejarlas aquí, pensó suspirando, entre aliviada y resignada. Las devolvió a sus bolsitas de celofán y las dejó bien a la vista en el primer cajón de la cómoda. Aunque en realidad sus padres la hubieran perdido de vista igual seguirían cumpliendo con los rituales destinados a la custodia del tesorito de la nena. Se preguntó cuál sería la reacción de sus padres si supieran de su relación con el viudo. ¿Sería de susto porque su hija andaba con alguien que por la diferencia de edades estaba en condiciones de abusar de ella, de manipularla, de hacerle daño, de hacerla infeliz? ¿o sería de celos en la medida en que ella en tanto adultos más cercanos, los sustituía, los ponía necesariamente a competir con la sabiduría y los consejos de un intruso? Tendrían ambas reacciones seguramente, pensó encogiéndose de hombros.

Sentada en el borde de la cama, con las piernas separadas, se tocó el sexo. Separó los labios y con la yema del índice buscó en los bordes de la vulva la piel que habría de ser desgarrada. Le pareció tenerla bien localizada. Una membranita ínfima adelante y otra atrás. ¿Tendría un virgo resistente? ¿le dolería? Sería como hacerse un tajo en un dedo seguramente, no mucho más. Por un momento pensó en hablarlo con la abuela –con su madre ni soñar- pero se dio cuenta de que no podría. Abuela ¿duele cuando te rompen el virgo? No, no podía. El sabría cómo hacerlo de la mejor manera. Lo que era cierto era que para ella –hija de su tiempo- la virginidad no revestía valor de ninguna índole. Hubiera preferido perderla de chiquilina andando en bicicleta. Cosa que por lo demás quizá le había sucedido sin saberlo. No la asustaba nada lo que iba a hacer, pero estaba vagamente consciente de cruzar una cierta línea. El residuo de aprensión que experimentaba se debía a que sabía que al optar como optaba –por un adulto- había ciertas cosas que no las viviría. Porque de ciertas experiencias no hay marcha atrás. No aprendería el beso y el abrazo y la pasión con alguien inexperto como ella. Iba hacia la cita con Humberto haciendo, a medias

inconscientemente, el duelo de aquello que ya no sería, de aquello que ya no conocería. Y aún así, iba, caminaba los pasos que la llevaban inexorablemente a aquello sin dudar, sin titubeo, sin que le pesaran los pies. Vivía aquel camino en cuyo tramo final ingresaba como un camino para el que en realidad no tenía opciones, porque era, ciertamente, el suyo. Si alguien le hubiera echado un discurso contrario a su opción, por más racionalmente argumentado que hubiera estado, se hubiera encogido de hombros, sabedora intuitiva de que hay razones del corazón que la razón no entiende. No pensaba –como Humberto- que la arrastraba alguna fatalidad, pensaba que hacía aquello a partir de lo cual su vida sería más suya. ¿Estaba en verdad enamorada de él? Eso sólo Dios lo sabe. Ella sólo sabía que –por las razones que fuera- era a él a quien había elegido.

## 17

### *La Virgen María*

Ese viernes temprano de mañana llegó el envío de mercadería que estaba pendiente pero Humberto ni por un instante recordó su decisión de salir de vacaciones en cuanto llegara la carga. Se dedicó a buscar en la lista de clientes a aquellos que habían estado pidiendo alguno de los papeles que acababan de llegar y a telefonarles para darles la buena nueva. Eva llegó un minuto antes de la hora de cierre. Se había puesto una polera blanca, jeans negros y los champions habituales. Había pensado en darse algún toquecito de maquillaje en casa de Marcia pero la experta la había disuadido.

–Te aseguro que te prefiere al natural –le dijo.

Después, ya casi para salir, a Eva le había dado el chucho. Marcia la abrazó para darle ánimos.

–Si llegado el momento las cosas no te cierran basta con que le digas que no podés y te vas. No se va a poner pesado. Un veterano con una chiquilina siempre maneja un residuo de culpa, o de temor al ridículo, te lo aseguro –dijo Marcia-. Cualquier cosa me llamás. Yo voy a estar en casa hasta las diez y media. Después salgo.

Ahora, mirando a ese hombre grandote, de un metro ochenta y pico, agachado ajustando el candado de la cortina metálica, Eva sintió algo parecido a la ternura y le dieron ganas de tocarlo, de tocarle el pelo enrulado veteado de canas, de tocar los hombros poderosos, hasta de pasarle la mano por la cintura cuando se paró, para que a su vez él le pasara el brazo sobre los hombros y caminaran enlazados disfrutando del aire fresco del atardecer. No, él no le haría daño, no la decepcionaría, él sería –se dijo, algo melodramáticamente- la roca en la que ella se apoyaría cuando el momento llegara. Caminaron ambos una vez más con las manos en los bolsillos.

–Bueno, aquí estamos ¿no? –dijo Humberto.

–Ahá –dijo ella.

–Es raro.

–Rarísimo.

Humberto se puso a hablarle de un papel de magnífica calidad que le había llegado. Trescientos gramos, puro algodón, texturado, tan bueno que podía preparárselo en bastidor para trabajar con óleo. Entraron en Carreras, compraron porciones de tarta de acelga y de hongos, y dos alpinos. Después que dejaron atrás la avenida y empezaron a bajar por la solitaria y silenciosa Frugoni, Eva dijo:

–Dame la mano –y tendió la suya.

-Si te doy la mano es más como si fuéramos novios –dijo Humberto desafiándola, con tono exageradamente mesurado-. En cambio si nos damos el brazo es más como si fueras mi hija o mi sobrina.

-No jorobes y dame la mano –insistió Eva, que no estaba para sutilezas.

Le dio la mano. La mano de Eva estaba húmeda.

-No estés nerviosa –dijo Humberto con dulzura-. No tiene que pasar nada si no querés. Todo es tal y cual vos lo quieras.

Eva detuvo el paso y lo miró a los ojos en la penumbra del atardecer. Humberto captó que estaba con los nervios a flor de piel. En su mirada había una especie de ruego mudo que, nervioso como estaba también él, no supo interpretar. –aunque quizá más tranquilo tampoco hubiera sabido. El ruego –que, por supuesto, Eva tampoco hubiera sido capaz de formular- decía, por supuesto: vos, que tenés toda la experiencia mientras que yo no tengo ninguna, mostrame el camino, que yo estoy dispuesta a seguirlo.

Siguieron caminando. Humberto pensaba que así, de la mano, tendrían que pasar frente a la pollería, frente a la verdulería, frente a la panadería, y que finalmente quizá tendrían que cruzarse con algún vecino al entrar al edificio. Pensó “Que sea lo que Dios quiera”. Milagrosamente, no tuvo que saludar a nadie ni vio que nadie los viera. Cuando entraron al apartamento Eva sólo tuvo ojos para la gran vista sobre la costa. Avanzó hasta el ventanal.

-Uau, qué vista –dijo.

Alla abajo estaba la rambla, con la cebra bien iluminada, el río de autos, como un río de luces, desplazándose hacia el este, la bahía con el reflejo del alumbrado de la rambla sobre las aguas quietas, y la gran oscuridad del mar, con las luces de los barcos que esperaban puerto recostados contra el horizonte. Humberto se paró detrás de Eva. Pensó que así como no le había dicho nada del laberinto de coincidencias contradictorias o complementarias entre accidentes y no accidentes, nacimientos y muertes, tampoco le diría que desde aquí mismo había visto el accidente de Elena, allí sobre la cebra. No quería que ella supiera que esas imágenes horribles revivían en su mente cada día. Estaban en silencio, solos, a centímetros de distancia sus cuerpos. Pensó en poner sus manos sobre los hombros de la muchacha, o quizá en su cintura, pero no se atrevió a hacerlo. Sintió que las cosas comenzarían a suceder si lo hiciera, que tendría que seguir adelante, y pensó que era mejor que todo fuera muy despacio.

-Esta es la hora en que tomo un trago de whisky –dijo-. Te sirvo algo.

-Coca, si tenés. La tendencia de mis coetáneos a emborracharse con cerveza me sacó las ganas de conocer las virtudes de las bebidas espirituosas –dijo Eva, que, con no poco esfuerzo, consiguió sonar calma y distendida.

Humberto encendió una luz de mesa, pero Eva prefirió que la sala quedara en penumbras.

-Es muy lindo el resplandor que llega de afuera –dijo-. Y a la vez se ve mejor afuera sin luz adentro.

Servidas las bebidas se sentaron en sillones enfrentados. Eva estaba callada. Miraba fijamente al vaso de Coca que hacía girar entre sus dedos. Humberto apenas podía adivinar su rostro en la penumbra.

-Tengo algo que decirte –anunció finalmente la muchacha con tono juicioso.

Tiene novio, tiene Sida, esta enamorada de mí, quiere irse, barajó Humberto en menos de un segundo.

-Soy vírgen –declaró Eva.

Humberto no había desvirgado a ninguna mujer. Ni su primera novia ni luego Elena habían llegado a él vírgenes. La declaración de Eva no lo sorprendió ni lo sobresaltó. Se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en eso porque le parecía obvio –cuando en realidad no lo era- que la muchacha sería virgen. Se preguntó con cierta inquietud si había asumido como obvio lo que ahora la muchacha le confirmaba porque era en realidad lo que deseaba. Se imaginó al mítico tegumento desgarrándose y sangrando, y las consecuencias míticas del acto: ser un referente imborrable para siempre en la mente de la muchacha. ¿Eso quería él? Eva lo miraba cavar, apenas perceptible el rostro en la penumbra. Se preguntó si lo habría shockeado.

-Te aclaro que no le adjudico ningún valor trascendente a ser virgen ni a dejar de serlo –dijo, impecablemente juiciosa, como para tranquilizarlo-. Nada más es un dato que tenés que saber.

Humberto respiró hondo. Trató de concentrarse, de controlar su desasosiego, de decir lo adecuado.

-Seguramente estás nerviosa –dijo finalmente-. No tenés la menor idea de cómo estoy yo.

No era eso lo adecuado, no era lo que Eva necesitaba oír, y lo castigó con un sarcasmo.

-¿Qué te pasa? ¿Sentís como que te sacaste la grande? ¿Tener una muchacha jovencita y además virgen?

-No, Eva –reaccionó, metiendo la pata más a fondo-. Lo que quise decir es que yo no soy un seductor, ni mucho menos un libertino. Me siento horriblemente responsable. Me da pánico la posibilidad de no estar a la altura de las circunstancias.

-Puedo irme –dijo Eva volviendo a castigarlo por inoportuno.

-Hacé lo que quieras –recoló torpemente Humberto, cargando en la muchacha la decisión de estar ahí.

Las palabras, una vez más desacertadas le dejaron un gusto amargo a Eva, le sonaron casi a indiferencia, casi a rechazo. Pero no se iría. La vida no le había enseñado todavía a dar marcha atrás en el momento adecuado.

-O podemos tomárnoslo con calma –dijo.

Humberto estaba tan tenso por el conjunto de la situación que ni siquiera fue capaz de agregar algo, de plegarse a la actitud conciliatoria de la muchacha. Bebieron en silencio.

-Qué silenciosa es tu casa –dijo Eva, forzándose a sonar tranquila-. El ventanal es como si fuera una gran pecera. No se oye nada.

-Es que los vidrios son dobles. Si no no se soportaría el frío cuando sopla del sur.

En el silencio que se hizo ahora ambos sintieron que el arrecife quedaba atrás y que navegaban en aguas más quietas y seguras, que de alguna manera entraban en contacto, que en realidad ninguno de los dos haría o diría alguna tontería que rompiera la situación y los alejara. En el silencio se comunicaron mutuamente que realmente querían aquello para lo que estaban allí: la entrega mutua de los cuerpos, el descubrimiento mutuo de la piel, la búsqueda mutua del placer. Se relajaron, se oyeron uno al otro respirar hondo.

-Tengo tu regalo de cumpleaños –anunció Humberto y fue a buscarlo.

Lo puso sobre las rodillas de Eva y encendió la luz de mesa. Eva abrió el paquete y sacó la bata. Se quedó mirándola con ojos maravillados. Esta prenda tan sensual, para mí, pensó, para que me la ponga y me muestre con ella, para que me desee con ella puesta. Humberto leyó bien ahora en su mirada: estaba encantada porque le había dado un regalo que se da a una mujer. De seguir en esta línea de lectura –Eva quería simplemente ser tratada como la

mujer que quería ser- Humberto hubiera acertado siempre. Pero Humberto cuando acertaba no sabía por qué acertaba, y cuando no acertaba no sabía por qué no acertaba.

-Es una maravilla –dijo Eva-. Dame un beso.

Se acercó, se inclinó, la besó en la mejilla. Pero ella giró la cabeza y puso sus labios contra los de él. Lo mareó tener de pronto en la boca aquella boca blanda y suave, ansiosa y dispuesta. Y torpe. Acarició con sus labios los de ella, pero no supo hacer de modo que ella los abriera. Ella había cerrado los ojos. Cuando se retiró y ella abrió los ojos vió en su mirada la inseguridad, casi la pregunta de si había dado bien el beso.

-Qué impresionante el sabor del whisky en el beso –dijo Eva, no sabiendo qué decir pero con la objetividad que sólo la ingenuidad puede permitirse.

Humberto fue a por su vaso y se lo ofreció.

-Sólo una gota –le dijo.

Eva tomó el vaso y se mojó apenas los labios.

-Quema –dijo.

-Dejalo que queme –dijo Humberto sonriéndole-. Ponete la bata.

-¿Ahora? ¿Así nomás? –dijo Eva, sonriendo nerviosa.

Humberto volvió a sentarse en su sillón, dejándola sola con su dilema. Sentía que estaban dentro de un juego sin retorno, calmo y sin retorno. Se sentía seguro –en realidad simplemente porque ella le obedecía-, sin objetivo preciso y sin apuro. Todo era y todo no podía ser sino placer.

-¿Dónde está el baño? –preguntó Eva, parándose. Ella también se sentía segura, simplemente porque se abandonaba a la manera en que él iba marcando la cancha. Obedecería, se dejaría ir, no tenía miedo. La gota de whisky, apenas lo suficiente como para mojarse los labios, por lo demás sin que ella pudiera identificar la causa, la había relajado y animado. Entró al baño dejando la puerta entornada.

-¿Me saco todo? –preguntó como si estuviera en una consulta médica.

-Sí –dijo Humberto. Y mientras ella estaba en el baño fue a la cocina, se sirvió otro trago y sirvió unas gotas en un vaso para Eva.

En el baño Eva, desnudándose, sentía una especie de exaltación, de alegría de la piel, del cuerpo. Pensó que se desnudaba para él como su madre se había desnudado por primera vez para su padre y como su abuela se había desnudado por primera vez para su abuelo. Se sentía transportada en una ola de sensualidad que la trascendía, que era la del tiempo humano perpetuándose a través de las personas concretas. Salió del baño con sólo la bata encima. Humberto vió que se había soltado el pelo. Lo enterneció profundamente –aunque sin saber *qué* lo enternecía- ese gesto eterno de la mujer de soltarse el pelo al prepararse para el amor. Lo emocionó aquel cuerpo suave y nuevo al que la seda se adhería con gracia delicada, que vivía el instante único de la pureza ingenua que luego sería devorada por la sensualidad rotunda de la mujer que crecería en ella. Sintió el deseo de atrapar aquel instante perfecto en una burbuja a prueba de tiempo para devolvérsela cuando ya fuera mujer.

-¿Qué tal? –preguntó Eva abriendo los brazos y girando.

-Una diosa, Eva, una verdadera diosa –dijo Humberto con la voz estrangulada por la emoción.

Eva se sentó en su sillón frente a Humberto. Vió el vaso preparado para ella.

-No querrás emborracharme ¿verdad? –preguntó con gesto pícaro a la vez que tomaba el vaso y bebía. El calor que corrió por sus venas la hizo sentirse ahora francamente audaz y decidida. Humberto había cruzado el punto en el que ya no es posible seguir razonando y

estaba entregado a la pura percepción y al puro deleite. Libre ya de toda duda su cuerpo se tensaba.

-Abrite la bata –pidió con un susurro.

Eva obedeció. Le parecía maravilloso e increíble obedecer a la voz del hombre sin dudar ni por un instante. Así era como había esperado que fuera. Sentía que todo transcurría con la fuerza plácida de un río caudaloso. Se le erizó hasta el alma cuando ofreció a la mirada del hombre sus pechos, su vientre y sus muslos. Sintió la libertad y la placidez del abandono al ofrecerse a aquella mirada. Sentía que su cuerpo alcanzaba su razón de ser siendo largamente mirado, tomado por la mirada del hombre. Eso era, pensó, así era como era, pensó, para esto era que se era.

Se paró y se acercó. Humberto encendió la luz de mesa de junto a su sillón para espantar las sombras y cegarse a gusto con la belleza dulce y blanca del cuerpo de la muchacha. Puso las manos sobre la curva tan suave de sus caderas y le besó los pezones. Olía como sólo huele la piel joven. La miró a los ojos y vio que los tenía bien abiertos mirando el beso, como fascinada por el momento finalmente llegado.

-En tus manos pongo mis tesoritos –dijo Eva soltándole la frase irónica que traía preparada, pero que sonó melodramáticamente apasionada dado lo apretada que tenía la garganta por la emoción.

-Las cosas que decís... –susurró Humberto besándole el ombligo.

-Ahí no –dijo Eva hurtando la piel- porque tengo cosquillas.

-Vení –gruñó Humberto apoyando la espalda contra el sillón.

Eva se dejó ir hacia delante, montando sobre el cuerpo del hombre, de hecho apenas sobre sus rodillas. Hasta ahí sabía qué hacer, por las películas. Ahora conocería la continuación, en detalle y en carne propia, pensó, ansiosa y divertida. Humberto deslizó el cierre del pantalón y liberó el miembro tenso. Tomó la mano de la muchacha y la invitó a empuñarlo. En la curiosidad torpe de sus dedos y en la avidez de su mirada supo que no había tenido ese contacto antes. Eva apretó aquello. Soltó un gemido suavecito, mezcla de asombro y excitación. Deslizó el prepucio hacia abajo y desnudó la cabeza roja y tensa. Repitió la operación una y otra vez. Era un niño con un juguete nuevo. La ola de placer comenzó a crecer en el cuerpo del hombre. Las mejillas de la muchacha estaban coloradas y su respiración agitada.

-Es... –dijo, pero no pudo decir más.

Humberto tocó entre sus piernas. Ahí todo era pequeño y delicado, suavísimo el plumón y suavísimos los labios. El canal estaba húmedo. Eva sentía que el miembro crecía en su mano y empezó a menearlo con más brusquedad. Buscó los ojos del hombre, como esperando que le dijera algo, pero Humberto estaba bastante más allá de las palabras. Vivía la excitación de la muchacha como algo mágico y sagrado y, si alguna vez las tuvo, ya no tenía palabras para lo mágico y lo sagrado. De manera que Eva sólo encontró una mirada vacía en un rostro demudado que parecía vibrar cada vez que su mano bajaba a lo largo del miembro rígido. Fascinada por la relación sutil que descubría entre ese rostro que había conocido siempre atento y compuesto y que tanto la había atraído y aquella cosa portentosa, como un animalito con un solo ojo, que le había crecido al hombre en el bajo vientre, Eva aceleró la caricia, decidida a llevar aquel juego de correspondencias y vibraciones hasta más allá del límite. Curiosidad natural, si se quiere, aunque en aquel momento inoportuna. Humberto se sintió demasiado cerca del estallido y detuvo la caricia. Entonces Eva arrimó su cuerpo y lo irguió. Deslizó la punta del miembro por la humedad hasta que la acomodó contra la boca de su sexo. Presionó suavemente, como probando la

resistencia del obstáculo. Humberto sintió también la boca cerrada del sexo. Como es natural, no se abriría sin desgarrar.

-Es enorme –articuló finalmente Eva.

Apoyó las manos a ambos lados de la cabeza de Humberto y se puso a deslizar la entrepierna a lo largo del miembro. El ritmo del movimiento se hizo cada vez más firme a medida que el vértice de su sexo se acomodaba con más seguridad a aquella caricia nueva. Eva se lanzó al galope hacia la delicia. Con los rostros muy cercanos, rozándose las narices y los labios, Eva lo miraba a los ojos. Las miradas de ambos eran las miradas extraviadas del abandonarse inminente. Humberto estaba como atontado. Era insoportable el ondular sobre su vientre de aquel cuerpo esbelto y ligero, oloroso a piel joven, tan distinto del peso y la voluptuosidad agresivos y rotundos del cuerpo de una mujer. Sintió que perdía el control, que no podría aguantarse si la muchacha seguía con aquel frotar tan ansioso como torpe e incesante. Entonces Eva cerró los ojos y empezó a gemir. No como una mujer que ha aprendido a modular el canto del éxtasis sino como quien descubre con sorpresa que tiene una garganta y que es con aquel instrumento que tiene que expresar el avance incontenible del placer. A Humberto lo sacudió hasta la raíz aquel gemido sorprendido y descontrolado y pensó, razonablemente, que la muchacha estaba a punto de llegar al orgasmo. Al diablo, me voy yo también, pensó. Le tomó el rostro y la besó en la boca y esta vez ella abrió los labios, devoró la boca de la muchacha y ella respondió con la misma ansia. Y entonces sucedió lo inesperado. Eva dejó de frotarse y colocó la punta del miembro en la boca de su sexo, dispuesta a dejarse caer encima y consumir el desvirgamiento, doliera lo que doliera, pero en ese mismo momento, justo en ese mismo instante Humberto no pudo más y se entregó al orgasmo.

-No –gimió Eva al sentir la descarga y saltó hacia atrás, parándose. Se tocó entre las piernas y se miró los dedos empapados de semen.

-¿Qué hiciste? –le preguntó fuera de sí y con cara asustada.

Humberto estaba como si le hubieran echado encima un balde de agua fría. Del miembro le seguía manando semen pero de sus labios no salía una sola palabra.

-Lo siento –terminó por balbucear-. No pude contenerme. No pensé que fueras a hacerlo ahora.

-Y si no ahora ¿cuándo? –le preguntó Eva, atónita-. ¿No te das cuenta de que puedo quedar embarazada?

-Pero si sos virgen –gimió Humberto tratando de recomponer su mente y su figura.

-No tiene nada que ver. Igual puede pasar –casi gritó Eva que parecía pasar de atónita a furiosa-. Aunque sea virgen igual el semen puede entrar y embarazarme. Lo leí en un libro. ¿No lo sabías?

-No –balbuceó Humberto empezando también a asustarse-. No sabía que se puede ser virgen y estar embarazada.

-¿Y la Virgen María? –le soltó Eva.

-¿Qué Virgen María? –preguntó Humberto atónito, barruntando por primera vez y en mal momento su inmensa ignorancia en la materia.

-¡Qué horror! Y estoy en mis días fértiles –dijo Eva y salió disparada hacia el baño.

De inmediato se oyó el rumor de la ducha. Humberto estaba como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza. Sus pantalones estaban hechos un enchastre. Fue al dormitorio y se cambió.

No puedo creerlo, se repetía Eva bajo la ducha. Por suerte la ducha contaba con el accesorio necesario para lanzarse el agua directamente en la zona afectada. Sólo a mi me

pasa esto, pensaba Eva. Si fuera con algún pelotudo de mi edad, vaya y pase, pero con un hombre hecho y derecho...

Al salir, completamente vestida, Humberto la recibió con cara compungida. Ella le respondió con cara de totalmente sacada de onda. No supieron qué decirse.

-¿Querés tomar algo? –le preguntó.

-Un te de tilo.

-No se si tengo tilo –dijo Humberto arrancando para la cocina.

-Dejá. Es un decir.

-No te enojés –dijo Humberto en tono conciliador, tratando de suavizar la situación-. Nunca estuve con una virgen. No se qué es eso. Mi mujer no era virgen cuando la conocí.

-Qué pelotudo –murmuró Eva, meneando la cabeza, incrédula.

-De hecho –siguió Humberto insistiendo en trivializar la cosa- creo que cuando era joven no había vírgenes. Si no estuvieras enojada te pediría un autógrafo.

La broma le salió mal. Eva se sintió picada.

-Eso es casi insultante. No tengo la culpa si soy virgen. Es más hoy por hoy la culpa la tenés vos –dijo, salada.

-No te enojés, Eva. Estas son cosas que pasan.

-A los pelotudos les pasan –gruñó Eva, inflexible-. Llamame un taxi, por favor.

-¿A dónde vas?

-A una clínica a hacerme un aborto.

-Eva, por Dios, no estás embarazada.

-Tampoco estoy de humor para seguir con esto.

Y eso fue lo último que Humberto le oyó decir a Eva aquella noche.

## 18

### *Movimiento pendular*

No eran habituales en Eva reacciones furibundas como la que acababa de tener, excepto cuando pensaba que se encontraba frente a una injusticia, consecuencia, naturalmente, de la atmósfera ideológica familiar en la que se había formado. Ya en el taxi que la llevaba de regreso a lo de Marcia, repasando los hechos, empezó a considerar la posibilidad de que la boludez de Humberto hubiera sido no un acto de falta de consideración o indiferencia sino un simple accidente producto del desborde de la pasión. Aunque estuvo de regreso antes de las diez Marcia ya se había ido. Encendió el ordenador, ingresó en Internet y puso en el buscador primero “virgin pregnant” y después “virgen embarazada”. Por supuesto que el noventa y nueve por ciento de las respuestas eran de índole teológica o pornográfica. Las demás eran sitios de información sexual en los que confirmó lo que ya sabía: difícil pero no imposible. Con la mala suerte que tengo estoy embarazada, pensó. Como casi todos los mortales, por no saber qué es exactamente una suerte promedio, pensaba –en un par de exámenes seguidos le habían tocado justo los temas que se había rifado- que era una persona de mala suerte. En realidad, tenía razón. De hecho no podía imaginarse lo perra que era la suerte que desde el mismo momento de ser concebida, se había cebado en ella. Volvió a hacer el cálculo de los días y le dio de vuelta que estaba en sus días de máxima fertilidad. Tan convencida estaba del desastre que sin darse cuenta empezó a sobarse el bajo vientre y a esperar los primeros síntomas. Marcia tenía decenas de tes de yuyos diferentes, entre ellos tenía tilo. Se hizo un te de tilo. Demasiado cargado, por falta de hábito. Abrió el



sillón cama que le estaba destinado en la sala del apartamento y en menos de lo que lleva escribirlo, agotada por la experiencia, se había dormido.

Muy tarde de noche la despertó el susurro alcohólico de Marcia. Con la cabeza pesada como un barril de cemento –conmigo pueden usar el te de tilo como anestesia, pensó– consiguió responder a la pregunta apremiante de Marcia.

-¿Todo bien?

-Todo bien.

-¿Festejamos, entonces?

Le llevó unos segundos entender a qué festejo se refería.

-Todavía no.

Hubo un silencio que Marcia utilizó para coordinar la información y Eva para casi volver a dormirse.

-¿Cómo que todavía no?

-Vamos despacio.

-Es un boludo. Vení que te presto a mi potrillo, va a estar encantado.

En ese momento el ruido de la cisterna del baño ratificó la oferta. Con gran esfuerzo Eva se volvió para mirar hacia la puerta del baño y vio salir y enderezar hacia el dormitorio de Marcia a un muchacho alto y delgado, de pelo largo, desconocido para Eva.

-¿Estás loca? Andá y dejame dormir.

Marcia se fue pero el sueño no volvió. Menos cuando al poco rato comenzó la función. No que los resortes de la cama de Marcia crujieran románticamente, porque en realidad la cama era de parrilla: el escándalo era la voz de Marcia, mascullando todo tipo de obscenidades, tan ronca y deformada por la pasión que al principio no la reconoció. Aquella destemplada metamorfosis le dio risa. Se levantó sigilosamente y se acercó a la puerta del dormitorio que –quizá– la distracción alcohólica había dejado apenas entornada. En la oscuridad del dormitorio, apenas bañada por el resplandor de la ventana, vio a su amiga tumbada en el lecho con las piernas abiertas y bien levantadas, los pies apuntando hacia el techo sostenidos por los tobillos por el galán que, arrodillado frente al altar, hacía topar a su pelvis, con inquebrantable regularidad, contra las magras nalgas de Marcia. Si esto no es una buena cogida al menos es una buena paliza, pensó riendo quedamente. Tuvo claramente la sensación de que por un instante la mirada de Marcia se encontraba con la suya, pero si fue así no cambió en nada la performance de su amiga. Volvió a la cama y se masturbó acunada por la retahila incesante de Marcia. Se imaginó entrando en el dormitorio y participando en aquello y su cuerpo se arqueó en busca del clímax, pero de pronto algo en su mente hizo clic y ya no oía más los gemidos de Marcia ni veía la silueta hiperquinética de su flaco galán, sino que quien se acomodaba entre sus piernas abiertas era, inesperadamente, Humberto, con su miembro grande y rígido tal y cual lo había tenido en la mano esa misma noche, y alcanzó entonces Eva a la vez el placer más intenso y la más deliciosa de las reconciliaciones. Puta madre, todo iba tan bien, fue lo último que pensó antes de dormirse. Son cosas que pasan, lo apabullé con mis encantos, no tuvo la culpa, pensó, y sonrió al recordar al pobre Humberto tan compungido y tratando de hacerse el chistoso.

-Marcia, sos una loca desatada –le dijo al otro día, desayunando.

-Hay que aprovechar cuando hay, querida –respondió la otra, fresca como una lechuga-. Ya llegarán los tiempos de la chicoria.

*El funcionamiento de la máquina*

Humberto, según su manera de ser, pasado el primer momento no se tomó las cosas a la tremenda. El lunes a primera hora averiguaría qué de cierto podía haber en el pánico de Eva a quedar, siendo virgen, embarazada. Y si lo estaba, asumiría su responsabilidad hasta donde hubiera que asumirla. Cenó y luego, sirviéndose un cognac, se dispuso a repasar los hechos. Había salido todo mal. Había perdido el control de su cuerpo y su cuerpo lo había traicionado. Pero ¿por qué, se preguntó, había perdido el control de su cuerpo? No era algo que le sucediera. Siempre había sido muy capaz de llevar el tren de su placer a su aire para llegar a la meta en el momento adecuado, cosa que no le había sido posible con la muchacha. Razonó que, evidentemente –aunque para su absoluta sorpresa-, deseaba a la muchacha mucho más intensamente de lo que había creído. Pero además en el momento clave había adoptado una actitud muy pasiva, había dejado que los juguetes inexpertos de la muchacha se prolongaran y se inflamaran demasiado. Sí, eso había pasado. El viejo truco de la chispa y la hierba seca. Si él la hubiera tomado a ella, como hubiera sido lógico de acuerdo con el objetivo básico del encuentro –desvirgarla-, imponiéndole su ritmo y su experiencia, aquello no hubiera pasado. Sí, se dijo, suspirando, todo funcionó mientras yo llevé la voz cantante. Tal como habían sucedido las cosas, la había decepcionado y seguramente que no habría una nueva oportunidad. ¿Le importaba que no la hubiera? Bebió de un trago el resto de cognac y el calor de la bebida lo invitó a decirse la verdad. Sí, me importa, se dijo. Y comprendió con temor y tristeza que si la muchacha no volvía –y al respecto nada había que él pudiera hacer- el recuerdo de su belleza y de su inocencia, que por un rato fueron suyas y sólo suyas, le dolería en el alma y en la piel por mucho tiempo, si no por toda la vida.

Quizá para asegurarse de que su máquina funcionaba como siempre o quizá para empezar a intentar borrar desde ya el recuerdo de la muchacha, antes de que se convirtiera en angustia, fue que se comportó con Lita como lo hizo al día siguiente. Sin decir agua va, sin la menor consideración por la mujer ni por sus patéticos esfuerzos por ajustarse al rol que él mismo le había señalado, cambió las reglas de juego. Al oírla entrar al apartamento la llamó desde su dormitorio, donde aún estaba recostado en pijamas.

–Desnúdese, Lita, por favor –le dijo, sin siquiera un “Buenos días”, y para él que la daba, como para Lita que la recibía, por más que el tono fuera amable, se trataba de una orden.

¿Cómo? pensó Lita ¿así? ¿sin vestido, sin perfume, sin penumbra en el dormitorio? ¿sin fantasía? ¿por qué? ¿qué pasa? Claro que si esto hubiera sucedido el primer día lo hubiera mandado a freír espárragos y se hubiera ido dando un portazo, y hubiera diseminado en el barrio la información de que el señor tal y cual es un abusador y un degenerado. Pero ¿ahora? ¿después de tanto tiempo de –raros pero- amoríos? Lita imaginó –porque en los momentos de desconcierto, por ambiguos que parezca todo, es a la esperanza que se aferra uno- que aquel hombre callado y raro finalmente la veía a ella, a Lita, más allá del parecido con su difunta, y que quería finalmente relacionarse de verdad con ella.

Se desnudó. Le dio vergüenza pero lo hizo. Humberto se quedó mirando a aquella mujer que, parada ahí entre la cama y la cómoda, lo miraba con ojos de perro apaleado esperando más instrucciones, y pensaba ¿cómo pude enredarme con esta pobre mujer? Se ha estado esperanzando con ocupar el lugar de Elena cuando en realidad no he hecho sino utilizarla

como a una prostituta sin pagarle lo que en realidad a una prostituta se le paga. Sintió que le daba vergüenza de sí mismo. Y sin embargo voy a utilizarla una vez más, pensó.

-Venga, Lita –le dijo, y la mujer se tendió junto a él en la cama. Humberto se dio cuenta que sin los perfumes de Elena la mujer olía a mujer pobre, a limpiadora. Se abrió el pantalón del pijama.

-Venga –dijo otra vez poniendo su mano en la nuca de la mujer y atrayéndola hacia su vientre. La mujer se dejó llevar y puso en la faena todo su leal saber y entender, que como Humberto bien sabía, en la materia no era poco. Lo dejó durar y la mujer se empeñaba más y más en hacer lo mejor posible, prendida a la esperanza de que empezaba entre ellos algo más verdadero. Con la excitación crecía a la vez en Humberto la vergüenza por lo que le hacía y la lástima hacia la mujer, pero la mezcla de sentimientos no le impidió seguir adelante en la decisión de desfogarse para borrar la frustración de la noche anterior. Arrodilló a la mujer en el borde de la cama y la tomó desde detrás. Incapaz de una caricia o de una palabra amable se dedicó a llevar adelante una cópula lenta y concienzuda, que poco tenía que ver con el cuerpo de la mujer y mucho tenía de diálogo suyo con ese cuerpo suyo que ayer lo había traicionado.

Lita no era de piedra, pero el orgasmo que sacudió su cuerpo se le hizo amargo. Antes había palabras de amor y caricias, aunque no fueran para mí, pensaba, y los ojos se le llenaban de lágrimas. Humberto la sintió estremecerse pero siguió con la cópula como si nada, empeñado en demostrarle al traidor quién era el que mandaba, mascullando mentalmente que así debió de ser anoche y que así hubiera hecho feliz a la muchacha. Lita se sentía humillada ante la demostración de indiferencia que era en realidad aquella cópula, pero era incapaz de rebelarse. No pudo evitar que su cuerpo se estremeciera otra vez, pero esta vez se puso a llorar con sollozos tan intensos que Humberto no pudo sino percatarse de ellos. Sólo que en vez de frenarlo el llanto desconsolado de la mujer lo enardecía. Se aferró con fuerza a las caderas de la mujer y remató la cópula con verdadera saña, consiguiendo un orgasmo de una intensidad tal como pocas veces se recordaba de haber tenido. Parado junto a la cama, con la mente en blanco, como si un relámpago le hubiera estallado en el cerebro, miraba a la mujer que derrumbada sobre la cama, cubierto el rostro con las manos se entregaba abiertamente al llanto.

¿Demonios, qué fue esto, qué me pasó? se preguntaba Humberto, mirándose el miembro que permanecía rígido como si aquello no hubiera sido más que un aperitivo. Fue al baño y se pasó media hora bajo la ducha repitiéndose “Dios Bendito ¿cómo pude comportarme así? Soy una verdadera bestia”. Cuando volvió al dormitorio la mujer terminaba de vestirse. Se había calmado. No lo miraba. Ocultaba la mirada.

-Tengo que salir, Lita –dijo, abriendo el ropero para sacar su ropa, ansioso por huir de la situación. La mujer salió del dormitorio. Cuando estuvo listo para irse vio que la mujer estaba sentada inmóvil frente a la mesa de la cocina. No supo qué decirle. ¿Qué podía decirle? Aquello era brutal y humillante.

-En la heladera hay unos postres de Carreras, si le parece llévelos para los chicos porque yo no los voy a comer –dijo.

Le dejó el dinero a la vista, y cuando volvió tarde de noche la mujer se había ido sin hacer en absoluto las tareas de la casa y sin recoger la paga. Humberto había pasado el día en comprar un libro, luego un disco, y luego en ver dos películas, y en todo el rato no había conseguido poner en foco ni una sola explicación para la indignidad de su conducta. Sólo era capaz de poner en foco la potencia sorprendente del orgasmo que había tenido. Sabía, y

bien que lo sabía, las delicias del placer sexual. No sabía que al dispararse el semen pudiera la mente estallar, como si se le volaran todos los circuitos, y quedar en blanco.

## 20

### *Certidumbres y certezas*

Eva pasó el fin de semana más angustioso de su breve existencia. Saliendo de lo de Marcia entró en la primera farmacia que encontró y compró un Evatest. Leyendo el prospecto se enteró de que no servía usarlo hasta un día antes de la menstruación. Faltaban diez días. Se encerró en su cuarto y escuchó cien veces el disco más deprimente que tenía que era el de Linda Perry. A las preguntas de madre y abuela contestó que tenía que preparar la disertación de Nacional Uno, que era horrible de difícil, y que la dejaran tranquila. Durmió poco. Imaginó una y otra vez la instancia siniestra del aborto y, como alternativa, el desastre definitivo de ser madre soltera. A punto estuvo de contarle todo a su abuela pero no fue capaz. Decidió que si la cosa se confirmaba a ella y sólo a ella se confiaría, por supuesto, pero no por ahora, no era cuestión de cargarla con una preocupación y una angustia, con los problemas cardíacos que tenía, pobrecita. El lunes temprano, exhausta y ojerosa, le soltó a Marcia el detalle verdadero de lo que había sucedido en su cita con Humberto.

-Estás chiflada –le aseguró su amiga, estupefacta.

-Demostrámelo –dijo Eva, al borde del llanto.

-Imposible. Tenés que esperar diez días. Aunque te llevara con Marita, que es mi ginecóloga y que es repiola y entiende todo no tendrías más respuesta que esa: estás chiflada y tenés que esperar diez días –respondió Marcia, racional y flemática.

Sobre mediodía, de tan agotada por las interminables horas de angustia Eva tuvo súbitamente, sin el menor preaviso, una verdadera Iluminación: sintió que de pronto tenía línea directa con su útero y que su útero le decía clara y terminantemente: Aquí no pasa nada. Eva no dudó ni por un instante de que aquello era La Verdad. Sintió que se le aflojaba desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies, la cara se le llenó con una sonrisa y volvió de pronto a sentirse como siempre feliz y ligera como una nube en el cielo. Y entonces empezó el rebobine total: que me porté como una pendeja, que pobre Humberto, que debe de estar remal, que lo que le pasó le puede pasar a cualquiera y especialmente a mis coetáneos que no tienen control ni para hacerse la paja, etc, etc. Pensó en ir a verlo ya mismo –no lo hubiera encontrado porque a esa hora estaba ya veremos dónde- pero en la mera esquina de la papelería pegó la vuelta. No puedo ir a verlo con esta camiseta vieja y con esta cara de muerta fresca, pensó. Se fue pues a su casa a donde llegó a las dos de la tarde y de ahí a las ocho de la mañana del día siguiente durmió dieciséis horas.

El lunes Humberto visitó a una ginecóloga. Eligió en las páginas amarillas una de nombre alemán. Le pareció que, como espíritu nórdico, sabría más o se escandalizaría menos. Como su consulta era privada lo hicieron pasar antes que al rebaño de vientres preñados que parloteaba sus experiencias en la sala de espera. La mujer era, previsiblemente, grande y rubia, teutona con y sin u. Cuando Humberto, con aire poco menos que de mojigato, le soltó la pregunta de marras se quedó mirándolo como preguntándose con qué clase de lunático estaba tratando. Humberto la miraba mansamente,

una rodilla sobre la otra, una mano sobre la otra. En todo caso un lunático tranquilo, conjeturó la especialista.

-Teóricamente es posible –dijo finalmente.

-Ahá. ¿Y en la práctica?

-Altamente improbable. Yo nunca vi un caso, y hace treinta años que ejerzo –juntó las uñas del pulgar y el índice como si estuviera reventando una pulga-. Un pelito menos que imposible –agregó, despreciando la posibilidad.

Humberto respiró hondo.

-Supongo que las probabilidades pueden aumentar en ciertas condiciones... –siguió la teutona-. Por ejemplo, si la emisión del semen se realiza directamente sobre la abertura, o si el semen es empujado dentro con los dedos... En fin. Le repito que yo nunca vi un caso.

-O sea que en esas condiciones las probabilidades... aumentan –balbuceó Humberto sintiendo que de pronto el sudor le bajaba por los flancos copiosamente.

-Al menos en teoría... En realidad toda la situación que me plantea es hoy en día altamente improbable. Para las adolescentes perder la virginidad hoy es cuestión meramente de trámite. Cuanto antes mejor. Hasta entre las adolescentes muy jóvenes son raras las relaciones que excluyan deliberadamente la penetración posibilitando un accidente de esta índole.

-Bien. Es lo que quería saber –dijo Humberto secándose las manos en el pantalón.

-Si existe un caso así, me gustaría conocerlo. Estoy dispuesta a recibir a la señorita en mi consulta sin cargo alguno –ofreció la alemana.

-Bueno... –balbuceó Humberto-. Mi interés es puramente académico. Estoy trabajando en una tesis sobre la Virgen María...

Algo cambió en la mirada de la teutona. Lo miraba ahora como si recién lo viera. Y como si le sospechara lo peor.

-Comprendo –dijo adoptando un tono neutro y rígido. En el mejor de los casos simplemente estaba ofendida por la desconfianza que quizá la privaba de un caso único-. De todas maneras es mi obligación recordarle que el sexo con menores de edad está penado por la ley –le soltó.

-No... bueno... muchas gracias –dijo Humberto parándose.

La mujer parecía irse enfureciendo de a poco. Sacó de un cajón un folleto y lo lanzó sobre el escritorio.

-Quizá esto le sea de utilidad –dijo, en tono francamente acusador.

Humberto lo tomó y lo miró. El título era “Mi primera experiencia sexual”. Tuvo la sensación de que si rechazaba aquello la mujer montaría un escándalo.

-Muchas gracias –dijo Humberto estimando preferible dejar las cosas así y batirse en retirada.

-El folleto cuesta mil pesos, aparte de la consulta. Se lo paga a la recepcionista.

En plena huida se iba preguntando que la había enfurecido tanto. Debe de ser feminista, o católica militante, o habrá pensado que le estaba tomando el pelo, especuló encogiéndose de hombros.

La otra tarea que lo ocupó un buen rato ese lunes fue prepararle la liquidación por despido a Lita. Se sentía culpable, sabía que Lita no volvería y que la deserción seguramente causaría perjuicios graves a su economía, de manera que preparó una comunicación de despido y una liquidación en regla, pero adjuntó un cheque por el doble de lo adeudado. El empleado los llevó y Lita firmó el recibo y se guardó el cheque sin decir palabra.

Por la noche leyó el folletito de la primera a la última letra. Estaba firmado por la mismísima teutona y, por supuesto, no dejaba detalle por elucidar. Me hubiera venido bien leerlo antes del viernes pasado, pensó. Estaba redactado y diagramado como para adolescentes perezosos, con dibujitos, letra grande y tintas de colores, pero las partes pudendas de los macaquitos se veían francamente infantiles. Lo que más le llamó la atención fue el consejo de utilizar algún lubricante -para compensar la ausencia de los naturales del sexo femenino que pudieran escasear debido a lo estresante de la situación- de manera que aquel primer roce no irritara las paredes de la vagina. Se durmió aquella noche pensando intensamente en Eva.

## 21

### *Al fin, sangre*

-¡Bueeeenas! –entró diciendo Eva con ímpetu realmente exagerado.

-Hola –respondió Humberto, moderando su reacción –que hubiera sido la de caer de rodillas agradeciéndole a Dios aquel milagro- porque estaba atendiendo a uno de sus mejores clientes que era además uno de los más quisquillosos para elegir y de los más agrios para el trato. El cliente se dio vuelta para tomar nota de la causante de aquella interrupción tan fuera de tono. Eva, haciéndose la graciosa, fingió quedar como congelada, y cuando el hombre ya no estaba mirándola se tapó la boca con un gesto de susto. Humberto le sonrió y le hizo discretamente señas de que esperara un poco.

-No me convence del todo este papel –dijo el hombre volviendo a su asunto-. Me llevo una hoja para probarlo.

-Si no le sirve de todas maneras le agradeceré sus comentarios –dijo Humberto preparando la hoja de papel-. Le hago el rollo apretado para que vea lo bien que responde al curvado.

Cuando estuvieron solos Eva le tendió las manos por sobre el mostrador y se inclinó en busca de un beso. Recibió uno en cada mejilla.

-Uno más, pero mejor –pidió ella.

-Este no es el lugar.

-Un adelanto –insistió ella.

El le dio un beso fugaz en los labios. Ella cerró los ojos para recibir el beso. El miró hacia la puerta, nervioso porque alguien pudiera entrar.

-Creí que estabas enojada conmigo –dijo acariciando las manos que seguían en las suyas.

-Me porté como una estúpida. Te pido que me perdones.

-Yo también me porté como un estúpido y te pido que me perdones –dijo Humberto sintiendo que se expandía por todo su cuerpo la dulzura de aquellas manos abandonadas en las suyas. Eva también se sentía invadida por una lasitud deliciosa, por el deseo de dar y recibir caricias.

-Qué fuertes son tus manos –dijo.

-Y tu piel es preciosa. Con tu piel podría hacerse un pergamino de primera calidad.

-¿Eso es un piropo?

-Sí. Los buenos pergaminos bien guardados duran miles de años.

-Con tu piel que es más gruesa podríamos hacer las tapas.

-Así sobreviviríamos abrazados durante milenios –concluyó Humberto rematando la bobería.

Se inclinó y le besó las palmas de las manos. Después se miraron a los ojos. Sonrieron al comprender que estaban pensando lo mismo, a saber: que era maravilloso estar juntos otra vez, dispuestos a entregarse el uno al otro, dispuestos a renovar el acuerdo amoroso. Le soltó las manos y le acarició los pechos, pequeños y redondos.

-Dios mío, qué preciosa sos –dijo, emocionado.

Eva amagó a levantarse la camiseta, como para quitársela.

-No –dijo Humberto alarmado.

-No me la iba a sacar. La iba a levantar sólo hasta aquí –dijo ella sonriendo desafiante y señalándose a la altura de los pechos.

¿Por qué? ¿por qué a mí? ¿cómo es posible esto? se preguntaba Humberto mirándola embelesado.

-Vamos a tu casa –dijo la muchacha.

Humberto asintió con la cabeza y respiró hondo para calmarse. Fue hacia la escalera que, al fondo, llevaba al sótano. Llamó a su empleado.

-Lávese las manos, deje todo ordenado ahí abajo y sáquese la túnica para atender aquí que yo tengo que salir.

-Prestame el teléfono –pidió Eva.

Puso el teléfono sobre el mostrador. Eva discó.

-Hola, Abue. Voy a la Biblioteca Nacional. No sé. Hasta que pueda. No, no tengo hambre, no te preocupes.

Dios Santo, salgo con una chiquilina que avisa en la casa qué va a hacer de tarde, le miente a la abuelita para irse conmigo, esto es absolutamente demente, pensó Humberto. En la puerta mismo de la papelería tomaron un taxi. Cuando Eva apoyó la cabeza sobre el hombro de Humberto el taxista acomodó el espejo retrovisor para verlos mejor. Eva captó la intención morbosa y estuvo mirándolo fijo hasta que el tipo dejó de espiarlos, aunque en realidad en ese momento nada podía importarle menos que la mirada de los demás.

-Un día vamos a tomar a un taxi pero me vas a llevar a un telo –se le ocurrió proponer.

-¿A un qué?

-A un telo, un hotel.

-Esa es una expresión de rufianes.

-Todo el mundo la usa.

-Es lo que digo: asistimos a la rufianización de la sociedad uruguaya.

-Sí –concedió Eva, siempre dispuesta a recibir bien un nuevo epíteto para la abyección del capitalismo periférico.

A esa hora del mediodía en la puerta del edificio estaba, por supuesto, el portero. Bastaría para que el edificio entero se enterase en menos de veinticuatro horas. Humberto pensó que nada podría importarle menos en ese momento.

No llegó a cerrar con llave cuando oyó el ruido de la mochila contra el piso y tuvo a la muchacha colgada del cuello.

-Eva, mi amor –dijo y la abrazó apretándola contra su pecho. Eva estaba hambrienta de besos de manera que le agarró la cara con ambas manos y puso la boca contra la suya. Se acariciaron, chuparon y mordisquearon los labios hasta marearse. Eva rió.

-No sabía que los besos pudieran marear –dijo.

-Yo tampoco. ¿Por qué, Eva? ¿por qué un tipo de dos veces y media tu edad, sin ningún glamour, mucho más aburrido de lo que puedas imaginarte?

-Ay, por Dios –dijo Eva riéndose-. Eso es precisamente lo que me preguntaría mi madre.  
 -Tendría razón en preguntártelo.  
 Hablaban sin dejar de besarse y sin pensar mucho en lo que decían.  
 -¿Qué tiene de raro? –dijo Eva encogiéndose de hombros-. A mi edad las muchachas se enamoran de Robert De Niro o de Bruce Willis, que seguramente no tienen menos años que vos.  
 Humberto tuvo que callar y conceder.  
 -¿Y vos? –contraatacó Eva-. ¿Por qué una chiquilina de dos veces y media menos edad, sin glamour también, y aburrida...? No, eso, no, yo no me siento aburrida.  
 -Es que saberse alguien aburrido es algo que llega con los años.  
 -Respondeme. ¿Por qué yo?  
 -No lo sé.  
 -¿Te gusto porque a la mayoría de los hombres mayores les gustan las jovencitas?  
 -No lo sé. Nunca había mirado a una de tu edad.  
 -¿Nunca? ¿Lo jurás?  
 -Claro que lo juro. ¿Vos te creés que no me vengo preguntando por qué?  
 -Yo tampoco se pero no me pregunto nada.  
 Quedaron mirándose a los ojos. Era la primera vez que encaraban el tema diciendo todo lo que traían en la punta de la lengua. Se sentían satisfechos por haberlo hecho. Ambos sentían que ambos tenían razón pero no sabían en qué ni por qué, aunque se sabían por demás dispuestos a darle la razón al otro. Es la manera que tienen de llevar una discusión los que se aman. Eva entonces, de un tirón se sacó la camiseta lanzándola a volar por la sala en un mismo movimiento. Después se desabrochó el sutién y lo mandó también a volar.  
 -¿Te gusto? –preguntó, seria y ansiosa.  
 -Horriblemente –dijo Humberto y tomó los pechos en las palmas de sus manos. Los apretó suavemente como si fueran frutas delicadas.  
 -¿Pensaste que no ibas a verme más?  
 -Sí.  
 -¿Y qué sentiste?  
 -Vacío.  
 Puso la mano sobre el sexo de Humberto que ya estaba despertando.  
 -Decime que hoy ya no voy a ser virgen.  
 -Te juro que no vas a salir virgen de aquí.  
 Eva siguió desnudándose. Humberto empezó a hacerlo. Eva lanzó a volar el pantalón, que casi derriba una lámpara de mesa.  
 -¿Tenés que tirar todo así? –preguntó Humberto divertido.  
 -Es simbólico –le aseguró la muchacha y metió los dedos bajo el elástico para sacarse la bombacha blanca, de algodón, nada sexy. Dudó y no lo hizo. Dejó a Humberto sacándose la ropa y recorrió el apartamento hasta llegar al dormitorio. Sacó el cobertor y se tendió con los brazos en cruz sobre la sábana blanca y fresca. Sentía una especie de alegría y de libertad totales, las de siempre en realidad. Nada de nervios ni de incomodidad. Todo eso se había agotado en la fallida vez anterior. Ahora ya estaba como instalada en una rutina amorosa. Todo estaba rematadamente bien.  
 Siguiéndola Humberto hizo una escala técnica en el baño. Había recordado el consejo del lubricante. Abrió la alacena. Había una crema para el cuerpo de Elena. No tenía fecha de vencimiento. Se untó el pene pero, nervioso como estaba, tuvo que secar goterones en la pileta y en el piso.



Completamente desnudo y consistentemente empalmado, se detuvo en la puerta del dormitorio mirándola. Eva pensó que era hermoso. Fuerte como un toro. Sólido. Humberto se dejó mirar. Vió en los ojos y en la sonrisa de Eva la aprobación para su cuerpo. Pensó: ¿cómo puede no preferir los cuerpos delgados y flexibles de sus amiguitos? ¿será que también a ella cuando mira películas la atraen los galanes maduros? ¿o será sólo conmigo la cosa? Preguntas inútiles, pensó, a las que seguramente Eva no sabría responder sin contradecirse. Sólo importaban en realidad los hechos, la maravilla de los hechos.

Se arrodilló junto a la cama y le besó las rodillas y luego los muslos. Eva puso las manos debajo de la nuca y aflojó el cuerpo. Besó el monte de Venus, cálido y muelle bajo la tela tirante del calzón. Eva pensaba: esto es la felicidad, que haga conmigo lo que quiera y que el tiempo se detenga ahora y para siempre. Humberto se llenó los pulmones con el olor de la entrepierna de la muchacha. Tiró del calzón hasta que el pubis estuvo desnudo. Una onda cálida y dulzona, embriagadora, le acarició entonces el rostro.

-Dios querido –musitó. Eva levantó un poco la cabeza y sus miradas se encontraron, tiernas y cómplices. Con un mínimo gesto hacia delante de la barbilla Eva le exigió seguir adelante. Terminó de sacarle el calzón, le abrió las piernas y buscó el otro olor, el más penetrante, el más íntimo, cuerpo adentro. Abrió los labios rosados y delicados. Ahí estaba la membrana. Tal y cual y como en los dibujitos de la teutona. Eva se dio cuenta de que estaba mirando su sexo abierto y se semiincorporó apoyándose en los codos.

-¿Lo ves? –preguntó.

-Sí.

-Bueno. Vos serás el único que lo haya visto –profetizó Eva volviendo a acomodarse con las manos bajo la nuca.

Lamió todo el sexo, hurgó en la boquita abierta y empujó con la lengua el obstáculo. Eva se abrió más y ronroneó de placer. Humberto se empeñó en sacarle más música hasta que ella, al borde del orgasmo, terminó por esquivar la caricia juntando los muslos y girando las caderas. Entonces Humberto se paró y, anillando la base del miembro entre el pulgar y el índice, blandió su sexo ante la mirada sorprendida y fascinada de la muchacha como un guerrero blande su espada.

-Mi amor –susurró Eva y su cuerpo volvió a abrirse.

Humberto se inclinó sobre ella y puso la punta de su sexo en la boquita abierta del sexo de Eva. Ella lo miró hacer con los ojos muy abiertos, esperando el momento. Humberto presionó y sintió la resistencia. Eva gimió de dolor. El volvió a presionar y la cabeza entera de su sexo se hundió súbitamente en el cuerpo de la muchacha. Eva gritó pero no hizo absolutamente nada para evitar la penetración. Ni siquiera tensó el cuerpo. En sus labios había un rictus de dolor pero en sus ojos seguía habiendo decisión y nada de miedo. Se preguntó si debía quedarse quieto, retirarse o seguir. Pensó que era mejor seguir hasta el final de una vez. Presionó otra vez y se hundió fácilmente hasta la mitad del tallo. La lubricación sugerida por la teutona sin duda que daba resultado. Eva volvió a gemir, pero esta vez su expresión de dolor fue menos rotunda. Se tomó de los brazos que, cual columnas, sostenían el cuerpo de Humberto, e irguió su torso para mirar el punto de unión.

-Uau –dijo.

-En efecto: uau –respondió Humberto.

Entonces terminó, lentamente, de hundir su sexo en el de Eva, que esta vez no sintió más dolor y miraba con ojos sorprendido la intrusión completa.

-Está todo dentro –dijo.

-Sí –confirmó Humberto muy orondo-. Abrazame con las piernas.

Ella lo hizo, y con ese punto de apoyo movió las caderas para comprobar la completa ocupación de su sexo. Dentro de mi cuerpo, abriéndolo completamente, esta cosa dura, suave, palpitante, pensó Eva no por muy segura de lo que hacía menos incrédula de que estuviera hecho. Humberto hacía todo tan lentamente, con pausas tan largas, que Eva tuvo todo el tiempo del mundo para paladear la ya indolora sorpresa de aquella invasión, del calmado alojarse de aquello en la profundidad de su vientre. Volvió a erguirse para observar la cópula inmóvil. Como un guante, pensó, como si fuera un guante. Era eso su cuerpo de mujer, un guante de seda en el que se acomodaba tiernamente aquella cosa aparentemente desmesurada y amenazadora que había crecido en el vientre del hombre. No que no lo supiera, que no se hubiera representado mentalmente mil veces aquel momento, por supuesto, pero hay cosas, como esta, para las que sólo cuenta verdaderamente la comprensión de la carne.

-¿Te duele? –preguntó Humberto.

-No. ¿A vos?

-No –dijo Humberto riéndose.

Su boca tomó la boca de Eva y su lengua se introdujo en la boca dulce y blanda. Retiró lentamente la verga y volvió a hundirla.

-¿Te dolió eso? –preguntó.

-No –musitó Eva fascinada por la sensación de vértigo que la nueva penetración la había producido.

Humberto pensó que a la fuerza, ahora o más tarde pero aquel desgarrón de la piel le iba a doler.

-Más bien como que me arde un poco.

-Lo principal está hecho, Eva. ¿No será mejor que lo dejemos aquí y seguimos después de que haya cicatrizado.

Eva se encogió de hombros.

-No sé –dijo-. Haceme otra vez como hiciste recién.

Repitió una y después otra vez la maniobra, muy suavemente. Eva simplemente no podía creer la sensación de placer que le causaba *aquello* una y otra vez invadiéndola y luego retirándose. Cada vez que la punta del miembro llegaba al fondo de su sexo una onda de placer la recorría. Cada vez que el sexo del hombre se retiraba el vacío que dejaba en su vientre le provocaba la más deliciosa ansiedad. De pronto se estremeció, como si le pasara corriente eléctrica por el cuerpo, y una especie de carcajada se le escapó de la garganta.

-¿Qué te hace gracia? –preguntó Humberto lamiéndole los labios.

-No sé. Te juro que... Seguí así...

Humberto siguió penetrándola suave y dulcemente, conteniendo el impulso pasional, y de pronto las piernas de Eva cruzadas sobre sus riñones y sus brazos que se enlazaron en su cuello se prendieron de él al punto que Eva quedó colgada de su cuerpo y entonces la muchacha alcanzó el orgasmo como si una gran ola la alcanzara y se la llevara mar adentro. Humberto siguió punteando el fondo de su sexo hasta que brazos y piernas lo soltaron y el cuerpo de Eva reposó totalmente laxo sobre la cama. Estaba bañado en sudor y el miembro estaba tan duro que le dolía, pero lo desalojó y se tendió al lado de la muchacha. Eva tenía los ojos cerrados y respiraba hondo, como si respirar fuera el mayor placer imaginable. Se irguió sobre un codo y se quedó mirándola. No hubiera podido decir cuánto tiempo pasó antes de que Eva reaccionara y entreabriera los ojos, ni cuánto tiempo pasó desde ese momento hasta que finalmente giró la cabeza y sus miradas se encontraron. Pero jamás olvidaría aunque jamás podría describirlo, lo que había en su mirada.

-Gracias, mi amor –dijo Eva, y de pronto apretó los labios como tratando de contener la emoción, pero no pudo y las lágrimas fluyeron de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Humberto lamió las lágrimas. Eva tenía asumido que la religión –como decía Marx-, y el consumismo y el sentimentalismo –como quedó demostrado con la evolución posterior del capitalismo- son el opio de los pueblos, y consecuentemente, lloraba poco. Pero cuando lo hacía lo hacía con ganas. La última vez había sido en la fiesta de fin de año del último año de liceo. Ahora, otra vez, inesperadamente, la única respuesta que tenía eran las lágrimas de sus ojos.

-Bebé –dijo y repitió Humberto, emocionado.

Eva giró su cuerpo para quedar de frente al hombre y lo abrazó. Se besaron hasta que sus bocas fueron un solo órgano de placer saciándose a sí mismo. La mano de Eva tomó el miembro duro de Humberto y lo acarició.

-Qué divino –musitó dentro de la boca de Humberto..

Humberto perdido en el beso sólo supo que esta vez no tendría orgasmo. Que esa era la manera en que le diría a ella -que quizá no entendiera el mensaje- que esta vez era solo para ella, para corregir la torpeza del otro día, para hacer de ese día tan solo el día maravilloso del fin de su virginidad. Tomó la mano que le acariciaba el miembro y se dio cuenta de que estaba perlada de sangre.

-Mirá –dijo.

Eva miró.

-Es mi sangre –dijo.

Humberto lamió la sangre de la mano de Eva.

-Mi amor –dijo Eva, volviendo a llorar.

Humberto se paró. Entre las piernas de Eva gotas de sangre habían manchado la sábana.

-Mirá –dijo.

Eva se sentó en la cama y miró.

-La sábana –dijo.

La empujó suavemente para que volviera a recostarse. Eva obedeció. Fue a la cocina. En el cajón de la cocina había una vieja navaja de afeitarse que ya no usaba. La agarró y volvió al dormitorio. Se arrodilló entre las piernas de la muchacha, que volvió a erguirse, sorprendida.

-¿Qué pasa? –preguntó.

-Nada. Mirá.

Con la navaja se hizo un tajo en el pulpejo del meñique izquierdo.

-No –dijo Eva, contrayéndose como si le hubiera dolido a ella-. ¿Qué hacés?

Humberto presionó el pulpejo para hacer manar la sangre que goteó sobre las manchas de sangre de Eva. Eva lloraba viéndolo hacer y murmuraba:

-Te amo. Hací conmigo lo que quieras.

Cuando terminó fue al baño y se puso una curita. Volvió y se tendió junto a Eva que lloraba en silencio. Lo abrazó.

-¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? –preguntó como si recién ahora se diera cuenta de que eran una pareja razonablemente imposible, como si se diera cuenta recién ahora de que tendrían que sufrir la imposibilidad de su amor.

Cuando Eva se levantó para ir al baño dijo:

-Arde.

-Hay algodón en el botiquín. No te pongas alcohol sobre la mucosa porque ahí sí que podés llegar a saltar hasta el techo –le advirtió. Con la navaja recortó el cuadrado de sábana goteado de sangre y cuando Eva volvió se lo dio.

-¡Cortaste la sábana! –exclamó la muchacha-. ¡Qué bárbaro!

-Puro lino –precisó.

-Voy a enmarcarlo y a colgarlo en un lugar muy íntimo. Ahora no, se entiende. Cuando tenga mi casa.

-Cuando tengas tu casa tampoco vas a colgarlo –profetizó Humberto.

Recogieron la ropa en la sala y se vistieron. Poniéndose el pantalón Eva gimió por el ardor en la entrepierna.

-Tomate un taxi, cuanto antes estés en tu casa mejor, tenés que estar quieta.

-Estás loco, si llevo en taxi hay flor de escándalo.

-¿Dónde vivís?

-Atrás del aeropuerto.

-Te lo tomás hasta el puente y de ahí tenés cinco minutos en ómnibus.

Se abrazaron para despedirse antes de salir, largamente y emparejando cada tramo del cuerpo, como si quisieran imprimir las huellas del cuerpo en el cuerpo del otro. Se miraron a los ojos. Tendrían que aprender a decir las cosas que ahora sólo se podían decir con la mirada.

-No hubiera podido ser mejor –dijo Eva-. Fue como yo deseaba que fuera.

-Mi niña, mi amor –dijo Humberto y se besaron una vez más.

En el hall del edificio estaba la anciana del séptimo. Haciendo nada, o sea, evidentemente, haciendo la guardia: había recibido el chisme y estaba esperando que pasaran. Humberto la saludó con deferencia y la mujer respondió con la cara dura, como de madera. Era el tipo de gente sin vida propia alguna que necesita meterse en la de los demás. Cuando lo de Elena había intentado convertirse en la guardiana del duelo del viudo, cosa que este había rechazado con amabilidad pero con la firmeza necesaria ante su insistencia.

Viajaron con las manos enlazadas, relajados y en silencio. Cuando Humberto bajó en la papelería le pidió al taxista el costo hasta el puente de Carrasco, el taxista lo consultó con la central y Humberto pagó agregando una buena propina. En la estupidez completa producto del amor recién consumado, estuvo a punto de decirle al taxista “Cuidemela, que no vaya a pasarle nada”. Cuando el taxi arrancó Eva se volvió para mirarlo por la ventanilla trasera.

## 22

### *La felicidad*

Sólo la abuela estaba en casa cuando regresó Eva. Se tiró en la cama y cuando la abuela le preguntó si le pasaba algo le dijo que estaba un poco cansada y para demostrarle cuánto cerró los ojos. Volvió a abrirlos a la hora de la cena. Ya no tenía más sangre y el ardor era apenas una molestia sin importancia. Llamó a Marcia y cuchicheando para no ser oída le contó los hechos y le preguntó si tenía que tomar alguna precaución.

-¡No te creo! ¿eras virgen? ¿por qué no me dijiste? –aulló la otra-. Sos una maldita. ¿Por qué me robaste el placer de aconsejarte en un trance tan delicioso? ¿Qué precauciones querés tomar? Mañana ya no sentís nada. Como si te hubieras hecho un tajo en un dedo. ¿Cómo te sentís?

-Increíble. En el cielo –confesó Eva.

-¿Cómo se portó el veterano?

-Un verdadero maestro.

-Mañana me vas a contar todo. Quiero los detalles. Las posiciones. La duración. La medida. Todo. ¿Cómo pudiste hacerme semejante trastada? –seguía aullando Marcia.

Ya lista para dormirse Eva repasó lo sucedido. Sentía como si hubiera abierto una puerta y entrado en un palacio. Recordó el orgasmo que el hombre había arrancado de su cuerpo. Era otra cosa. Nada que ver con lo que conocía. La había abarcado toda entera. Aquel cuerpo poderoso había tomado el suyo y lo había lanzado de un solo envión directamente a las estrellas. Cerró los ojos y pensó que había sido como cuando en la playa, de niña, su padre la lanzaba a volar contra las olas, con el corazón detenido, sin aire en los pulmones y entregada a los poderes del universo.

-Todo, quiero todo. Que haga conmigo todo lo que quiera –pensó al dormirse.

Al revés que Eva la sensación de Humberto era de que una gran puerta se había cerrado sobre su vida anterior y que se encontraba frente a una nueva vida que se le aparecía –y aquí reinterpretaba aquel sueño que tanto lo había desconcertado- como un desierto en el que todo estaba por ser construido. No puedo ponerme en este plan, se recriminaba, no puedo permitir que una relación con una chiquilina que, como es natural, tiene todavía la cabeza en las nubes me haga sentir que mi vida comienza recién ahora. Y sin embargo se sentía ligero como si se hubiera sacado de encima un peso que hubiera cargado quién sabe cuánto tiempo. La relación con la muchacha le parecía el punto de inflexión en el proceso de cambio que se había desatado en su vida. Sentía que su mente era como una especie de criba en la que ahora podía empezar a recoger las pepitas de oro, las cosas que realmente valían, aquellas que realmente tenían significado para él, y en la que quedaría descartado todo lo que era lastre inútil. Veía de pronto su vida como una maravillosa hoja de papel, perfecta e impoluta, en la que signo por signo podría ahora comenzar a dibujar la trama verdadera de su ser, dejando por fin de ser el custodio del blanco. Todo lo cual lo excitaba y lo sumía en la ansiedad. No puedo ponerme así por esta chiquilina, volvía a reprocharse a cada rato. En cualquier momento va a volar hasta perderse de vista como una mariposa borracha de sol, pensaba. Pero no se lo creía, porque lo que en realidad creía, es más: lo que sabía, era que en esa tarde perfecta había nacido de nuevo y que todo en su vida estaba por ser reescrito y corregido.

Que Dios me proteja de mis estupideces, terminó por encomendarse al sentirse arrebatado y superado por semejante tren de ideas. Lo que lo llevó a preguntarse por qué últimamente se encomendaba tan a menudo a la protección divina. No lo hacía antes, cuando su vida –noticias, trabajo, economía libidinal- estaba ordenada. Es curioso, pensaba, porque en realidad como montevidiano de ley y de la guardia vieja soy constitucionalmente ateo. Era capaz, por supuesto, de argumentar consistentemente contra la existencia divina y, por supuesto, contra la explotación eclesiástica de los mitos de la divinidad, y sin embargo, espontáneamente le salían últimamente a menudo súplicas a la clemencia divina. Aunque en la conciencia uno sea ateo, inconscientemente uno construye una instancia de cuya voluntad dependería lo que a uno le suceda, pensaba. Y a esa instancia, por hábito casi genético, la llamamos Diosito y le pedimos clemencia. Extraño mecanismo esquizofrénico. Evidentemente hay una sensación de impotencia frente a las variables de las que depende el destino personal, razonaba, y esa impotencia nos hace claudicar haciendo depender de Otro la supuesta decisión de la que dependerá lo que nos pase, y evidentemente este tipo de

involución sucede cuando estamos en períodos de crisis y cambio, en grave riesgo, y ya no sabemos dónde estamos parados. En eso estaba aquella mañana siguiente a los hechos cuando apareció de pronto la luna hecha mujer, es decir, Eva.

-Estoy perfectamente bien. Pronta para la revancha –le dijo después de darle un beso en la boca-. Mañana de noche se supone que me quedo a dormir en lo de Marcia. ¿Estamos?

Humberto no era capaz de abrir la boca, solo era capaz de mirarla embobado.

-Estamos –se autorrespondió la muchacha, le plantó otro beso en la boca y se fue no sin enviarle otro beso desde la puerta y decirle, españoleando-: espabílate, rapaz.

Jesucristo Todopoderoso, pensó Humberto burlándose de sus anteriores tribulaciones teológicas, ten piedad de mi alma.

## 23

### *Fantasma del pasado*

Eva había tenido novio una sola vez en su vida. Un compañerito en quinto de Secundaria. El asunto había terminado debido a la negativa tajante de Eva de romper la promesa que le había hecho a su abuela –misma que, in extremis, le había confesado al galán recalcitrante. Esa noche aquel “fantasma del pasado” -como le dijo a su madre después, cuándo le preguntó con quién hablaba- la llamó por teléfono. Eva lo atendió en buena onda, porque era una regla de oro para ella en su vida no guardar rencores. Afirmaba que con el rencor que cultivaba hacia el capitalismo y sus esbirros tenía agotado el cupo y que no le quedaba remanente para cuestiones personales. Así lo declaraba, al menos, aunque su lista de “irredimibles”, en todos los terrenos, yendo al detalle era interminable. El optimismo vital de Eva se basaba en su capacidad para pintar rayas bien claras. Así pues, atendió amablemente e intercambió información y banalidades con su único ex hasta que llegaron a la pregunta pertinente:

-¿Qué te dio por llamarme?

-El otro día te ví, ibas en un taxi.

-Mirá vos, qué atento que andas por la calle ¿eh? –respondió Eva poniéndose en guardia.

-Ibas con un señor mayor.

-¿Mayor que quién? Porque vos sabes que en esto de la edad todo es muy relativo... – replicó tratando de mantenerse calmada ya que el teléfono estaba justo en medio de la casa.

-Fue si no me equivoco el martes.

-No te esfuerces. Sé que día me viste y con quién iba.

Eva sonó tan tajante que el ex quedó cortado.

-Bueno, en realidad te llamaba porque si no me equivoco acabás de cumplir años...

-...y querías felicitarme por mi cumpleaños.

-Eso es. Cumpliste diecinueve ¿no?

-Sep. No me acuerdo que me hayas llamado cuando cumplí dieciocho.

-Es que ahora te vi...

-...con ese señor mayor. Y te acordaste.

-Así fue.

-Bueno, gracias por acordarte.

-También pensé...

-No me acordaba de que pensaras tanto.

Otra vez el ex se quedó trabado.

-Veo que es algo serio –dijo, mordaz.

-No creas. Sólo un pasatiempo propio de muchachas mal encaminadas.

Ahí la dejaron. Menos mal que no tenemos amigos ni conocidos comunes, fue lo primero que pensó Eva después de colgar y encerrarse en su dormitorio. Se reprochó haber reaccionado estúpidamente: hubiera bastado con decirle que se trataba de su tío de Australia. Después, gota a gota, el significado del incidente comenzó a filtrársele en el entendimiento. En realidad Montevideo es una aldea y en cualquier momento puede vernos cualquiera y se va a armar un quilombo histórico, pensó. Iban a tener que tomar una decisión: o bien iban a llevar la relación clandestinamente o bien la iban a llevar públicamente. En este segundo caso lo mejor iba a ser, obviamente, que se lo dijera a sus padres cuanto antes. Jamás Eva se había enfrentado una situación y a unas decisiones de semejante calibre. Cuando se imaginó diciéndole aquello a sus padres la reacción que imaginó que tendrían fue tal que se tapó la cara con la almohada.

Pero la cosa siguió filtrando. Una vez puesta en marcha la máquina de especular consecuencias no para fácilmente. En realidad, pensó, soy yo la que tiene que tomar la decisión, porque estoy segura que él ni se planteó la alternativa, para él la idea de que tengamos una relación pública no existe, aunque entonces ¿por qué ha aceptado que estemos circulando a la vista del público como lo hemos hecho? Seguramente porque hasta ahora ni se ha planteado el problema, pero en cuanto se lo plantee va a ser mucho más discreto. O sea que en realidad no hay ninguna decisión que tomar. Va a ser una relación clandestina, concluyó. Pero ¿es eso lo que yo quiero? Quizá sea mejor así por el momento. Con el tiempo inevitablemente voy a terminar por convencerlo de que la relación se haga pública. No vamos a seguir clandestinos toda la vida.

Así estuvo un buen rato con la cabeza a mil dándole vueltas a la misma noria. Hasta que consiguió controlarse con otro tema alarmante: o estudio o pierdo los exámenes. Aunque no era fácil concentrarse. Al rato de resbalarle sin provecho la mirada por las páginas de un libro otra idea se abrió paso en su mente. Si el ex la hubiera visto con un chico de su edad, se dijo, no la hubiera llamado. ¿Qué significaba esto? Que el hecho de salir con alguien mayor cambiaba su estatus ético a los ojos de los de su edad. ¿De todos? De muchos, probablemente. La mayoría de los varones, seguramente. Tal certeza la dejó desconcertada ¿Qué implicaba a los ojos de los otros que saliera con alguien mayor? ¿Qué era una chica fácil? Por más que lo intentó no pudo imaginarse qué fantaseo llevaría a semejante actitud. Esa noche estudió poco.

Al otro día, en clase, estuvo estudiando a sus compañeros, preguntándose cuáles de entre ellos portarían detrás de sus lindas máscaras juveniles semejante tipo de ideas abyectas. Pensó en preguntarle a alguno qué pensaría de una muchacha de su edad que saliera con un hombre mayor, pero se dio cuenta a tiempo de que semejante encuesta sería una pésima iniciativa. A Marcia sí le planteó el tema.

-Tenés razón. Pero no es difícil saber qué se imaginan –respondió encogiéndose de hombros-. Piensan: esta si sale con tipos mayores es porque está en rodaje, los tipos mayores no estan para hacer manito. Eso piensan y se les calienta el bocho. Lo cual es una pendejada porque en rodaje estamos todas aunque pongamos cara de inocentes ¿o no? Sólo que como son bobos, o más bien, pajeros, no se dan cuenta.

-Qué sería de mi sin tus consejos. Cuando me case te venís a vivir conmigo –dijo Eva soltándole un sonoro beso en la mejilla.

-Dame la mano –dijo entonces Marcia con una sonrisa aviesa- vas a ver cómo en un rato están diciendo que somos tortilleras.

Y tomadas de la mano circularon un buen rato por los pasillos de la Facultad.

## 24

### *Un mundo recién estrenado*

Eva no apareció al final del día. Después de bajar las cortinas Humberto esperó quince minutos frente a la papelería. Luego marchó a casa. Se sentó a oscuras frente al ventanal. Era una noche fresca, de las que empiezan a menudear hacia el final de febrero. Del otro lado de la bahía las luces del Teatro de Verano y una gran mancha de automóviles estacionados enfrente anunciaban que habían comenzado los concursos de Carnaval. El faltazo de Eva le había dejado una sensación de vacío que derivaba hacia el desgano, hacia el pesimismo, hacia el bajón, seguramente. Es viernes de noche, seguramente que la invitaron a una reunión o a una salida a bailar y no supo cómo decírmelo, pensó. Bueno, esto es así, y si hay más va a seguir siendo así, se dijo, tratando de conformarse. Pensó que a menos que dijera basta y cortara lo suyo sería recoger las migajas del banquete de la juventud de Eva. Por primera vez sintió el peso de los años, se sintió un señor mayor de edad. Antes –con Elena, pero también después de Elena- cuando su vida era ordenada y nada extraño la perturbaba, no había lugar en su mente para pensar su edad como un peso. Tenía la edad que tenía y vivía de acuerdo a su edad. Ahora ya no tenía la edad que tenía sino que tenía esa edad consistente en tener más de dos veces y media la de Eva, consistente en asumir que no sería más que un episodio en la vida de Eva. Antes nunca pensaba en las cosas que ya no podría hacer o tener. Ahora, de pronto, sí: no podía tener a Eva, que se le escurría como agua entre los dedos.

En la resbaladiza pendiente de estas consideraciones se encontraba cuando sonó el timbre del intercomunicador. Era Eva. Bajó a abrirle. Se abrazaron en el ascensor con ansiedad, apretándose con fuerza, como si se hubieran salvado de un gran peligro. Al mirarse a los ojos Eva se dio cuenta de que él había tenido miedo no sólo de no verla hoy, sino de perderla definitivamente. La angustia que intuyó en él le proporcionó un turbio sentimiento de felicidad, y comprendió en un instante que amar y sufrir son las dos caras de una misma moneda.

-Perdoname –le dijo besándolo-. Pensé que era mejor que no nos vieran juntos. Te iba a llamar minutos antes de que cerraras pero cuando conseguí un teléfono ya eran más de las siete. Perdoname. Soy una torpe. No quiero que tengamos ningún problema. Nunca.

-Está bien –susurró Humberto y se dio cuenta de que había estado tan tenso que hubiera podido ponerse a llorar al aflojarse ahora que ella estaba ahí y que la pesadilla se desvanecía.

Ya en el apartamento volvieron a abrazarse. Se besaron hasta quedar jadeantes y con la boca dolorida. Le sacó la camiseta y el sostén. Ella le sacó la camisa. Juntaron sus torsos desnudos. Poner la piel contra la piel puede ser un alivio tan intenso como conseguir sombra o agua bajo el sol, pensó Eva.

-Que nada nos separe. No ahora –pidió Humberto-. Sé que en algún momento vamos a tener que separarnos. Es natural que así sea. Pero no ahora. No lo soportaría.

-Nada va a separarnos nunca. Nunca, nunca, nunca –dijo Eva poniendo el alma en cada palabra-. Vení que te muestro –dijo y lo llevó de la mano al dormitorio.



Estaba encendida la veladora pero Eva encendió además la luz del techo. Terminó de desnudarse. Humberto mirándola pensó que aquel ya no era el dormitorio de Elena sino el de Eva. La casa ya no era la de Elena sino la de Eva. Buscaría la manera de decírselo para que lo entendiera y para que hiciera de aquel espacio lo que quisiera. Desnuda, Eva se sentó en la cama, abrió las piernas y levantó las rodillas.

-Mirá –le dijo.

Humberto se arrodilló entre sus piernas. Ella separó los labios y le mostró la boquita del sexo. La abertura estaba completamente despejada.

-Buena faena ¿no? –dijo Humberto sonriéndole.

-Perfecta.

Humberto se inclinó y lamió larga y lentamente el sexo abierto, con verdadera unción, con la devoción con la que el creyente besa las reliquias del santo, con la devoción con la que se lame aquel sexo adorado que se creyó perder para siempre. Hundió la lengua cuanto pudo en la vagina y devoró el vértice carnosos como se devora una fruta exquisita. Eva se tendió en la cama y levantó más las piernas. ¿Qué no nos vean juntos? soy una idiota, pensó, que nos vean si quieren, que nos vean *así* si quieren. Humberto deslizó las manos bajo sus nalgas y levantó más la ofrenda hasta que vio el ojal secreto. No había sido su intención exponerlo, pero ahí estaba, delicado y perfecto, mansamente expuesto, y Humberto –que nada sabía de esos misterios- recibió con sorpresa el mensaje de su magnetismo enigmático. Obedeciendo al llamado, acarició con la punta de la lengua la suave rugosidad. Eva soltó un gemido de sorpresa y de blanda protesta. ¿Cómo aquello? se preguntó la muchacha ¿cómo hacerle eso ahí? Pero se dio cuenta de que no le importaba lo que le hiciera, ni siquiera le importaba estar consciente de qué le estaba haciendo. Se sentía una cosa de pura piel, abierta y sintiente, sin voluntad más que la de esas manos y esa boca. Humberto nunca había hecho eso. Lo hizo como una especie de gesto inconsciente de pleitesía absoluta y lo que consiguió a cambio fue unos sabores y unos perfumes dulzones y ásperos que lo desconcertaron tan completamente por la vibración salvaje que evocaron, que prefirió abandonar el campo tan espontáneamente como lo ocupó.

Se arrodilló en la cama y hundió la verga en el sexo de Eva, que soltó una exclamación de delicia y levantó el torso para mirar la unión, maravillada una vez más de que el miembro cupiera entero, duro y palpitante, acariciado y acariciante, llenando completamente el hueco de su sexo.

-Cogeme –pidió mirándolo a los ojos, pero el hombre seguía inmóvil, mirándola como si quisiera sorberle el alma con la mirada.

Mirándola se preguntaba cómo era posible que cada vez que la veía creciera la fuerza y la voracidad del deseo que sentía hacia ella. ¿Deseo de qué? se preguntó. De devorarla, de que en cuerpo y alma se convierta en una extensión de mi ser, de que no quede un pliegue de su piel y de su espíritu que no responda a las vibraciones de mi ser. Contrayendo los músculos del vientre Eva trataba de acariciar al animalito quieto y tenso. La onda del placer comenzó a despertar en su cuerpo. Entonces Humberto volvió en sí, y emprendió el asedio a la ciudadela. Eva se sintió toda ella como una vaina perfectamente abierta en la que el arma del hombre se deslizaba ajustadamente acariciando todo a su paso y derrumbando las murallas de su conciencia. No supo ni quiso ni pudo detener el orgasmo. Humberto la miraba flotar en el placer a la vez sintiendo la felicidad de comprobar la facilidad con que el cuerpo de la muchacha le respondía y pensando que tendría que enseñarle a prolongar el juego. Se retiró y se tendió a su lado. Se puso a lamerla, a toda ella: los labios, el cuello, los

pezones, las axilas, los flancos. Eva lo dejó hacer, abandonándose. Saltó cuando los dedos de Humberto tocaron el clítoris, hipersensibilizado por el orgasmo.

-Vení encima mío –pidió Humberto.

Ella obedeció costándole horriblemente manejar aquel cuerpo suyo advenido blando e inmanejable como si fuera de algodón. Humberto se relajó y se dedicó a mirarla. La miró aprender paso a paso a administrar el placer que ahora estaba en sus manos, en su voluntad, en el manejo de su cuerpo sobre el cuerpo del hombre. La miró fracasar, no poder contenerse y ceder otra vez al orgasmo –aprendiendo por lo menos, eso sí, ahora, como cuánto podía prolongar las vibraciones del placer después de la marejada. Hasta que se derrumbó sobre el pecho del hombre.

-Es increíble, tu pija, ahí, dándome más, y más –balbuceó hamacando todavía lánguidamente su sexo a lo largo de la verga erecta.

-Es increíble estar dentro tuyo, mi amor, y sentir tu placer –susurró Humberto en su oído.

Liberó su cuerpo y acarició con la mano el sexo abierto de Eva, haciéndola estremecerse una y otra vez hasta que el clítoris por la caricia insistente quedó insensible, anestesiado. La modorra la ganó y se adormeció. Le maravillaba que la muchacha hubiera dicho palabras como “cogeme” y “tu pija”. Elena, por pudor, jamás las había dicho. Y sin embargo, una vez dichas y oídas, le parecían tan simples y necesarias como un vaso de agua cuando se tiene sed. Y bellas, en la medida en que eran el lenguaje directo de la pasión.

Se paró para encender la veladora y apagar la luz del techo. Mirándola dormir se sintió como el chivo lúbrico que observa a la ninfa dormida en la que habrá de cebarse. Pensó: ahora que tu sexo está seco y dormido, ahora es mi momento. Y quedó sorprendido por ese pensamiento que no provenía de su vida, que nunca había pensado, que era nuevo. ¿Seco? ¿no era el sexo húmedo, jugoso el que siempre le había dado placer? ¿y ahora quería el sexo seco, saciado, aplacado? Extraña idea. Abrió suavemente las piernas de Eva y miró su sexo dormido, sellado por el agotamiento. Sintió que la verga le vibraba de tan endurecida. Si, así era que lo quería, verdaderamente. Acarició el plumón hasta que su dedo índice encontró el camino entre los labios renuentes y luego boquita adentro. La mucosa sedosa y seca era tan delicada que le pareció que de solo rozarla con la uña podría desgarrarla. Estos labios que se abren para mear, este sexo que gotea sangre una vez por mes, que un día se abrirá imposiblemente para parir, pensó Humberto borracho de deseo, este sexo que deseo llenar de leche hasta que se desborde. Eva gimió sin despertar al sentir la intrusión.. Humberto levantó y abrió suavemente las piernas de la durmiente. Colocó la cabeza de la verga en el canal seco y empujó. Eva entreabrió los ojos.

-No puedo más –protestó blandamente.

-Sólo estate quieta. Dormí. Te quiero dormida –dijo Humberto y sintió su voz ronca por el deseo.

Muy lentamente fue sepultando su sexo en el de la muchacha. Eva gimió. Entre sueños le parecía estar siendo poseída por un gran animal, cuidadoso y lento, sin disponer de la más mínima energía para resistirse. Humberto comenzó a trabajar su sexo, con tanto cuidado que Eva realmente no sabía si no estaba soñándolo. El efecto del roce de la verga en la funda seca, nada lubricada, fue arrasador para Humberto. El semen se agolpó, sus defensas cedieron, se dispuso a abandonarse al orgasmo. Sintió que con cada penetración el sexo de Eva estaba más húmedo. La cogió con penetraciones más profundas y más firmes. Eva gimió. Lo estaba gozando. Se lanzó entonces con saña. Duro poco. Eva se despeñó en un nuevo orgasmo con un gemido contenido, interminable, lastimero. En el momento justo

Humberto sacó la verga decidido a lanzar al aire la semilla. Pero Eva, sorprendida por la brusca evacuación de la plaza, en ese mismo instante se semiincorporó. Antes de cerrar los ojos llegó a ver la verga, firmemente empuñada, desnudo el glande, lanzando el primer disparo, que fue a dar de lleno en la cara de la muchacha. La lluvia continuó después sobre su pecho, su vientre y su pubis. Eva daba grititos, fascinada por la lluvia de semen. Humberto se sintió sacudido por una risa incontenible. Eva rió también. Con la punta de los dedos se tocaba el semen que le resbalaba por la cara.

-Eso le pasa a las mujeres curiosas –dijo Humberto sin dejar de reirse y seguro de que había lanzado semen como nunca en su vida.

-Qué bárbaro. Es increíble –decía Eva y con la punta de la lengua probó, por primera vez el sabor del semen-. Salado y dulce a la vez –dijo.

Humberto se derrumbó a su lado. Su mano acarició el vientre y el pecho de la muchacha untándole y expandiéndole el semen sobre la piel. Yo también soy pintor, pensó Humberto amodorrado, imaginando que el semen era una pintura maravillosa con la que su mano, con mágica sabiduría, dibujaba sobre la piel blanca y perfecta de la muchacha la fórmula de la felicidad perfecta. Eva respiró hondo el olor del semen, hasta sentirse borracha.

-¿Qué hora es? –preguntó con voz pastosa Eva en algún momento de la orgía de caricias.

-Las once y media.

-¿Hace más de dos horas que estamos haciendo el amor?

-Msí. ¿Te parece mucho o poco?

-Mucho. No sabía que duraba tanto.

-Puede ser más corto.

-No, mi amor. Mejor más largo.

Mientras Eva se duchaba Humberto pidió algo de comer a La Pasiva y se bebió de un trago sus dos dedos de escocés. Eva habló hasta por los codos de todo lo que la preocupaba –desde los malos docentes, a los malos programas de estudios y a los malos métodos de evaluación del saber de los estudiantes y de ahí a las malas relaciones de sus padres. Hasta que puso la cabeza sobre la almohada. Fue como si te bajaran el switch Humberto, le dijo Humberto mientras desayunaban, mirándola embobado. Él, por el contrario, tardó un rato largo en dormirse. El cuerpo de Eva en su cama le parecía como un don de los dioses. Estuvo olisqueándola y espionando la espuma de sus sueños en la oscuridad quizá durante horas, hasta que en algún momento llegó el sueño, presentándose escondido en una gran ola de dulzura, y lo venció.

Al bajar, muy temprano, el portero y la vieja del séptimo –con su perrito histérico– estaban en el hall del edificio. Humberto los saludó con toda deferencia pero sintió sus miradas malévolas clavadas en sus espaldas mientras se alejaban. La acompañó caminando hasta lo de Marcia. Soplaba el Sur con ganas y Humberto se sentía como pisando nubes. Eva lo abrazaba y apoyaba la cabeza sobre su hombro. Sentían que eran un solo cuerpo y un solo espíritu flotando en la luz de la mañana. Se besaron largamente frente al edificio donde vivía Marcia, embriagados por esa cosa de frescura y de mundo recién estrenado que tienen los amaneceres de los recién enamorados.

*Nuevos horizontes*

-¡Tatáaaaaan! –hizo Eva con pose de entrada triunfal cuando abrió la puerta del apartamento y se encontró a Marcia en camión desayunando.

Marcia se paró y alzó los puños al cielo como un atleta en el momento del triunfo para acompañar el entusiasmo de Eva.

-¡Victoria! ¡Victoria completa! –gritó Marcia-. ¿O no?

-Victoria completa. Estoy enamorada –concedió Eva sentándose a la mesa, robándole una tostada y mordisqueándola.

-Hija mía, dame detalles –exigió Marcia.

-¿Qué querés que te cuente, nena? Nocaut completo. Dos horas largas de grandes alegrías. Me hizo de goma.

-¿Dos horas largas? Tenés que presentármelo.

-Soñá nomás. Quedé... que había que pincharme con una aguja para que reaccionara. ¿Qué hago ahora, Marcia? Estoy enamorada.

-Mandale flores y un bombón con una tarjeta que diga “Gracias por una noche inolvidable”.

-¿Te parece?

-Es broma, boluda. Bien sabés vos cual es el regalito que le gusta a los hombres.

Eva quedó sorprendida. ¿Se suponía que debía saber cuál es el regalo favorito de los hombres? Pues no lo sabía. Marcia se dio cuenta de que Eva no sabía de qué hablaba y se rio.

-El culito, tarada. Los hombres no sienten que se cogieron a una mujer hasta que se la cogieron por el culo –arrancó a filosofar Marcia.

-Basta de sexo –dijo Eva cortándola y exiliándose en la cocina para ocultar su desconcierto-. Me hago un café con leche y empezamos a estudiar. Nos quedan quince días para entregar la monografía de Moderna.

¿Quería eso Humberto? se preguntaba Eva preparando el café con leche que en realidad no quería. Entonces recordó la lengua de Humberto lamiendo más allá de su sexo y eso le pareció la prueba razonable de que Marcia estaba en lo cierto. Pues si eso es lo que quiere, pensó, eso es lo que va a tener. Y si quiere cortarme en pedacitos también puede hacerlo. Y se sintió rarísima teniendo que reorientar su cuerpo hacia otro deseo.

¿Por qué Marcia le dijo eso? ¿Sentía envidia del arrobamiento amoroso de su ingenua amiga y quiso darle un baño de realidad? Para nada. En absoluto. Marcia no podía sentir envidia de los arrebatos amorosos de Eva porque Marcia estaba en esa etapa, pasajera por supuesto, en la que se sentía perfectamente capaz de enamorarse de un tipo diferente cada fin de semana. Se lo había dicho sin mala intención, simplemente porque esa era la conclusión a la que había llegado analizando la conducta de sus amantes. Y porque tal cosa, por lo demás, no le parecía nada mal. Ella, por supuesto, se acomodaba de buen grado a ese tipo de exigencias, al punto de que se había convertido en una experta en la materia. Marcia sabía que el deseo es una máquina que para seguir funcionando necesita continuamente plantearse nuevas fronteras, y que si no actúa así entonces no se trata de deseo sino de cariño y/o de mera fisiología.

Esa noche los padres de Eva volvieron a discutir por algún motivo anodino como que el pan estaba duro o la sopa salada. La discusión empezó en la mesa y terminó a puertas cerradas en el dormitorio. Al rato el padre se fue a jugar billar al boliche del barrio. Volvería tarde seguramente y al otro día habría un ambiente fúnebre en la casa. Al darle el beso de las buenas noches a su abuela Eva comentó:

-Habría que insonorizarles el dormitorio para que puedan discutir a gusto sin joder a los demás ¿no, abue?

-Será una crisis de la pareja, o de la edad, como dicen ahora. En mis tiempos llevábamos las cosas de otra manera.

-No te pongas triste, ya se les va a enderezar la cabeza y va a ser todo como antes. ¿No me notás algo distinto?

-Claro que sí. Tenés novio.

-¿¿Cómo sabés?!

-Por el brillito en tus ojos. ¿Es bueno? ¿Se llevan bien?

-Ay, abuela, ojalá pudiera presentártelo. Es un amor.

-Presentámelo.

-Todavía no. Tengo que estar segura –mintió Eva y se quedó pensando que era la primera vez en su vida que le mentía a su abuela. Justo cuando más necesitaba decirle la verdad. No porque estuviera confundida, que no lo estaba, sino para que la ayudara a encarar. Pero, en fin ¿por qué no presentárselo? Podían verse en el centro un día que llevara a la abuela a la mutualista. Bastaría con que la abuela no le dijese nada a sus padres.

Duchándose antes de irse a la cama se acarició el sexo, su nuevo sexo, su sexo de mujer nuevecito, recién estrenado, con el que daba placer a su hombre. También estuvo testeando con los dedos enjabonados, aquel otro orificio. Jesús, María y José, pensó, esto no va a ser tan fácil como romper un himen. Y se prometió ir preparando el terreno repitiendo el testeo cada vez que se bañara.

## 26

### *Punto de inflexión*

El sábado Humberto se despertó con una idea clara, distinta e imperativa en su mente. La puso en práctica sin pensarlo dos veces apenas terminó de desayunar. Llamó a una casa de remates para acordar las condiciones y luego llamó a una empresa de mudanzas. Pasado mediodía no quedaba ni un solo mueble o adorno en la sala y el comedor, incluidas las alfombras. También marcharon a remate la cama, las mesas de luz y la cómoda. Y el televisor. Los armarios, alacenas y roperos se salvaron porque no eran muebles sino empotrados.

Sólo una vez cumplida la tarea se preparó un té y se sentó –en la cocina, único lugar donde quedaban sillas- a pensar en lo que había hecho. Jamás en su vida había tomado una decisión tan grave sin pensarlo antes largamente. Recordó la cara del portero cuando a la pregunta de si se mudaba respondió que no, que simplemente iba a redecorar el apartamento. Pensó que lo que había hecho no era suficiente, que aún, al mirar por la ventana, la cebra seguía ahí, con Elena siendo atropellada eternamente a cada minuto y en cualquier hora del día. Tendría que pedirle a la Intendencia que cambiara la cebra de lugar. Y aún así... ¿Tendría entonces que mudarse?

¿Por qué había hecho lo que hizo? ¿de dónde provenía la orden, que seguramente había recibido en un sueño sin imágenes, sin memoria, sin huella? ¿qué le diría a Eva? ¿qué lo había hecho para que ella rehaga la casa a su gusto? Absurdo. La muchacha pensaría que estaba loco. O quizá no. Quizá pensaría que la amaba y que ponía su vida a sus pies. Mejor sería que pensara que estaba loco, y que huyera de él. Porque es absurdo poner semejante fardo sobre las espaldas de una muchachita ingenua, incapaz en realidad de tomar decisiones sensatas en temas de importancia. De todas maneras, estaba hecho. Ante Eva probablemente fingiría displicentemente que había decidido renovarse. Nada que ver con la relación entre ellos, por supuesto.

Con lo que quizá no le estaría mintiendo. Porque en realidad lo que había hecho ¿no era instalarse en aquel desierto de su sueño? Y ese desierto ¿no simbolizaba la necesidad oscura, originada en vaya a saber uno qué dimensión de su ser, de partir de cero en su vida y en su mente? Y todo esto ¿acaso no era en el fondo algo que venía de él mismo y que, al menos en principio, nada tenía que ver con la muchacha? Al menos en principio, sí, aunque luego la irrupción de la muchacha había venido a imprimirle una velocidad de vértigo a esa necesidad de empezar de cero. Necesidad que quien sabe, de aquí en más a dónde lo llevaría. En todo caso a extremos a los que no se negaría a entregarse, ciertamente, como quedaba demostrado tanto por el desmantelamiento de la casa como por la forma ilimitada en que se había entregado a la relación con ella.

Ya puesto de cara a los vientos huracanados que soplaban sobre su vida se hizo entonces la pregunta del millón: ¿qué esperaba de la relación con Eva? Esperaba lo que estaba obteniendo y que pensaba que ya no habría nunca más en su vida si es que alguna vez lo había habido al menos con la fuerza que lo había ahora: el estremecimiento y el arrebatamiento. Porque —comprendió en un momento extremo de lucidez— cuando se tiene una cierta edad, si se vuelve a acceder a esa zona de luz enceguedora, de entrega sin límites y de temblor total del ser, ya no se puede siquiera pensar en volver a perderla, en volver a vivir sin eso.

El lunes, de camino a la papelería vió, al pasar, cómo una bella muchacha, con sus pantalones ajustados y su caminar sensual, conmocionaba a un grupo de muchachos que saludaron su paso alisándose las plumas, hinchando los pectorales y lanzándole piropos estúpidos. ¿Simplemente por ser jóvenes e imbéciles, pensó, tendrían el derecho a la exclusividad de una belleza que ni siquiera saben apreciar? Lo pensó sin rencor alguno, maravillado de que el mundo fuera tan absurdo. ¿Quién inventó el ghetto de las edades y para qué? se preguntó ¿de qué se hace sospechoso el que tiene más edad? ¿de saber más, de tener más experiencia, de ser más maduro, de saber apreciar mejor? ¿desde cuándo las virtudes son defectos? ¿por qué la tontera ciega de la naturaleza —que supuestamente emparejaría según las edades— debería de regir a los hombres si la cultura humana ha sido siempre un alejarse de la naturaleza? ¿desde cuándo se debe aceptar y sancionar un estado del mundo en el que lo hermoso es feo y lo feo es hermoso? Sintió que llegado al cenit de su existencia retomaba misteriosa o milagrosamente contacto con un estado de espíritu de beligerancia contra el estado del mundo que había sido el que aprendiera en los lejanos sesentas de su adolescencia. Eva es mía y yo soy de ella —arremetió exultante, desafiante— tanto como ella y yo lo queramos, y está bien que así sea.

Pero —se preguntaba unas cuantas más adelante— ¿qué es lo que deseo cuando la deseo? ¿su juventud para saldar con ella mi juventud, que considero frustrada? ¿su inocencia para que haga juego con mi necesidad absurda de recomenzar desde cero? ¿poseerla es mi revancha contra la vida, que me amenaza con la vejez a la vuelta de la esquina? Y

semejantes preguntas lo sumían en el desconcierto y en la tristeza cuando de repente recordó algo. Recordó, físicamente -o sea que su lengua y sus narices recordaron-, lo que sintió al lamer el ojeté de la muchacha. El sabor y el olfato le devolvieron intacta la experiencia, el magnetismo áspero y salvaje que estalló en su cerebro y que lo hizo voltear la página despavorido y fascinado, y entonces, como arrancadas de cuajo por un torbellino irresistible, todas las preguntas que lo atormentaban se fueron al mismísimo infierno. Había sido como consumir una droga rara, exótica, pensó, aunque nunca en su vida había probado más drogas que el alcohol rutinario y algún porro mal fumado en la remota adolescencia.

## 27

### *Dulce pedagogía*

Eva reapareció a mitad de semana llamando desde un teléfono público.

-Salvé Nacional Uno -dijo-. Tenemos que festejar.

-Lo que quieras -dijo Humberto tratando que el cliente que tenía delante no registrara su rendida pleitesía.

-Voy a tu casa a las cuatro. Almuerzo con mi tía y voy.

El portero dejó pasar a Eva como visitante conocida que era. Cuando abrió Humberto la puerta la sonrisa que Eva traía desapareció al ver el apartamento vacío.

-¿Qué pasa? -preguntó con cara de susto.

-No preguntes -respondió Humberto y al instante se dio cuenta de que era la respuesta incorrecta. La expresión de Eva fue de que le hubieran dado un mazazo en la cabeza.

-Te vas -dijo con un hilo de voz-. Te vas del país.

“Irse del país” era para Eva -en cuyo hogar el exilio y el desexilio era un dato básico- como para la mayoría de los uruguayos, que tienen alguna parte de su familia buscando la vida en algún lugar remoto- un resorte sensible, pronto para saltar. De ahí que reaccionara con ese miedo.

-Claro que no -dijo Humberto tomándola de un brazo para hacerla entrar y cerrando la puerta tras ella-. Si me fuera del país ya te lo hubiera dicho para que te vayas conmigo.

La abrazó y ella se prendió a su cuerpo. Se besaron con la ternura inefable y la entrega que solo conocen en este mundo los que no saben todavía lo peligroso que es estar enamorado. Humberto sintió que tenía que compensarla por aquel momento malo.

-Vendí todo -dijo-. No quiero vivir en una casa que no esté puesta por tu mano.

-Vos estás loco, más loco que yo -dijo Eva recuperando el aliento y la sonrisa.

-Probablemente. Me da vergüenza lo que hice. ¿Me querés menos?

-No podría quererte más de lo que te quiero porque me moriría -dijo Eva volviendo a besarlo, sintiendo una vez más que el lazo que la unía a Humberto se apretaba más fuerte.

-Vení, en la cocina hay sillas.

Humberto sacó de la heladera una botella de champagne.

-Festejemos tu examen.

Saltó el tapón de la botella de champagne y Humberto sirvió las copas. Eva bebió.

-Uy, qué raro es esto. Y qué rico.

-¿Nunca habías tomado champagne?

-Claro que no -dijo Eva sintiendo que la ansiedad que la había tensado viniendo hacia el apartamento y el miedo que había experimentado al abrirse la puerta y ver aquella desolación se hundían deliciosamente en una nada burbujeante.

-Andate acostumbrando porque vamos a celebrar con champagne cada uno de tus exámenes.

-Y todo lo que merezca celebrarse –agregó Eva bebiendo la copa hasta el fondo-. Pero entonces, cuando nos casemos ¿con qué vamos a festejar, eh? –preguntó desafiante.

-Con una copa llena de mis lágrimas de felicidad –dijo Humberto con la garganta apretada por la emoción y al borde de las lágrimas.

-Mi amor –dijo Eva y se sentó sobre sus rodillas mirándolo embobada. Humberto bebió de su champagne y al besarla virtió la bebida en su boca. Eva tragó y se rió y le lamió los labios

-¿Qué vamos a hacer? No puedo estar sin vos –dijo escondiendo la cara sobre el hombro de Humberto, sin poder contener las lágrimas.

-Mi amor –dijo Humberto y la abrazó completamente-. Lo que vamos a hacer es tomarnos las cosas con calma. Pensar todo bien. Vernos. Querernos. Y pensar todo bien –susurró amorosamente en su oído.

Bebieron otra copa de champagne y fueron desnudándose. En el dormitorio el colchón – con la cama correctamente hecha- estaba directamente sobre el piso.

-Estás loco de remate –insistió Eva.

Se tendió sobre la cama. Humberto se quedó mirando arrobado el cuerpo delicioso que lo esperaba, abierto. Pestañeó fuerte y rápido para evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas, operación que no le pasó inadvertida a Eva.

-Que se detengan los planetas y que la tierra ya no gire sobre su eje, y que este instante se haga eterno –exigió Humberto deliberadamente grandilocuente, pero secretamente embriagado por la poeticidad inevitable del momento.

-Vení, mi amor, que entre mis lágrimas y las tuyas esto ya parece un velorio.

Aterrizó entre las piernas de Eva. Besó suavemente los labios cerrados del sexo.

Entonces vió que entre los labios podía verse la cresta, la mera puntita del clítoris. La tocó con la punta de la lengua.

-Mi amor, mirá como se asoma –balbuceó, embobado.

-Sí, se asoma un poquito ¿es malo eso? ¿está mal? ¿tengo que operarme? –preguntó Eva.

-No, mi amor, sólo a las diosas les asoma así –dijo Humberto y con la punta de la lengua acarició la carnosidad emergente. Los labios del sexo se abultaron con la insistencia de la caricia, y terminaron por abrirse dejando ver la boca húmeda. Eva levantó las rodillas abriendo bien las piernas y gimiendo de placer. Humberto se llenó la boca con el sexo de Eva. De pronto Eva reaccionó, huyendo de la caricia. Quería homenajear a su amor, quería chupársela, le salía del alma.

-No –dijo-. Me toca a mí. Acostate.

Humberto obedeció. Eva se arrodilló entre sus piernas. Humberto se puso un par de almohadas bajo la cabeza para poder mirarla. Pero Eva lo miraba, esperando.

-Decime cómo –pidió.

-No hay cómo –dijo Humberto, que en realidad no sabía que en todo es posible un saber-. Es como lo sientas.

Eva empuñó el sexo por el tallo y desnudó el glande. Miró aquello como quien mira, con el tercer ojo, el centro del universo. Lo tocó con la punta de la lengua. Humberto cerró los ojos. Sintió cómo los labios de Eva rodeaban la punta de su sexo. Sintió la humedad cálida de la boca. Se dio cuenta de que Eva, efectivamente, no sabía cómo seguir.

-Mirá –le dijo, y se sintió idiota diciéndolo- en esto hay lamer, morder y chupar. Todo está en combinar las tres cosas con talento.



-Con talento ¿eh? –dijo Eva esbozando a manera de defensa una sonrisa desafiante.

Si el talento existe en esto Eva pronto descubrió en qué consistía. Se empeñó en lo uno y en lo otro y en lo otro y pronto descubrió que el quid estaba en cambiar cuando una cualquiera de las variedades lo estaba llevando a un placer insoportable, y comprendió que lo demás eran detalles, como dónde morder, dónde lamer o con cuánta fuerza chupar. Humberto se entregó a las caricias al principio desordenadas pero después cada vez más seguras de Eva hasta que, con los nervios de punta y a punto de lanzar el semen, la detuvo.

-Vení, divina –dijo jalando de ella hasta abrazarla.

Entonces hundió su sexo en el sexo de Eva y su lengua en la boca de Eva, y Eva lo abrazó con los brazos y con las piernas y sintieron que eran una sola cosa, inseparable hasta para la navaja más afilada y Eva estalló con un grito que le hizo conocer a Humberto los sonidos más estremecedores de que era capaz la garganta de la muchacha. Siguió, a punto de estallar, hasta que sintió que la muchacha estaba más allá de la primera gran ola del orgasmo. Se retiró entonces para acabar pero tan apenas antes que en pleno delirio se estaba preguntando si el primer golpe no lo habría lanzado en las entrañas de la muchacha. Y su verga estuvo frotándose y lanzando semen contra el vientre de Eva tanto tiempo que la muchacha terminó por empuñarla e inclinándose sobre el vientre de Humberto, por metérsela en la boca y succionar hasta que no tuvo más que un gusano adormecido entre los dientes.

Quedaron como borrachos, apenas conscientes.

-¿Es así? ¿es así? –murmuraba Eva sin saber qué decía.

-Así es, así es, mi amor –le respondía Humberto queriendo significar que amar era así y que no podía ser de ninguna otra manera.

Entonces Eva tomó el dedo índice de Humberto y lo mojó en los goterones de semen que tenía sobre el vientre, y levantando un muslo llevó la mano de Humberto hacia entre sus nalgas y apoyó la punta del dedo sobre el ojete. Humberto, sin pensarlo, en la nube como estaba, sin preguntarse de qué se trataba hundió el dedo entre los labios apretados del culo de Eva. Esto quiere, pensó, incapaz por supuesto de imaginar que ella pedía eso porque era lo que imaginaba que él quería. Esto quiere, pensó Humberto, que de aquello en realidad no sabía nada excepto que era una frontera y un límite, pero sintiendo que en su cuerpo se tensaba un deseo afilado y cruel en su dulzura. Eva gimió con la intrusión pero no endureció el cuerpo, al contrario, hizo por aflojarse y acomodarse al hecho. Humberto sintió con total nitidez el anillo muscular en torno a su dedo. Empujó y lo hundió completamente. Eva soportó el dolor, después lo sintió esparcirse, disminuir hasta desvanecerse. ¿Por qué ahí? se preguntaba, y, por supuesto, no tenía respuesta. Por capricho, se respondió. Pues bien, si es tu capricho que sea también el mío. Si es tu placer vejarme y lastimarme, que sea también el mío. En Eva estaban todas las condiciones para ser la amante perfecta. Humberto miraba a aquel cuerpo dulce y abandonado al ultraje y se asustaba del ardor con que sentía crecer en él el deseo de forzar con su miembro aquel anillo apretado, de vencer la resistencia de aquel cuerpo y de marcarlo a fuego. Soy una bestia, pensó, no lo sabía pero dentro de mí vive una bestia y sólo puedo obedecerle.

-Sí, mi amor, si –gruñó, con la garganta reseca por la calentura, y Eva interpretó que con esa aprobación él le agradecía que hubiera sabido anticiparse a su deseo. Lo cual era cierto aunque se tratara de un deseo que Humberto no se conocía.

Y Humberto hubiera emprendido en ese mismo momento la conquista de la ciudadela escondida si hubiera estado en condiciones, pero no era el caso. De todas maneras sus bocas se unieron en un diálogo feroz en el que con la lengua y los labios y los dientes y la

saliva embriagadora como un licor ardiente se dijeron y se repitieron hasta el hartazgo que nunca habría límites ni errores entre ellos.

-Pero cuando lo hagas tenés que hacerlo muy despacito y con mucho cariño ¿eh? –dijo Eva apuntándole con un índice admonitor cuando el furor se hubo calmado.

Después, vestidos, bebiendo te y mientras el atardecer pintaba de dorado la lengua de mar, Eva filosofaba:

-Dicen que amar no es bueno. Que al amar se idealiza al otro y que eso impide ver su realidad. Y que las personas terminan mintiendo para estar a la altura del ideal que el otro se inventó. Quizá sea cierto ¿no? Yo por ejemplo soy incapaz de ver tus defectos.

-Eso no es porque me ames –ronroneó Humberto, sumido en una modorra placentera que lo ponía bastante más allá de las verdades más verdaderas-, es porque sos muy joven. La experiencia mejora el juicio. Pero ¿quién te dijo todo eso?

-Marcia, mi mejor amiga. Y no digas nada contra ella. Sin sus consejos quizá yo no estaría aquí.

-Dios la bendiga. ¿Qué más dice?

-Muchas cosas, hablamos mucho. Pero bueno ¿qué respondés? ¿tiene razón?

-Lo que ella dice implica que si soy capaz de ver un defecto tuyo entonces no te amo. Es un poco excesivo ¿no?

-Mmm –hizo Eva.

-Además si el amor es esa idealización, esa ceguera, entonces el amor es inhumano, porque lo que caracteriza a los humanos es la capacidad de comprender, de razonar, de analizar.

-Mmm. También dice Marcia que el amor es como una fiebre que hace que deseemos todo el tiempo el cuerpo del otro, pero que cuanto más lo tenemos más lo queremos, y así hasta que alucinamos y enloquecemos.

-Sí, es así, pero a determinada altura del proceso se acciona un mecanismo de defensa – una especie de paracaídas- y la gente se modera.

-Se ama menos...

-No, pero se modera.

-Yo espero que llegado el momento me falle el mecanismo de defensa. Y que te falle a vos.

-Eso también es porque sos muy joven.

-Ufa, dale con la matraca ¿y si los que tuviéramos razón fuéramos los jóvenes?

-Dejame terminar con el tema de Marcia antes de pasar a otra cosa. Según ella esa fiebre de posesión que tú, por ejemplo, padecerías, no estaría dirigida a mí, al que yo soy en realidad sino a esa idealización, a ese otro que vos construiste a partir de mí. ¿No debiera de sentirme celoso?

-Mmm. Complicado. ¿Y quién sería ese otro que yo habría construido, o esa otra que vos habrías construido?

-Andá a saber ¿no?

Y así siguió la conversación hasta que terminó de anochecer y Eva dijo que era hora de irse.

-No me pidas un taxi –le dijo, seria y terminante-. Yo viajo en ómnibus. Estoy acostumbrada. Como siempre viví lejos y siempre usé los viajes para estudiar. No quiero que venir a verte sea algo especial. Quiero que sea parte de mi vida normal ¿entendés?

La acompañó hasta la parada del ómnibus. Al bajar en el hall estaba aún el portero aunque su horario había terminado, estaba la vieja del séptimo y el jorobado del quinto, con

el que Humberto nunca había cruzado más que los saludos de rigor. Estaban como en comité. Un comité de defensa de la moral del vecindario. Miraron a Eva como si fuera un marciano. De milagro no le sacaron fotos.

## 28

### *La pena y el consuelo*

La abuela de Eva había muerto esa tarde. Tuvo un paro cardíaco fulminante cuando estaba estirando la masa para los bizcochos del desayuno. Cuando Eva llegó el cuerpo había sido retirado ya por la funeraria. Su padre lo había acompañado. Su madre, llorosa, le dió la noticia, que Eva recibió como si la hubiera estado esperando desde hacía largo tiempo, cuando en realidad nunca le había pasado por la mente que su abuela pudiera morir.

-Por lo menos no sufrió. Se apagó como quien sopla una vela –dijo la madre con los ojos rojos de llorar y la nariz goteando.

La abuela no está más, pensó Eva, era con ella que yo podía hablar en casa, ahora no puedo hablar con nadie. Y entonces sintió que la piel se le erizaba, como si de pronto la alcanzara una corriente de aire y pensó: no, no es así, puedo hablar con ella, siempre puedo hablar con ella, porque yo se muy bien cómo pensaba la abuela.

Su padre –que no parecía simplemente triste o adolorido por la muerte de su madre sino que parecía como aplastado por una losa enorme- decidió que el velorio se realizara con el féretro cerrado. Eva pensó que tenía razón, que a la abuela no le hubiera gustado que la vieran muerta, se hubiera sentido herida en su discreta pero firme coquetería. Cuando se cerró el féretro los tres estaban ahí y la besaron por última vez.

Antonio, el pintor amigo de la abuela, estuvo en el velorio sólo unos minutos. Frágil como si fuera de cartulina se tomó del brazo de Eva para alejarse del enfermero que lo acompañaba.

-Te quería tanto como se puede querer en este mundo –dijo-. ¿Estabas ahí cuando murió?

-No.

-Mejor así. La mortificaba la idea de cerrar los ojos viéndote angustiada. Desde hace años una y otra vez me ha dicho que temía que algo horrible te sucediera. Pero vos sos una muchacha juiciosa y sensata y nada malo va a pasarte ¿verdad?

-Claro que no.

-Pronto voy a terminar tu cuaderno de acuarelas. Será lo último que pinte. Se lo prometí a ella. Te llamo para que vengas a buscarlo –dijo, y, llamando con un gesto a su acompañante, la miró a los ojos larga, insistentemente, como preguntándole algo que ella no supo qué era, con su mirada acuosa y desvaída, y se despidió diciendo simplemente:- adiós, muchacha.

Eva llamó a Marcia una y otra vez hasta que la encontró, ya tarde. Marcia llegó enseguida. Era cerca de medianoche y en la sala fumaban y cuchicheaban ya todos los de la familia y buena parte de las amistades más cercanas.

-Es raro –le dijo Eva a Marcia cuando consiguieron aislarse en un rincón-, no siento nada. Ya no está. Nunca más va a estar. Es todo. Pero lo que ella fue conmigo y para mí nadie me lo puede quitar, es mi tesoro. Ella no vive ya en el mundo. Ahora vive en mí. Estoy segura de que esta contenta de vivir en mí ahora.

En la madrugada se fueron al apartamento de Marcia, que quedaba a pocas cuadras. Se hicieron sopa instantánea y se acostaron abrazadas en la cama de Marcia. Eva estuvo susurrando recuerdos –abuela llevándola de la mano a la escuela, leyéndole cuentos, preparándole las comidas, negociándole situaciones complicadas con su madre, escuchando y comprendiendo cualquier cosa que pudiera decirle, explicándole que el mundo es bueno para los buenos y malo para los malos- hasta que se quedó dormida, blandamente acariciada por su amiga.

Era casi mediodía cuando volvieron a la funeraria. Eva no lloró ni cuando sacaron el féretro de la funeraria ni luego cuando lejos, muy lejos de casa, en el Cementerio del Norte, lo introdujeron en un nicho. Creían enterrar a su abuela, que en realidad estaba cómodamente instalada en su corazón. Ahora me doy cuenta -pensaba Eva durante la ceremonia- que existe la vida después de la muerte: es la vida en la memoria de los demás. Cuando ya nadie recuerda a una persona es que muere verdaderamente. Y se prometió recordar a su abuela por lo menos un segundo cada día de su vida.

De regreso a casa, su padre se acostó a dormir en la cama de la abuela. Su madre se acostó en el lecho conyugal. Eva fue a la cocina, se preparó un café con leche y comió una rebanada del último pan horneado por la abuela. Y entonces sí las lágrimas brotaron de sus ojos. Después, moqueando todavía, entró en el dormitorio de la abuela, muy silenciosamente para no despertar a su padre, y del ropero sacó la cajita de ébano en la que la abuela guardaba sus fotos, las cartas que el abuelo le enviaba de novios y el cuaderno de recetas de cocina que la abuela había empezado a anotar de muchacha. Guardó la caja en su propio ropero. Su idea era ampliar una foto de la abuela, enmarcarla y colgarla en su cuarto. Eso le facilitaría ese segundito de recuerdo aún en los días más ocupados. Después, harta del silencio de la casa, se tomó un ómnibus de regreso al Centro con la intención de ver a Humberto.

Humberto había pasado una mañana feliz, disfrutando de preguntas retóricas del tipo de ¿Cómo es posible que el amor de esta muchacha me haga sentir esta paz maravillosa, esta beatitud espiritual, esta lucidez, este florecer de la mente, este danzar del cuerpo al caminar? Le sonrió a casi todo el mundo, inició asuntos de negocios largamente aplazados por falta de ímpetu, le ajustó el sueldo –ya bastante atrasado por la inflación- a su empleado, atendió a clientes cargosos y poco productivos como si fueran sus favoritos y - sobre todo- comenzó a acariciar la idea de que ya era hora de que dejara de mirar embobado a sus bellos papeles en blanco y comenzara también a rayarlos. No porque se imaginara poseer algún talento para el arte sino porque sentía que tenía el mismo derecho que cualquiera a ocupar aquellas bellas parcelas de desierto blanco.

Eva llegó a la papelería cerca de la hora de cierre. Humberto constató con sorpresa su aura apagado, la mirada sin brillo, el color terroso de la piel, las ojeras.

-Abuela murió ayer –dijo Eva y quedó sorprendida por lo extrañas que le sonaron esas palabras.

Humberto le tomó las manos.

-Abuela murió ayer –repitió la muchacha-. Qué raro suena.

-Es que tu mente todavía no integró el hecho.

-Más bien es la palabra “murió”. Es una palabra que comunica algo tan importante...

Sólo una vez puede usarse esa palabra para una persona concreta.

Eva parecía exhausta y distante, absorta en su reflexión.

-O sea: la usamos a menudo, pero para cosas que nos son ajenas, exteriores, a veces hasta con frivolidad. Pocas veces la usamos en serio. Pocas veces decimos eso, *que murió*, de alguien cercano y significativo para nosotros. Y por eso cuando la usamos nos parece terrible, rara, pesadísima. ¿No es así?

Eva podía estar perturbada, pero lo que decía era cierto.

-Es así. Yo sentía lo mismo cuando tenía que decir “Elena murió”. Recuerdo que en aquel momento llegué a la conclusión de que era tan absurdo como si alguien al comienzo de su vida hubiera dicho “Elena nació”. Como si Elena fuera algo en sí, algo más allá del hecho de nacer o de morir. Como si nacer o morir fueran cosas en las que Elena incurriera entre otras mil pero que, como esas otras mil, no la afectaran en su esencia.

Eva lo escuchaba con atención, asintiendo en silencio.

-Es que es así. Es lo que yo siento -dijo-. Abuela murió ayer es simplemente un avatar ¿está bien dicho “avatar”? Es algo que le ha sucedido a la abuela. Significa que se ha separado de su cuerpo. Ya no va a estar allí. Pero esta de otra manera. Ayer cuando mamá me dijo que había muerto en vez de sentir tristeza lo que sentí en ese momento fue que de pronto por todos los poros de mi piel se colaba dentro de mí y allí se instalaba. Por eso no lloré. Ni una lágrima. Lloré después –agregó sonriendo-, un poco, pensando que ya no iba a haber más pan hecho en casa, porque era ella la que lo hacía.

En ese momento el reloj de péndulo de la papelería dio la hora del cierre.

-¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó Humberto.

-Quiero quedarme contigo. No soportaría hoy las malas ondas ni las discusiones de mis padres. Que se arranquen mutuamente la piel a mordiscones si quieren, pero que yo no lo vea. No hoy al menos.

Eva llamó a su casa. Mientras sonaba el teléfono su mente por inercia esperaba a ver quién atendería, su madre o su abuela. Humberto la oyó mentir, decir que estaba con Marcia, decir que estaba bien, que la preocupaba el próximo examen que se le venía encima, que se iba a quedar a dormir con Marcia. Después llamó a Marcia y le pidió que si llamaban de su casa dijera que estaba con ella pero que ya se había dormido.

Tomaron un taxi pese a las protestas de Eva que quería que caminaran del brazo, por lo menos de noche.

-Otro día, ahora estás al borde del colapso –dijo Humberto.

Cuando los recibieron las paredes desnudas del apartamento, Eva dijo:

-A mí me gusta así tu casa.

-Así se queda entonces –confirmó Humberto.

Mientras Eva se duchaba Humberto preparó sandwiches y café con leche. Eva estaba tan cansada que después de comer se resistió a lavarse los dientes. Estaba dormida antes de terminar de acomodarse en la cama. Humberto se acostó a su lado, mirándole la nuca, los hombros pecosos y la espalda. Este organismo tierno y delicado envuelto en esta piel deliciosa, vida por ser vivida, pensaba Humberto respirando la piel de Eva, rozándola con los labios, ya en la incoherencia, al borde de la inconsciencia.

Lo despertó la sensación de que algo vivo anidaba sobre su vientre. Su cuerpo acostumbrado aún al sueño solitario reaccionó con sobresalto. Aún era noche.

-Shhh, soy yo –susurró Eva-. Estoy conociendo a tu sexo dormido.

En efecto, sus labios y su lengua jugueteaban con el sexo de Humberto que con un cosquilleo comenzaba a reaccionar.

-No es más que un pellejito –decía Eva con voz mimosa.

Humberto cerró los ojos y la dejó hacer. Entregado al placer de la caricia, otra vez vino a su mente el deseo de que el tiempo se detuviera en la perfección de aquel momento, que no hubiera más mundo, ni más vida, ni nada que viniera a convertir en pasado y en recuerdo aquel momento de felicidad perfecta. Pronto su sexo estuvo más que preparado para la acción.

-Vení –dijo, tratando de jalar de ella para que los sexos se encontraran.

-No –dijo Eva, que tenía una idea muy concreta de lo que quería.

Rápidamente se arrodilló entre las piernas de Humberto, empuñó el miembro y apoyando sus labios sobre la punta empezó a menearlo.

-Por favor, mi amor –suplicó Humberto-, así no voy a poder soportar mucho.

-Lo quiero así –dijo Eva lamiendo la cabeza desnuda-. Todo.

Humberto cerró los ojos. La caricia de Eva arreció. Dios mío, pensó Humberto, esto es demasiado.

-Esperá, mi amor –pidió.

Eva paró y lo miró. Vió en sus ojos que estaba tan excitada como devorada por la curiosidad.

-¿Alguna vez hiciste esto? –preguntó Humberto estúpidamente.

-Claro que no –dijo Eva volviendo a lo suyo.

-¿Entonces cómo sabes que te va a gustar? –insistió Humberto, ya al borde del despeñadero.

-Callate –ordenó Eva y se hundió la verga hasta la garganta.

La acción combinada de las manos y el golpear de la punta contra el fondo de la boca de Eva resultó fatal. Humberto se dejó ir con un grito de placer que terminó en una mezcla de risa y llanto. Eva sintió cómo toda la potencia vibrante y amenazante del hombre se diluía en un licor espeso, que le pareció quizá salado y que bebió de un solo trago. Pensó que era increíble este liberar al hombre de la fiebre insoportable, este exorcizarlo del poder y la semilla, este poner las manos y la boca, el cuerpo propio, al servicio de la tarea de apaciguar el frenesí que se apoderó del hombre. Entonces, inesperadamente, pensó en la abuela, pensó en que como ella la abuela habría bebido el licor de la vida del cuerpo de su hombre, del abuelo al que ella no había llegado a conocer. Sintió que allí cerca en la penumbra del dormitorio estaba la abuela mirándola hacer con esa sonrisa de orgullo en los labios con que tantas veces la había premiado. Las lágrimas fluyeron a sus ojos y bañaron aquella piel que por un instante, en la dulzura y en el dolor, fue la piel de las mejillas de su abuela.

Toda la tensión del cuerpo de Humberto se fue diluyendo en el recinto acariciante y cálido de la boca de Eva, que siguió con el masaje hasta que volvió a tener en la boca tan solo un pellejito y hasta que Humberto cayó en el sopor más profundo. Lo despertaron los labios de Eva sobre los suyos. Ya había amanecido.

-Me voy –dijo-. Tengo que volver a casa y poner orden en mi mundo.

-¿No desayunamos juntos? –preguntó Humberto decepcionado.

-No, prefiero llevarme tu sabor. Mirá –dijo Eva soltándole el aliento sobre la cara.

Olía ciertamente a semen. Humberto se rió.

-No vayas a saludar a nadie con un beso.

Cuando oyó la puerta del apartamento cerrarse terminó de despertarse, feliz como nunca se había sentido en su vida. ¿Se casaría Eva con él? se preguntó por primera vez seriamente ¿vendría por lo menos a vivir con él? ¿por qué no? ¿por qué demonios no?

Después de sucedido todo habría de preguntarse amargamente por qué, llegados a este punto, no tuvo el coraje de hacer lo que fuera necesario para que sucediera eso, cuando en realidad –intuyó cuando ya era tarde- a poco que se lo hubiera propuesto, lo hubiera conseguido. Si en ese momento, supo después con dolor, le hubiera dicho “Vamos a vivir juntos, ya, desde ahora, pase lo que pase” lo que estaba esperando para suceder no hubiera tenido lugar.

## 29

### *Una pequeña catástrofe*

Temprano en la mañana, antes de llegar Eva, hubo en su casa un escándalo mayúsculo por causa de la desaparición de la cajita de ébano de la abuela. Ramón, buscándola, había perdido el control, vaciando frenéticamente el ropero y la cómoda de la abuela y poniendo literalmente patas arriba la cama. Después había encarado a Matilde acusándola de haber escamoteado aquello, quizá porque le gustaba la cajita, quizá porque quería quedarse con el cuaderno de recetas. Matilde reaccionó lanzándole un adorno de porcelana que le dio en medio de la frente abriéndole una herida que sangró copiosamente. Como en el suburbio donde vivían no había asistencia médica alguna Matilde manejó el destartalado Volkswagen de la familia hasta Pando donde suturaron y vendaron la herida. Absortos en la reyerta y en sus consecuencias a ninguno de los dos se le ocurrió pensar que Eva pudiera haberla tomado. A esta altura del encono no les servía nada que les impidiera agredirse mutuamente a gusto.

Cuando Eva llegó vio sangre en el piso y un caos total en el dormitorio de la abuela e imaginó lo peor. Un golpe de mareo y sudor frío la obligó a sentarse. ¿Qué hacer? se preguntó. ¿Qué haría si uno de sus padres había matado al otro e iba a la cárcel, o si se habían matado mutuamente, o si ambos iban a la cárcel por agredirse? En el embotamiento en que quedó empezó a pensar en preguntarle a los vecinos si sabían algo, en ir al puesto de policía a averiguar, cuando oyó el motor inconfundible del viejo escarabajo. Vio a su madre bajar y a su padre partir en el auto.

-No pasó nada –dijo la madre al entrar. Mientras limpiaba la sangre le contó la discusión. Eva fue a su cuarto y volvió con la cajita de ébano.

-Hace tiempo la abuela me pidió que pusiera en un album las fotos y las cartas, para protegerlas. Es lo que iba a hacer.

- No sé como no se me ocurrió que la tendrías vos –dijo la madre-. De todas maneras la cosa va por otro lado. Su madre era la única razón que lo retenía con nosotras. Ahora que ella murió cualquier excusa le va a resultar buena para irse. Y seguramente que sera mejor así.

Su madre había dicho aquellas palabras terribles –que anunciaban el final inminente de la unidad familiar- con un tono calmo, casi displicente, casi indiferente. Eva sintió que se le helaba el corazón. La madre utilizó deliberadamente aquel tono porque pensó que sería mejor para Eva no dramatizar. Pero se equivocó. Porque lo que Eva interpretó de aquella frialdad fue que la vida familiar que había sido todo su horizonte y su fuente de valor y sentido hasta entonces, había sido, en realidad, nada más que una farsa, algo fácilmente descartable y prescindible, una parodia. De todas maneras, cuando se tiene diecinueve años normalmente ya se tiene la piel bastante dura y Eva había venido tragándose el deterioro de la relación de sus padres suficiente tiempo como para que los últimos estertores le

produjeran algún tipo de colapso. A esta altura de las cosas ya había dado vuelta la página y no esperaba nada de sus padres. Miraba hacia el futuro, que es el mejor reflejo que se puede tener a esa altura de la vida.

Preparando el desayuno para ambas mientras la madre ordenaba el cuarto de la abuela – obsesivamente, al detalle, como si la abuela fuera a volver en cualquier momento- Eva pensó que cuando le hablaba de la crisis de su familia Humberto la escuchaba atentamente pero callaba, no le daba una palabra de orientación ni de consuelo. En realidad no lo hacía – dedujo Eva sin equivocarse - porque sabiendo lo compleja que es una interna familiar temía decir la palabra equivocada, la que resultara en más daño. De todas maneras, ahora que estaba definitivamente sola, pensó, necesitaría realmente esa palabra, y se la exigiría.

Aquella misma mañana lo que le preocupaba a Humberto era la instancia sexual que, según entendía, Eva le sugería insistentemente, y cuyos prolegómenos tan inesperadamente le habían incendiado la imaginación. ¿De dónde habrá sacado semejante idea? se preguntaba ¿y cómo pudo concebirla con tanta pasión, tanto descaro y tanta urgencia? Humberto nunca lo había hecho y se daba cuenta de que no era algo tan sencillo, y que llegado el momento, si no averiguaba un poco los detalles, se encontraría en dificultades, con la perspectiva de generar dolor y daño en caso de actuar con torpeza. De manera que fue a una librería y la recorrió hasta encontrar un estante con libros sobre técnicas sexuales. Eran, en general, manuales voluminosos, de tapa dura y con ilustraciones, y se sorprendió al encontrar que todos le dedicaban un capítulo al coito anal. Eligió el que le pareció más abundante en detalles. Por vergüenza y para disimular le pidió a la encargada, una cuarentona entrada en carnes pero coqueta, que se lo envolviera para regalo, indicando de esta manera que no era para él.

-Ojalá a nosotros de muchachos nos hubieran regalado este tipo de libros ¿no? –comentó la mujer entre pícara y nostálgica.

Se aprendió el capítulo casi de memoria. Estaba muy bien realmente. Incluía hasta comentarios acerca de cómo encarar eventuales situaciones desagradables y una estimación de las frecuencias en que este tipo de prácticas no implican consecuencias dañinas. Leyéndolo se dio cuenta de que no solamente estaba preocupado por la inminencia de la instancia -y ansioso por llevarla a cabo- además sentía una intensa curiosidad por la naturaleza de aquel deseo. No era capaz de analizar esa ansiedad, pero comprendió que el ingrediente esencial de esa ansiedad estaba en lo antinatural del uso del cuerpo y en la dosis de dolor que inevitablemente implicaría. De sólo imaginarlo las manos le sudaban, el cuerpo se le tensaba y un nudo desconocido e indescifrable de crueldad le anidaba en el centro del pecho y le hacía apretar las mandíbulas.

## 30

### *El otro cuerpo*

Convinieron en verse el sábado temprano de tarde para pasar el día juntos. Eva se apareció con la mochila, de la que sacó su malla de baño y unas romanitas.

-Vamos a la playa –anunció.



-Creí que habíamos quedado en no mostrarnos en público –le recordó Humberto.

-Cambié de idea. ¿Te parece mal? –preguntó la muchacha, un poco desafiante.

-¿A qué playa querés ir? –preguntó Humberto claudicando sin más, sabedor de que le parecería bien cualquier cosa en el mundo que a ella le pareciera bien.

-A esa –dijo Eva encogiéndose de hombros y señalando a través del ventanal hacia la playa Ramírez.

Se puso el short de baño y una camiseta. Buscó en la parte alta del armario del corredor las esterillas y la sombrilla que llevaban con Elena cuando se iban de vacaciones. A las playas de Montevideo por cierto que no iban nunca ya que la difunta las consideraba sencillamente asquerosas. Eva salió del baño con un vestidito playero sobre la malla de baño.

-Sombrilla no –dictaminó Eva y las tiras de colores volvieron a su rincón sombrío. Humberto se puso un sombrero de paja y lentes de sol.

-Vas de incógnito –constató Eva.

-Medio incógnito –precisó Humberto.

Cuando salieron a la calle y enfilaban hacia la rambla el portero lo llamó. Le dijo a Eva que esperara y volvió sobre sus pasos.

-No lo tome a mal, pero ¿puedo preguntarle qué edad tiene la muchacha?

-¿Para qué quiere saberlo? –preguntó Humberto tratando de controlar el acceso de furia que le vino.

-Es por su bien. La señora del séptimo quiere denunciarlo a la policía.

Estuvo a punto de decirle que se podían ir ambos al demonio, pero lo pensó mejor y prefirió evitarle un mal momento a Eva.

-Dígale que puede dormir tranquila. La señorita por poco, apenas, digamos, pero es mayor de edad.

Le contó a Eva la conversación.

-No le hubieras respondido. Hubiera estado bueno que viniera la policía –dijo Eva.

Bajaron a la playa. A Eva le llamó la atención la cantidad de desechos que flotaban en el agua.

-No puede sorprenderte. Es la costa de una zona muy poblada de la ciudad. El caño colector echa las aguas servidas muy dentro del río, pero en la orilla la gente tira todo tipo de cosas al agua.

Tendieron las esterillas. Eva sacó del bolsillo del vestido una botellita de filtro solar.

-Casi no fui a la playa este verano. ¿Me ponés?

Virtió y luego expandió gotas de crema sobre la piel de Eva. En la cara, en el cuello, en el pecho, en los hombros, en los brazos, en la espalda. Y luego, con Eva tendida sobre la esterilla, en las piernas y en los pies, por delante y por detrás. Era un poco como la untada de semen que le hizo la última vez.

-Me encantan tus manos –ronroneaba Eva con los ojos cerrados-. Tan grandes y tan fuertes, tan detallistas y tan delicadas.

La larga y exageradamente minuciosa tarea hizo entrar a Humberto en una especie de sopor sensual. Perdió toda noción de realidad a tal punto que igual hubiera seguido adelante con la caricia sacándole la malla, untándole de filtro la entrepierna y cogiéndosela allí mismo, apoteóticamente, a pleno sol. Se dio cuenta de que su largo acto de adoración solar por el cuerpo de la muchacha no había pasado desapercibido a sus vecinos. Miradas masculinas y femeninas, jóvenes, maduras y viejas, estaban centradas en ellos como si fueran un par de performers contratados por la Intendencia para entretener a los

veraneantes. Cohibido por toda aquella atención, dio por terminada la tarea, se secó las manos en la camiseta y se tendió en su esterilla junto a Eva. ¿Habrà algún día un sol bajo en que llegue a no excitarme ponerle el bronceador? pensó, poetizando sin saberlo. Cerró los ojos y respiró hondo.

-No te preocupes –ronroneó Eva, bocabajo y apoyada la barbilla sobre el dorso de una mano.

-Que no me preocupe ¿de qué?

-Ninguno de los que te vio ponerme el filtro va a pensar que sos mi padre –dijo parsimoniosamente y con una pizca –de a quilo- de orgullo femenino en la voz.

-Muy graciosa –comentó Humberto, fingiendo sentirse molesto, pero sintiendo, en lo íntimo, anegada el alma de puro y elemental orgullo masculino.

-¿Querés que te ponga?

Humberto, flotando en la delicia, gruñó que no.

-Mejor. Quién sabe qué me da si me pongo a manosearte. Ya con lo que me hiciste estoy a punto.

-Mi amor –gruñó Humberto perfectamente dispuesto a lanzarse ya mismo sobre la muchacha para devorarla en un acto definitivo y público.

-¿Soy linda? ¿Estás orgulloso de mí? –preguntó Eva.

-Sos hermosa –dijo Humberto y en un acto absoluto de exhibición del carácter amoroso de su relación desapareja apoyó su mano sobre la cintura de la muchacha, muy cerca del nacimiento de las nalgas.

-Estoy muy excitada –ronroneó Eva-. Preferiría que no estuviéramos aquí.

-Vos quisiste venir, ahora te aguantás. Media hora de sol por detrás y media por delante. Mínimo –decretó Humberto.

-Sí, pero después...

-Después lo que vos quieras.

-No, lo que vos quieras –dijo Eva.

Eva vio un graffiti escrito en el muro de la playa y se lo hizo notar. Humberto se puso bocabajo para mirar en la misma dirección. Sin los lentes lo leyó a duras penas. Decía: Me voy. En este país nada es posible. Adios.

-Amargo –comentó Humberto.

-No estoy de acuerdo con lo que dice –dijo Eva, seria-. Aquí todo es posible y lo va a demostrar el próximo gobierno, que va a ser de izquierda.

-Ojalá –concedió Humberto-. La experiencia de vida de mi generación es que todo parecía posible tanto a nivel individual como colectivo y todo se reveló como imposible, como frustración, obscena y sangrienta.

Eva le acarició el pelo.

-Pobrecito, mi viejito, vencido y frustrado –dijo con inflexión caricaturescamente tierna.

-Bueno... tampoco puedo quejarme. En política me he vuelto pragmático y escéptico. Pero en lo demás la llevo lo mejor posible disfrutando en lo posible y a mi manera de la vida, sin alharacas –razonó Humberto un poco a la defensiva, consciente de que este tipo de balance por parte de los adultos le era necesario a una mente joven como la de Eva-. Por lo demás, de hecho, de alguna manera nuestra relación tiene un lado político, socialmente subversivo. Y encaro ¿o no?

-Hasta ahora...

-¿Y vos? Considerando tu pedigree comunista y tus convicciones personales debieras de estar muy metida en la militancia universitaria ¿es así?

-No.

-¿Por qué?

Eva suspiró hondo. Quería hablarle de esto, pero sobre todo quería hablarle del desastre en su familia.

-Porque me da asco. La mitad de los militantes universitarios lo que quieren es un lugarcito al sol en ese menjunje inepto, acomodaticio y corrupto que han terminado siendo el cogobierno y la autonomía. He dicho.

-¿Y la otra mitad?

-La otra mitad son petardistas irresponsables que no tienen la menor idea de lo que son las luchas populares. Si hubiera hoy en día un Partido como el que hubo otro gallo cantaría.

Humberto quedó sorprendido por la evaluación segura y desesperanzada de Eva.

-De todas maneras tenés confianza en lo que haga el gobierno de izquierda.

-Sí. De alguna manera la lucidez y el entusiasmo, que son el patrimonio de la izquierda, van a resurgir cuando llegue el momento. No puede haber sido para nada tanta lucha y tanto sacrificio, y tanto sufrimiento. No creo que los conchetos de los cuadros medios de la izquierda, los clase media ilustrada de Pocitos, vayan a poder secuestrar para su interés el capitalito político que representan las décadas de luchas populares.

Quedaron callados, perdidos en sus pensamientos. Humberto tratando de abarcar la mezcla de esperanza y desesperanza de la muchacha, y ella preguntándose cómo recibiría él el fardo de sus trifulcas familiares.

-Hablando de pedigree... –arrancó Eva. Y le contó con lujo de detalles la última y sangrienta pelotera de sus padres y la convicción de su madre de que la separación era inminente.

Era uno de esos últimos días verdaderamente calurosos del verano, secos y abrasadores, en los que el verano pone lo que le queda de reverberación extrema en una especie de última rebelión contra las avanzadillas del otoño. De pronto una brisa arremolinada y rastrera los castigó con granos de arena dura. Tuvieron que dar vuelta la cara para evitarla.

-No conozco a tus padres, Eva –dijo Humberto, cauteloso-. No se si padecen una crisis pasajera o si se les acabó la cuerda. Lo que sí se es que yo estoy aquí para ti, pase lo que pase y sea lo que sea.

Eva lo miró, haciéndose visera con una mano para evitar la arena. Lo miró y en su mirada la pregunta era evidente. ¿Puedo contar con tu red de veras si me caigo? le preguntaba. Después, tarde, Humberto iba a recordar dolorosamente, tan dolorosamente que nunca le hablaría a nadie del asunto, aquellas promesas y aquella mirada.

Humberto procedió siguiendo puntualmente las sugerencias y los consejos del manual. Estuvo haciéndole el amor un rato largo, hurtándole el cuerpo cada vez que ella intentaba afirmarse en busca del orgasmo, hasta que la tuvo tan excitada que la pobre musitaba incoherencias. Entonces, como por arte de magia según Eva, un pote de crema humectante apareció en las manos de Humberto. Los dedos lubricados abrieron el camino mientras sus bocas se devoraban blandamente.

-Todo está en que estés bien relajada –explicó, didáctico.

-Estoy bien relajada –aseguró Eva en tono tal que Humberto no tuvo la menor duda al respecto..

El masaje continuó hasta que la boquita vertical y prieta estuvo tan dócil que con dos dedos dentro y el pulgar ocupándose del clítoris, Eva suspiraba de placer, muy relajada. Entonces se arrodilló entre sus piernas y sustituyó los dedos con la cabeza del miembro,

que se introdujo entera de un solo empujón. Eva sintió la diferencia entre los embajadores y el huésped principal concretada en un rayo de dolor quemante e insoportable. Cerró los ojos, apretó los puños, pero no se quejó.

-Me voy a quedar así hasta que me digas que siga –dijo Humberto prolijamente, como leyendo del manual.

-Sí –dijo Eva, para la cual el dormitorio en penumbras se había convertido en un quirófano en el que se operaba sin anestesia.

-Si querés salgo.

-No –dijo Eva. Claro que no, aquello era lo que tenía que ser y ella era lo suficientemente valiente como para encararlo, pensó, tratando de respirar hondo.

-Relajate. Respirá hondo.

Poco a poco el dolor aflojó.

-Vení más –dijo finalmente con un hilo de voz.

Humberto lo hizo y el dolor volvió. Se detuvo. Acarició los brazos y el pecho de la muchacha, bañada en sudor. Sentía, quemante, el deseo de hundirse completamente en ella ignorando su dolor, pero permaneció inmóvil. La sintió respirar hondo otra vez y esforzarse por relajarse. Entonces le levantó completamente las piernas y hundió del todo su sexo.

-Dios bendito –musitó Eva, para la cual el quirófano de marras se había convertido en un matadero en la que ella el cordero al que abrían en canal. Le puso las manos en el pecho, aunque sin empujarlo.

-¿Duele mucho? ¿es insoportable? –preguntó, compungido.

-No, ya casi no –mintió Eva-, pero esperá un poco.

La tomó de las caderas y suavemente la fue arrimando más contra su vientre hasta que, con el anillo ajustado en torno a la base del miembro, sintió que no quedaba ni un milímetro de verga fuera.

-No me duele nada –anunció finalmente.

-Igual me voy a quedar así quieto un rato más –dijo Humberto, cauteloso, aunque no le pesaba para nada aquella quietud en la que le parecía que la verga, estrangulada en la base por el culito de la muchacha, se hinchaba más y más y vibraba como a punto de vaciarse.

Finalmente empezó a trabajar la plaza conquistada retirándose para volver a hundirse primero apenas un poco y después cada vez más hasta que estuvo deslizándose el anillo de punta a punta de la verga.

-Qué delicia –murmuró Humberto descubriendo en toda su dimensión aquel otro rincón del Paraíso. Es lo mismo que la concha -pensaba, frío y lúcido debido al ritmo pausado con seguía llevando la cosa- excepto que es más duro y apretado. Y a la vez es tan diferente. En la concha uno penetra para alojarse, acomodarse, acoplarse. Aquí en cambio uno se precipita en caída libre. Es otro cuerpo, otro coger, otro sentir, otro sentido, balbuceaba mentalmente, filosofando sin saberlo.

-¿Es lo que querías? –preguntó, maravillado por la naturalidad con que la muchacha le había regalado aquel diapasón tan diferente.

-Sí ¿y vos? –preguntó Eva a su vez, ansiosa. Para ella, por lo menos en este punto de la cosa, aquello tenía sentido en la medida en que el capricho que atribuía a Humberto se hubiera plena y satisfactoriamente realizado.

-Es raro –gruñó Humberto que estaba ingresando en la sordera propia de la fase volcánica.

-¿Raro? –insistió Eva-. Claro que es raro. Pero ¿es lo que querías? ¿es como vos lo querías?

-Mejor, infinitamente mejor –gruñó Humberto que en ese momento descubría la onda devastadora de placer que estallaba en su vientre y lo recorría hasta calcinarle el cerebro cuando la base del tallo golpeaba el ojeté vencido forzándolo cada vez un poco más.

-Vos ¿qué sentís? –masculló entre dientes.

-Como si yo fuera la bella y vos fueras la bestia –alcanzó a musitar Eva que de pronto y para su sorpresa empezó a experimentar el más delicioso de los abandonos..

-Soy la bestia –le confirmó Humberto, y desconectando la parte de su mente que a duras penas pensaba y se comunicaba se entregó a la otra parte, a la parte feroz y despiadada.

Con las piernas de la muchacha en sus hombros la tomó de las caderas y la penetró como quien hunde una espada con saña. Eva abrió los brazos en cruz y se entregó al saqueo. Flashes de dolor recorrían aún su cuerpo pero fueron desapareciendo hasta que se sintió como anestesiada, flotando, partida al medio y devorada en sus entrañas por una máquina jadeante, implacable y feroz. Perdió la noción del tiempo y a punto estuvo de perder la conciencia, pero obedeció de inmediato, con movimientos torpes de tan entregada que estaba, cuando Humberto le pidió que se pusiera de rodillas. Humberto separó las nalgas blancas y vio el ojal diminuto redondamente abierto. Se arrodilló en el piso y penetró la O con la lengua. El sabor almizclado que le llenó la boca le pareció lo más maravilloso que jamás hubiera gustado. El olor le quemó hasta el fondo de los pulmones. Volvió a untarse la verga con crema.

-Voy a acabar ya, Eva, es conveniente no exagerar las primeras veces –mintió, hipócritamente pedagógico, y volvió a hundir la verga en la boquita que más que trigüeña se veía colorada.

Dios mío, voy a enloquecer, pensó y, perdiendo el control, aferró las caderas y se cogió aquel culito totalmente dócil con fría saña, con la mente en blanco y sintiendo crecer el orgasmo desde la nuca hasta los dedos de los pies. Eva vio entre sus piernas los huevos de Humberto, tendió la mano y los agarró, masajeándolos, apretándolos, tironeando de ellos. Después tocó con la punta de los dedos los bordes de su culo dilatado, el tallo del miembro frenéticamente entrando y saliendo de su cuerpo. Entonces aquel serruchar implacablemente su culo le produjo un cortocircuito. Su cuerpo se volvió *nada*, se volvió ingrátido, sin densidad alguna, sintió que flotaba en el vacío sin pensamiento ni sensación alguna de la que aferrarse.

-Mi amor –musitó Humberto acercándose al borde del abismo..

-Mi amor –consiguió balbucear Eva.

Torpemente, con dedos como de algodón, se tocó el clítoris y fue como quien jalara del gatillo de una pistola. Su cuerpo, que flotaba como espuma sobre olas furiosas, se disparó y una onda de placer la hizo estremecerse de delicia, como una corriente de agua tibia penetrando en un mar helado. Humberto sintió el orgasmo de Eva y se soltó, soltó a la vez el chorro de semen y esa carcajada sexual que nunca había experimentado y que sólo es posible cuando se alcanza la rara epifanía del polvo absoluto y perfecto. Se vació lo más hondo que pudo y todo se ser cayó en ese abismo que sintió que era mucho más hondo que lo que jamás hubiera imaginado que tuviera de profundidad un cuerpo humano. Se derrumbaron abrazados sobre la cama. El cuerpo de Eva estaba tan empapado como si acabara de salir de una piscina.

-¿Qué es esto? –se preguntaba Humberto con los labios contra la nuca de la muchacha, su mente revoloteando en espacios liberados decididamente inabarcables.

Jamás había sentido una furia de posesión como la que había desatado contra el delicado culito de Eva. Jamás había sentido que la emisión del semen lo vaciara tan absolutamente

como al lanzarlo dentro del culo de la muchacha. Recordó la saña que había sentido aquella última vez con Lita pero esto había sido infinitamente más fuerte. La fragilidad y la ternura de la muchacha había actuado sobre su deseo como el olor de la sangre en la ferocidad de un tigre.

-Mi amor, te abrí toda, yo te abrí toda –decía sin saber lo que decía cuando comenzó a recuperar la conciencia

-Estoy toda abierta por vos –le respondía la muchacha, dulce y somnolienta.

-Nunca había hecho esto.

-¿Nunca? –dijo la muchacha hurtando el cuerpo de debajo, volviéndose hacia él, tomándole la cara con las manos-. ¿Ambos perdimos esta virginidad juntos? ¿Es verdad eso?

-Lo juro.

-Mi amor –dijo Eva, y abrazándolo, puso su boca en la suya y bebió su saliva como si fueran las últimas gotas de agua en el desierto-. ¿Ahora sí sentís que me cogiste verdaderamente? –preguntó recordando la frase de Marcia.

-¿Qué querés decir con eso? –preguntó Humberto, sorprendido por la pregunta y abriendo a duras penas un ojo para mirarla

-Marcia dice que un hombre no siente que se cogió verdaderamente a una mujer hasta que se la cogió por el culo.

Sólo entonces se dio cuenta Humberto de que Eva lo había empujado a esa experiencia no porque ella la deseara sino porque ella creía que él la deseaba. Y que la tal Marcia era quien le había fomentado esa creencia, haciendo lo cual, además, lo había llevado a él a descubrir un deseo que no sabía que tenía. Se sintió inquieto. ¿Quién era entonces esta Marcia que al parecer digitaba por lo menos la dimensión sexual de la conducta de la muchacha, por no decir que también la suya propia? Tendría que averiguarlo. Pero no ahora. Ahora es la gloria, pensó, llenándose las manos con la piel de la muchacha.

-Un espíritu sabio tu amiga Marcia –se limitó a considerar-, de eso no cabe duda.

Salieron a cenar juntos por primera vez. Cenaron en la terraza del Don Trigo del Parque Rodó. Ensalada, omelettes de jamón y queso y champiñones, y agua Salus. Eva eligió el menú. Él se limitó a puntualizar que la carne de noche le caía pesada. Eva de postre pidió una copa helada de medio metro de altura en la que Humberto se limitó a hacer modestas incursiones. Todo el tiempo estuvieron con los dedos enlazados y no faltaron los besos cruzados por sobre la mesa. Fueron por supuesto, el centro de atención de “los chismosos, los envidiosos, los hipócritas, los mojigatos y los cínicos”, para utilizar los términos con los que los inventariaba mentalmente Humberto mientras trataba de espantar sus miradas curiosas con miradas fieras.

-¿Estás bien? –preguntó Humberto.

-Me siento como una vaca a la que le acabaran marcar a fuego el cuarto trasero –respondió Eva con una sonrisa encantadora.

-No me digas eso... ¿Te duele? –preguntó Humberto consternado.

-Un poquitito. Nada del otro mundo. Supongo que es como todo: al principio siempre duele –respondió Eva razonable y juiciosa.

-Bueno... no todo al principio duele... –empezó a argumentar Humberto.

-Esto sí. Y si no me creés hacé la prueba.

Se quedó cortado con semejante propuesta.

-No pongas esa cara... -dijo Eva riéndose.

Comprendió que Humberto estaba realmente azorado y desconcertado por el ingenuo, casi casual cuestionamiento que ella había hecho del acto contra natura en que habían incurrido. Se había como desinflado. Comprendió entonces -con la mente a mil mientras calmadamente recogía una frutilla con chantilly en su cuchara- *el*, o por lo menos *un* sentido secreto del acto en cuestión: fundar sobre su sumisión el poder del hombre -de ese hombre que, sin salir de su desconcierto, la miraba ahora llevarse la frutilla a la boca- sobre su cuerpo. Poder absoluto de uso para el placer, para preñarla o para retroalimentar esa situación de poder, si fuera necesario. Con lo que se asomó a una verdad elemental: la de que el poder que los demás tienen sobre nosotros es el que nosotros les concedemos. Le sonrió entonces abierta, tiernamente, de oreja a oreja, dispuesta a concederle a su hombre toda la sensación de poder que de ella pudiera necesitar.

-Mi amor -dijo tendiendo la mano para acariciarle la mejilla-. No pongas esa cara. Acepto lo que vos desees. Tu deseo es mi deseo.

-¿Estás segura de que tenés diecinueve años? -preguntó Humberto poniendo cara de capcioso-. Hablás como alguien que sabe muchas cosas.

-Sólo se que quiero que me quieras -dijo Eva apretándole la mano y dándole el alma desnuda en la mirada.

-Te quiero, Eva -dijo y al decirlo pensó que nunca había dicho nada más sinceramente.

Bajaron hacia la rambla caminando abrazados. La noche estaba cálida y quieta. El mar estaba liso como un espejo. Eva caminaba mirando hacia el cielo, dejándose llevar por el brazo que le rodeaba los hombros.

-Lástima que en la ciudad no se vean las estrellas -dijo.

-Hay un lugar desde donde se ven -dijo Humberto.

La llevó al extremo del pesquero de la Rambla de los Pescadores.

-¿Ves? Aquí, si le das la espalda a la ciudad y mirás hacia el mar, se ve bien las estrellas. Se sentaron en la punta del pesquero.

-En la calle donde vivo también, si vas hasta el final y mirás hacia el campo, se ven las estrellas. Sólo que son otras, porque allá quedás mirando al norte.

El mar, como el lomo negro de un animal inmenso y apaciguado, palpitaba lánguidamente contra la base del pesquero. La rodeó con el brazo y ella apoyó la cabeza contra su hombro.

-El mar de noche es misterioso -dijo Eva-. Parece como si fueran a salir monstruos deseosos de arrastrarte hacia las profundidades por siempre jamás. Me da miedo.

Volvieron bostezando a quien más y mejor. Se acostaron desnudos y enlazados, devorándose alternativamente en un beso único e interminable. Eva, sintiéndose dispuesta, buscó el sexo de Humberto y lo encontró dormido. Tuvo el buen tino de no insistir, cosa que Humberto le agradeció sin palabras.

-Tenemos que ir a ver muebles -dijo Humberto ya entresueños-. Ya me cansé de las paredes desnudas y del colchón en el piso.

-¿Cuánto podemos gastar? -preguntó Eva ya dormida.

-Todo lo que quieras -consiguió articular Humberto.

-¿Podemos comprar un escritorio blanco para mi computadora? -se preocupó Eva.

-Por supuesto -la tranquilizó Humberto.

Aquí debió de haberse detenido el tiempo para ellos. Porque este era el único día perfecto que les estaba destinado. Eva ya duerme. Humberto parpadea, a punto de dormirse. Se lo impiden ideas vagas, preguntas informulas que -como ahí afuera, en el cielo nocturno, las nubes de una tormenta veraniega- se acumulan y entremezclan en busca del punto justo de su ecuación. Los súbitos empujes de la brisa marina -entrando por la ventana que Humberto ha dejado abierta en la cocina a sabiendas de que en algún momento de la noche tendrá que levantarse a cerrarla- refrescan sus cuerpos calientes por el bochorno del que será el último día de calor fuerte de ese verano.

Este último día de calor fuerte de ese verano era el único día perfecto -de perfecta comunión y felicidad amorosa- que les estaba destinado. De manera que aquí debió de haberse detenido el tiempo para ellos. De haber sucedido así hubieran gozado eternamente del Paraíso de este presente perfecto en el que el amor hace de cada uno para el otro el ser más maravilloso que exista sobre la Tierra. Es inútil decir esto, por supuesto. Por más que nos pese el tiempo no se detendrá y este relato seguirá adelante dejando atrás este momento. Pero ¿por qué no se detendrá? ¿qué impide que uno pueda ejercer su autoridad de narrador y decretar la detención del tiempo y la felicidad perfecta? La probidad. ¿La probidad en tanto fidelidad a qué? A una idea que subyace a cada línea de este relato, y que es inextirpable de este relato, según la cual la felicidad es algo que los humanos podemos llegar a vislumbrar pero que no podemos llegar a poseer. ¿Por qué? Porque está en nuestra naturaleza -como está en la del escorpión clavar su aguijón- saber en qué consiste la felicidad, llegar a alcanzarla y perderla. De manera que no se detendrá el tiempo. Y si el lector aguza su oído ahora mismo ya puede oír a los engranajes de la máquina del tiempo poniéndose en marcha nuevamente.

¿Qué piensa Humberto que le impide dormirse? Quizá a esta altura de los hechos y en vista del cariz que irán tomando los acontecimientos los pensamientos que impedían a Humberto dormirse -pensamientos por demás pueriles- sean en realidad irrelevantes a los efectos de la adecuada y suficiente información del relato que nos ocupa. ¿Quién lo sabe? El narrador duda. El narrador es el detective de las vidas de sus personajes, y duda razonablemente -en general, pero en particular en este caso- respecto de cuales son los indicios necesarios y suficientes para redondear el sentido de lo que relata. ¿Dónde está el límite más allá del cual lo que se escribe sale sobrando? Ante la duda el narrador prefiere el exceso.

A punto de dormirse Humberto se hace preguntas respecto de su primera experiencia de sexo anal. No se explica por qué aquello ha sido tan, pero tan fuerte. Trata de racionalizar la cosa según el método que invita a partir de cero y a sólo avanzar dando pasos sobre terreno firme. De manera que comienza con una constatación elemental: la cosa ha consistido en introducir el miembro allí donde *no va*, donde no es su alojamiento natural. Piensa entonces que tampoco la boca es su alojamiento natural, pero introducirlo en la boca no le produce parecido cuestionamiento. Con lógica irrefutable se dice entonces que en la boca se justifica por el incremento de placer indudable que procuran la succión y el trabajo de la lengua. ¿Cuál sería el placer que procura el uso del culo? se pregunta entonces. El culo es apretado, y seco, sin lubricantes casi no se lo puede penetrar, y de todas maneras produce dolor. Y sin embargo, se confiesa, *hay* placer. Vaya si lo hay. Vertiginoso y calcinante. ¿Entonces?

Para seguir el razonamiento de Humberto hay que tener presente que es alguien acostumbrado a que las cosas tengan su razón de ser, su lógica. Atribuir a un núcleo de irracionalidad lo que experimentó y seguir adelante tan campante, no está en su naturaleza.



Se pregunta pues, aparte de lo inhóspito del culo como alojamiento, qué otra diferencia hay entre la boca y el culo a los efectos, y encuentra esta: al acabar en la boca y ser tragado el semen en última instancia se está proporcionando un alimento. En efecto, el semen –al margen de que no sea su función natural- *tiene* cualidades nutritivas. En cambio, cuando se vierte el semen en el culo se lo lanza allí donde el cuerpo estaciona, para su evacuación, sus detritus. Al utilizar el culo, por consiguiente –se dice Humberto- se niega dos veces la naturaleza positiva del semen: como elemento procreador y como elemento nutritivo, y se le adjudica deliberada y propositivamente una tercera naturaleza, completamente negativa: la de detritus. El placer en el uso del culo, concluye Humberto no poco sorprendido por su conclusión, radica en la negación de toda naturaleza *vital* del semen.

Vale la pena subrayar aquí cómo, en su especulación, no le pasa por la mente a Humberto en ningún momento los aspectos de pleitesía, sumisión y humillación implícitos en la utilización de la boca y del culo. Está claro que en la imagen que Humberto tiene de sí semejantes aspectos simplemente no tienen cabida. Así pues, a la conclusión a la que llega nuestro héroe es a la de que el placer que obtuvo en el culo de la muchacha el aspecto dominante fue el de la negatividad, el de la negación de la vida, el del gusto –que no se conocía- por lo yermo, por lo estéril y muerto. Aspecto suficientemente fuerte, a su entender, como para explicar la intensidad vertiginosa y desconcertante de la experiencia. Como persona pragmática y sensata, proclive a tomar las cosas como son y a no hacer escándalo por las cosas que no tienen remedio, decidió dejar el asunto para retomarlo a la luz de futuras experiencias –que, por cierto, no habrá de ser Eva la que se las suministre- y ahora sí cerró los ojos del todo y se durmió.

Se despertó al amanecer con el sexo doliéndole de tan rígido. Había refrescado y la brisa marina lejos de amainar se había hecho más fuerte presagiando un pampero. Se levantó, pues, y cerró la ventana de la cocina. Volvió al lecho. Tan suavemente como pudo sacó la sábana de encima del cuerpo desnudo de Eva. Bañada por la pálida primera luz del día la miró dormir.

-Mi amor –musitó-. ¿Por qué no tengo veinte años menos, o por lo menos diez?

Le separó las piernas y miró el sexo replegado en la inocencia del sueño.

-¿Qué voy a hacer contigo? –musitó-. ¿Cómo voy a soportar que un día toda esta belleza no sea mía? ¿Cómo voy a soportar que un día la semilla de otro te haga crecer el vientre, y el fruto de otro te haga parir, y haga de tu mente la mente de una madre? ¿Por qué esta escrito como una maldición que lo que pueden ser un hombre y una mujer no lo podamos ser nosotros?

Eva abrió los ojos. El susurro de Humberto había penetrado en su sueño.

-Vení, mi amor –dijo entre somnolienta y consoladora-, vení. Dame hijos, que los hijos que me des, si no pueden ser tus hijos... serán tus nietos.

Humberto se dejó emocionar por sus incongruencias y se dejó atrapar por sus brazos y sintió una vez más el placer de penetrar su sexo aún seco y de sentir como con cada penetración se iba humedeciendo. Buscó llegar a lo más hondo de su sexo, como si fuera a lanzarle ahí la semilla. Estuvo a punto de hacerlo. Paladeó con toda el alma el placer anticipado de preñar aquel cuerpo. Eva gritó de placer y regresando a la inconsciencia abandonó al arbitrio de su hombre el destino de su cuerpo, pero cuando se sintió estallar Humberto se retiró y desperdició la semilla sobre la piel de su vientre. Después habría de recordar este momento supremo del deseo de preñarla y habría de arrepentirse amargamente por no haberlo hecho. Una vez más hubo de decirse: si lo hubiera hecho lo

que pasó no hubiera pasado. Volvieron a despertarse muy tarde en la mañana. Humberto le trajo café con leche y tostadas a la cama.

-No quiero volver a casa –dijo Eva, meditabunda y entristecida-. Es tan triste estar allá. Ya no significa nada para mí. Quiero estar aquí contigo. Quiero traer mis cositas y ponerlas en un rincón de tu ropero.

-Tiempo al tiempo, mi amor, tiempo al tiempo –se oyó decir Humberto con tono de ternura pero sabiéndose en el fondo implacablemente cruel y cobarde.

## 31

### *El final de un mundo*

El almuerzo del domingo fue lúgubre en la casa de Eva. Sus padres comían ceñudos, callados y mirando el plato.

-Vamos a extrañar la comida de la abuela –dijo Eva por romper el silencio.

-Cocinaba un poco pesado –dijo la madre y el padre la miró como si hubiera incurrido en una repugnante herejía. Eva creyó por un momento que una nueva discusión iba a comenzar. Pero su padre calló, encogiéndose apenas de hombros, como si decir algo ya no valiera realmente la pena.

Eva se encerró a estudiar. A media tarde el padre fue a buscarla diciéndole que tenía algo que comunicar. Se sentaron los tres en la mesa de la cocina y el padre le dijo que había decidido vivir sólo por un tiempo, que pasaría dinero para que no hubiera problemas económicos y que esperaba que se pusieran de acuerdo para verse por lo menos una vez por semana. Hablaba dirigiéndose a ella por lo que entendió que su madre estaba al tanto y de acuerdo con la decisión.

-Ya estás en una edad –le dijo el padre- en que podés comprender que a veces la separación es la mejor solución.

Eva pensó que jamás se hubiera imaginado que esto –que sabía que iba a suceder- sucedería así. Sus padres parecían muy tranquilos, muy calmados, cuando Eva se imaginaba que la separación se produciría en medio de una tormenta de proporciones. No podía saber que cuando una relación se ha desgastado día tras día a lo largo de años la decisión de separarse lo que produce es una sensación de alivio, casi la alegría de la libertad recuperada.

-¿Dónde vas a vivir? –le preguntó, optando por fingir el desapego de sus padres.

-En una pensión, por el momento.

Eva pensó que, de última,. el fin de las malas ondas y las agresiones también para ella, al menos en primera instancia, era un alivio. La reunión no duró más que unos pocos minutos. Su madre no dijo una palabra. Todo lo que hizo fue mirar a Eva como tomando nota de sus reacciones.

Volvió a su cuarto pero no pudo leer una página más. Pensó en huir también ella de la casa. Al fin y al cabo ya era mayor de edad. Irse a vivir con Humberto. O por lo menos con Marcia. Curioso, pensó, estoy segura de que Marcia me recibiría, pero no estoy segura de que Humberto acepte que vivamos juntos. No tardó, de todas maneras en descartar la idea. Se dio cuenta de que no podía dejar sola a su madre. ¿Por qué no? se preguntó. Porque sería como aceptar que su familia no existía más. Ella y su madre, pensó, aún eran una familia. Apenas anochecido se metió en la cama y apagó la luz. Entonces se le vino encima todo el peso del desastre familiar, recordó los años en que creía que eran una familia feliz, feliz

como ninguna, con unos padres héroes en la lucha contra la dictadura y cuyo amor había vencido a la maldad de los tiranos. Lloró largamente hasta que se quedó dormida. No se despertó cuando su madre la llamó para cenar ni cuando entró en el dormitorio para darle el beso de las buenas noches. Cuando se despertó por la mañana su padre ya se había ido.

Humberto, por su parte, quedó como frente a un rompecabezas gigantesco, para armar el cual no contara con la más mínima guía. El desenfreno y el descontrol brutal que había experimentado al sodomizar a Eva, y luego el deseo casi triunfante de colonizar definitivamente el cuerpo de la muchacha preñándola, habían sido para él experiencias en el límite de lo soportable. Sintió que el cuerpo de la muchacha se había convertido para él en el campo de batalla en el que sentía que debía —o tal vez *no* debía— dirimir el pleito entre las fuerzas del sentido común y de la razonabilidad de las reglas del mundo que había aprendido a aceptar inclinándose frente al peso de la realidad, y las fuerzas oscuras de transgresión y de no aceptación de la abyecta realidad, a las que alguna vez había obedecido tibiamente y que ahora se habían desatado y parecían haber encontrado en la relación con la muchacha la frontera en la que pelear una batalla decisiva. Por supuesto que sentía repugnancia ante la mera idea de convertir a “una chiquilina” en el casus belli en el que resolver su crisis de valores y de actitud frente a un mundo al que volvía a reconocer como repodrido en los jugos de su corrupción y de su hipocresía. Pero a la vez se decía: esto es amor, nos amamos, es un lazo irracional y auténtico, duro como piedra, por encima de las edades el que nos ata, y sería injusto y contrario a la naturaleza decirle que me espere en la frigidaire mientras resuelvo mis encrucijadas: amarse es enfrentar el mundo juntos, amarse es desear lo mejor para el amado, que es, antes que nada, compartir la vida juntos, hacerla a un lado ahora sería herirla de la peor manera, quien sabe si no irreparablemente. Se preguntaba entonces si lo mejor para apaciguar su tempestad interior y a la vez para calmar la ansiedades de ese sentimiento poderoso y correspondido no sería sencillamente asumir la relación hasta el extremo y vivir juntos. Pero frente a esta perspectiva exultante resurgía como un viento helado la cuestión de los otros, de la mirada de los otros, de la violencia a las reglas de los otros y de la respuesta de violencia que cabía esperar de los otros, no tanto sobre él, cosa que le importaba poco, como sobre la muchacha. El amasijo de contradicciones en el que se sentía sumergido lo agotaba a tal extremo que quedaba con la mente en blanco, incapaz de tomar una decisión.

## 32

### *Amor de amiga*

Eva decidió no decirle nada a Marcia de la separación de sus padres. Tampoco le diría nada a Humberto por el momento. Se sentía sin saber por qué corresponsable de aquel fracaso horrible, y le daba vergüenza. Ahora ella era también otro hijo de padres divorciados. Uno como tantos otros. Aquel aura de pertenecer a una familia feliz, que era como un escudo que la había protegido siempre de la desgracia del mundo, había desaparecido definitivamente.

Sí le contó a Marcia con lujo de detalles su experiencia en materia de sexo contranatura. Le contó de los cuidados de Humberto, del dolor insoportable y de la especie de flotar en el vacío que había experimentado más allá del dolor.

-Sos una salvaja. Yo sabía que eras de las mías. El tipo debe de estar en el séptimo cielo -comentó Marcia con un gesto de aprobación.

-Ya no me des más ideas -dijo Eva-. Al menos por un tiempo.

-No te acobardes, una relación no es verdadera si no se derriban todas las barreras -dictaminó Marcia, inspirada-. Solamente cuando no queda rincón del cuerpo ni del deseo por explorar es que las personas pueden mirarse y verse realmente, y pueden empezar a construir una verdadera relación. El amor verdadero implica el conocimiento verdadero. Si después de cruzado el último límite el amor sigue allí es que es amor verdadero, si no sigue allí, no era amor verdadero. Y en ese caso es mejor saberlo cuanto antes ¿o no?

-Lo nuestro es amor verdadero. Te juro que a esta altura lo tengo claro. Cuando dice "Mi amor" veo cómo se derrite completamente, y siento cómo me derrito.

-Como prueba es insuficiente, hay que seguir adelante -insistió Marcia con la imaginación pedagógica en estado de recalentamiento-. Hacele sentir que se ha encontrado con la amante absoluta, con la Madre de todos los Deseos.

-Estás loca -se rió Eva-. ¿Qué te imaginás que tendría que inventar ahora? Porque de seguro que estás pensando en algo.

-Tenés que hacerle el cuento del chico que no quería sexo -dijo Marcia con un gesto a la vez taimado, libidinoso y triunfal.

Cuando Marcia le explicó de qué se trataba Eva no podía creerlo.

-Jamás de los jamases sería yo capaz de hacer algo así. Ni ahora ni nunca -aseguró, terminante-. Ni él se lo bancaría.

-Sí sos capaz, y sí se lo banca. Te lo aseguro. Y no sólo eso: además van a descubrir todo un universo de sensaciones que los va a unir mucho más. ¿O creés que estoy loca? ¿o creés que te lo digo para joderte?

-Claro que no, Marcia. Pero comprendé que no me cabe en la cabeza. Además ¿cómo querés que en semejante momento me acuerde de todo ese cuento palabra por palabra?

-No importan los detalles. Te aseguro que sale mejor cuanto más se improvisa.

-Ni siquiera terminaste de contármelo. ¿Cómo termina?

-No importa cómo termina, cariño. Nunca se llega al final.

Eva trató de imaginarse la situación, trató de imaginarse como maestra de semejante ceremonia, y no lo consiguió.

-Imposible -concluyó-. Tendría que practicar primero.

-Practicá conmigo -sugirió entonces Marcia, descolocando completamente a Eva.

-¿Cómo que practique con vos?

-Que practiques conmigo. A mí me encantaría que me hicieras el cuento del chico que no quería sexo. Van a haber diferencias técnicas, evidentemente, pero en el fondo es lo mismo. ¿O te da cosa?

-Ay, Marcia ¡qué idea! -dijo Eva sin saber qué decir.

-Te da cosa.

Eva se encogió de hombros, como implicando que el asunto no la asustaba. Trató de imaginarse la situación. Le hizo gracia y se sonrió. Marcia le devolvió la sonrisa. Marcia estaba de vaqueros, como Eva. Abrió las piernas y se puso la mano sobre el pubis.

-Para algo somos amigas ¿no? -ronroneó Marcia masajeándose discretamente el Monte de Venus. Estaban en el descanso, había quedado poca gente en el salón y Marcia estaba sentada de espaldas a ellos-. Somos amigas para intercambiar experiencias, para enseñarnos cosas, para darnos una manito, para darnos un gusto ¿o no?

-¿Me estás hablando en serio? –preguntó Eva fascinada por el desparpajo de Marcia. No podía creerlo. Marcia, su amiga del alma, le estaba sugiriendo que tuvieran sexo, así nomás, como quien dice “agua va”.

-Por supuesto que te estoy hablando en serio –dijo Marcia concentrándose sus dedos con un movimiento circular en torno al vértice.

-¿Sos tortillera? –explotó Eva con tono entre incrédulo y divertido.

-Claro que no. Vos sabés que no. Sólo te estoy ofreciendo que practiques antes de tirarte al agua con semejante numerito –aclaró Marcia con una sonrisa ambigua.

Quedaron mirándose a los ojos. Eva esperaba que en cualquier momento Marcia se riera y le dijera que era una broma. Pero no. Marcia simplemente esperaba que se decidiera.

¿Acariciar ese cuerpo que formaba parte de su paisaje cotidiano más anodino, más indiferente? ¿convertirlo así, de repente, en objeto de deseo? Imposible, pensaba Eva.

-Dale, ratoncita. Yo te explico cómo es –insistía Marcia juguetona y libidinosa.

¿Ratoncita? Nunca la había llamado así. A Eva todo el asunto le daba ganas de reírse.

-¿Te da asco la idea?

-No es eso, Marcia –dijo Eva volviendo a encogerse de hombros, sin saber qué decir-. Es que francamente no es lo mío.

-¿Cómo sabés que no va a ser divertido? Tomalo como te lo digo: practicar –Marcia también se encogió de hombros-. No hay daño.

Claro que sí, yo soy la ratoncita, y ella es la gata, pensó Eva. Cómo decirle que no, se preguntó. Es mi amiga, mi mejor amiga, la necesito, no quiero ni puedo perderla. Además no nos vamos a enredar en una cosa lesbiana. A ella le gustan los hombres, y cómo. Marcia había dejado de tocarse. Sus dedos largos y hábiles armaron un cigarrillo y lo encendieron. A Eva le parecía que Marcia había desistido, que seguramente estaría despreciándola por mojigata, por apretada. ¿Por qué no? pensó Eva de repente, somos amigas, somos lindas, tocarnos puede ser divertido. En ese momento, como si le hubiera adivinado el pensamiento, Marcia se paró y le tendió la mano.

-Vamos a casa –le dijo, inesperadamente imperativa. Eva se paró y se dejó llevar de la mano. En la calle Marcia la soltó, para evitar que algún imbécil se meta con ellas, según dijo.

Así, sin drama y sin mucho preámbulo fue que Eva conoció ese segundo estadio del espejo que es en la evolución de la personalidad sexual el acceso al propio sexo a través del cuerpo del otro igual a uno. Para su sorpresa sin el menor nerviosismo, acarició aquel sexo como si fuera el suyo propio. Supo, como lo sabía en su propio sexo, manipular con seguridad los pliegues y los tiempos. Descubrió que esa lengua suya que siempre le había parecido monstruosamente grande podía ser considerada en la instancia adecuada como una verdadera ventaja. Mientras el placer se lo permitió Marcia ejerció con sutil precisión la pedagogía sobre el discurso al comienzo trabado, torpe e inconexo de Eva. Interrumpía y reconducía el relato con preguntas, con exigencias de precisión que le revelaron a la oficiante la amplia gama de posibilidades que cada detalle de la historia del chico que no quería sexo ofrecía a la imaginación, y de esa manera le reveló el poder de la palabra para excitar la sensualidad mediante la imagen. Insistió una y otra vez en que el relato debía ser periódicamente suspendido por lánguidas miradas que lanzadas desde allí abajo donde la acción sucedía valían más del doble que las miradas normales. Después Marcia ya no pudo ejercer la función pedagógica prometida y Eva comprendió que se acercaba el final. Quiso favorecer ese momento intensificando la caricia pero Marcia la detuvo.

-No, seguí así, sin apuro –dijo Marcia-. Vamos a castigar a esta concha, devoradora desaforada de pijas, con una muerte lenta.

De manera que Eva continuó con su caricia lánguida y su relato cada vez más improvisado, cada vez más seguro y cada vez más encendido. El cuerpo de Marcia, abierto a más no poder, tenso al máximo y literalmente bañado en sudor tuvo que extremarse para encontrar en el contacto moroso y delicado de la lengua de Eva el punto final del estallido, que fue tan vertical que a Eva le pareció que Marcia, huida de su cuerpo, caía hacia lo más hondo de la ola más profunda de todo el oceano. Lo que sintió Eva, cruzada ya la línea del desenlace, fue una intensa satisfacción: llamárase como se llamara aquella cosa en la que habían incurrido, evidentemente había triunfado en la dulce tarea de suministrar placer al cuerpo de su amiga.

-Así es esto, ratoncita –dijo Marcia cuando volvió en sí, atrayendo a Eva a su lado y besándola en la boca-, cuando lo que querés es pija vas con un hombre, y cuando lo que querés es un buen orgasmo vas con tus amigas. Es mi filosofía sexual.

-Aprendida la lección –concedió Eva devolviéndole el beso, maravillada de lo dulce que puede ser la boca de una mujer, y pensando que efectivamente no, no había daño.

Después, abandonada y abierta a la boca sabia de su amiga conoció las delicias de la caricia que se anticipa puntualmente a nuestros deseos. ¿Es esta la boca de labios finos y sonrisa irónica de la Marcia de todos los días, son estos los dedos delgados y firmes a los que veo armando cigarrillos y tomando apuntes con esa letra desparramada y burlona, es esta la Marcia con la que me dedico cada día a despellejar a los tontos que nos rodean, esta misma que me lleva como sobre nubes, que me adivina y me descifra y me demuestra que hay otro placer, mucho más profundo y que yo apenas intuía? se preguntaba Eva dejándose ir, incapaz de ofrecer resistencia a la onda de placer que la abría y la perdía en sí misma de una manera en que nunca se había perdido. Cuando la sorpresa y la delicia naufragaron finalmente en la tormenta Marcia se tendió a su lado, le llenó la boca con su propio sabor y declaró:

-Eva, tenés la concha más delicada, sensible y fragante de todo el vecindario. El que te dije se está dando la fiesta de su vida.

-Se lo merece –atinó a decir Eva deslizándose blandamente en la modorra y pensando que tenía razón el título de aquella película que no quiso ver porque no podía soportar ni la idea misma del tema: la vida es bella.

## 33

### *En el límite*

La semana se hizo interminable para Humberto. Sus días poco a poco se habían ido convirtiendo en la espera de las reapariciones de Eva. Cuando conseguía salirse de la pasiva delicia del recuerdo oscilaba de a ratos entre el resistirse y el entregarse por completo a la relación. Tan pronto se acusaba de abusar de la debilidad e inexperiencia de la muchacha y de usurpar su derecho a una vida normal, y tomaba la decisión de convertir aquello en un bello recuerdo lo antes posible, como se abandonaba a los más embriagadores ensueños reviviendo los extremos más deliciosos de la entrega incondicional de la muchacha y planificando un futuro en común. De este vaivén entre exaltación y depresión, irritante a la larga, que no dejaba espacio en su mente para nada más -cuando en realidad necesitaba de toda su energía para poner a la papelería a salvo de las peores consecuencias de un

descalabro de la economía que parecía no tener fondo-, sabía que sólo podía rescatarlo la presencia viva de la muchacha, que tenía la virtud de mandar a todos los argumentos en pro y en contra a freir espárragos y le devolvía por un par de días la paz de espíritu, aportándole la seguridad, más allá de cualquier razonamiento, de que todo lo que había por hacer era beber del cáliz hasta la última gota.

Finalmente Eva llamó el viernes de mañana. Dijo que pasaría a buscarlo por la papelería a la hora de cierre pero que no podría quedarse a pasar la noche. Aunque para Humberto inventó una excusa trivial, la verdad era que, al menos en estos primeros tiempos de la separación de sus padres, Eva no quería dejar a su madre sola por la noche en esa casa que ahora le parecía un páramo desolador, cuando apenas unos días antes todavía estaba poblada por las apacibles rutinas de la abuela y los arranques temperamentales de su padre. Ciertamente que su madre no parecía demasiado afectada por el nuevo paisaje doméstico. Seguía con sus sobredosis habituales de televisión, novelas y bombones. Pero Eva, que sí padecía la desolación de su hogar, desconfiaba de la actitud de indiferencia de su madre y temía que en cualquier momento se derrumbara.

Por primera vez caminaron enlazados como una pareja de enamorados esas calles cercanas a la Facultad en las que pudieron haberse cruzado –en las que se cruzaron tal vez sin darse cuenta- con los compañeros de clases de Eva. Compraron en Carreras –selección de Eva- puros postres empalagosos, e ignoraron olímpicamente en todo momento el cortejo inevitable de miradas reprobadoras o envidiosas. Si me tiñera el pelo nos mirarían menos, pensó Humberto distraídamente, y recordó a Bogarde tiñéndose el pelo en aquella película de Visconti. No hay caso, pensó, todo llega en la vida, incluso aquello que nos hubiera parecido inimaginable. Y suspiró hondo, un tanto ruidosamente, tanto que Eva, juzgando que aquello era un suspiro de felicidad calculado para que llegara a sus oídos se detuvo, y alzándose en la punta de los pies le plantó un sonoro beso en la boca justo en la esquina de Dieciocho y Magallanes y justo en la más bella hora del atardecer y en la de más tránsito.

Ya a solas se entregaron con urgencia al mareo de abrazos, besos y caricias que sólo conocen en toda su maravillosa intensidad las parejas nuevas. Bebieron copitas de jerez – Humberto que nunca bebía jerez lo había comprado pensando, quién sabe por qué, que era una bebida más adecuada para la edad de Eva- y pasaron ávidamente a la piel, a la piel contra la piel, al olor de la piel, al abismo de la piel. Pero, cuando ya desnudos el ansia de fundirse los dominaba, Eva no había olvidado la sorpresa que le tenía reservada y para la cual con tanto esmero se había preparado. Le puso la mano en el pecho para frenar el arrebato y le dijo:

-Vos recostate, ponete cómodo y dejame hacer.

Mejor hubiera sido que se rindiera conservadoramente al ya dulce hábito del abrazo y la cópula con que él la apremiaba, porque *ese* era precisamente el momento y la ocasión para que florecieran entre ellos los malentendidos. El destino que les estaba deparado comenzó en ese momento a exigir sus derechos, a tejer la malla de equívocos –artimaña que caracteriza a sus procederes- de la que no podrían liberarse.

Humberto obedeció. Juntó almohadas bajo su nuca sonriendo beatíficamente ante la expectativa del placer. Eva se arrodilló entre sus piernas, se inclinó sobre su vientre y dio comienzo a su tan premeditada performance. Con una vocecita al principio vacilante y luego cada vez más segura, pautándola con una tierna y morosa felación, empezó a contarle la historia del chico que no quería sexo.

-Conocí a un muchacho. Un flaco. Puro hueso y músculo. Taciturno. En la clase nunca habla con nadie –dijo Eva.

Humberto, por supuesto, al oír aquello, se crispó. En su mente aquel comienzo de confesión sonaba ya como un verdadero apocalipsis. Pero a la vez la actitud de sumisión y de entrega amorosa de la muchacha le impedía ir más lejos en su reacción. Quedó, digamos, no menos pasivo, pero muy desconcertado.

-Yo fui la que se acercó –siguió Eva, prodigando mimos, lamidas y chupadas a la verga perfectamente erecta-. Y conmigo sí quiso hablar. Me dio lástima oírlo. Me dijo que todo en el mundo le resultaba indiferente. Cuando no directamente insoportable. Me dio lástima porque era tan guapo. Y su voz era tan dulce.

¿Por qué me hace esto? se preguntaba Humberto. Yo sabía que lo nuestro era absurdo -pensó-, que tarde o temprano preferiría a alguien de su edad. Pero ¿por qué decírmelo así, mezclando todo? ¿querrá enloquecerme? ¿o se habrá vuelto loca? Quería saltar fuera de la cama e increparla duramente, pero no podía. La dulzura con que la muchacha le prodigaba sus caricias se lo impedía. Estaba condenado a soportar a la vez el placer y las palabras más horribles.

-Le pregunté si no le interesaba nada. Me dijo que no. Le pregunté si no le interesaba amar. Me dijo que no. Me dijo que no le interesaba hacerle el amor a las mujeres.

Eva hizo una larga pausa que empleó en alojar en lo más profundo de su boca el miembro vibrante. El placer fue tan intenso que Humberto bajó completamente la guardia. Las atenciones que Eva le prodigaba en ningún momento se salían del ritmo lánguido, monótono, encantatorio que le aconsejara Marcia.

-Yo le dije –siguió Eva, implacable- si no quería probar conmigo. Le dije que me gustaría intentar liberarlo de aquella inhibición.

Humberto nunca había sido sometido a semejante bombardeo cruzado. Ya no podía separar la imaginación horrorosa del coqueteo de Eva con el muchacho, del placer al que se veía sometido. Eva empezaba a experimentar la sensualidad de su propia imaginación. Empuñó con fuerza la verga de Humberto y le propinó un meneo firme y prolongado. Humberto gimió entregado a la caricia sin fuerzas para quejarse de nada.

-Me miró –siguió Eva, respirando hondo y controlándose- y sentí que su mirada atravesaba mi ropa. Sentí que me veía la concha y las tetas como si estuviera desnuda. Intentalo si querés, me dijo.

En ese momento Eva recordó la insistencia de Marcia en las miradas desde allí abajo y lo miró manteniendo entre sus labios el glándulo, pulimentado y morado, ya reventón. Y encontró en los ojos de Humberto una mirada que -si hubiera sido una escritora del tipo de novelas que quizá usted, estimado lector, cree equivocadamente estar leyendo- hubiera calificado de vidriosa por la lujuria. En realidad Humberto veía a Eva, cosa que nunca antes, como a alguien capaz de voracidad sexual, de lanzarse sobre una presa, conquistarla, someterla y devorarla. Asistía imaginariamente a la seducción del chico por Eva ya no devorado por los celos sino fascinado por la sensualidad inesperadamente agresiva de la muchacha, aunque más allá de la fascinación el nudo de desconcierto se endureciera hasta la angustia.

-Vení, me dijo. Caminamos por toda la Facultad hasta que encontramos una oficina vacía. Había un baño. Nos metimos en el baño.

Eva estaba muy cerca de perder el control de su performance. Ella también estaba atrapada entre la marejada inmanejable de su imaginación y la devoción por esa verga vibrante aquí y ahora sobre la que prodigaba infinidad de caricias. La mano de Humberto le



acarició el pelo, presionó sobre su nuca para profundizar una vez más la inserción. Ya ni se le ocurría resistirse a la situación. Sus defensas estaban hechas polvo. Impensablemente para él disfrutaba de la imaginería en la que estaba atrapado y que lo torturaba. Sólo quería que aquello creciera de una vez hasta reventar. Después, vería.

-Me sentó en el water –siguió Eva con la voz cada vez más cargada y entrecortada-. Bajó el cierre del vaquero y sacó la pija. La tenía floja. Me la puso en la boca.

Humberto estaba fuera de sí, sentía que la mente le estallaba. No podía soportar la aflicción que le causaba que la muchacha se hubiera dado a otro ni podía soportar el placer que inesperadamente le causaba el crudo relato del hecho. Aferró del pelo a Eva y la obligó a mirarlo. Vio en la cara de Eva la sensualidad ya sin control. Con la otra mano le dio una bofetada. No muy fuerte, pero sonora. Eva no reaccionó. O si reaccionó fue asimilando la cachetada como parte del menú. Humberto volvió a golpearla. Eva siguió sin reaccionar, jadeando cada vez más como si se acercara irresistiblemente al orgasmo.

Humberto pensó que todo aquello era moralmente repugnante, tanto la actitud impúdica de la muchacha como su actitud al excitarse con el relato. Se dijo que tenía que frenar aquello, clausurarlo, huir de aquello como se huye de un abismo que se abre justo a nuestros pies. Peo no pudo. Resbalando en la espiral de desprecio supo que tendría que gozar aquel sucio placer. Entonces le metió otra vez la verga en la boca forzándola a recibirla hasta el fondo de la garganta. Pero la muchacha ahora sí reaccionó firmemente, soltándose, y siguió con la historia.

-Se la chupé con toda el alma. Le chupé los huevos. Se la lamí de arriba abajo. Se le puso dura. Tan dura como la tuya –dijo Eva y volvió a mirarlo a los ojos, y vio el rictus feroz en sus labios, pero recordando la instrucción de Marcia de que en ese momento era que tenía que conservar la sangre fría pensó que así era como tenía que ser y siguió adelante. Meneó otra vez la verga con fuerza y con cada meneo le chupaba la cabeza con tanta fuerza como para sorberle hasta el alma. Humberto se dio por vencido, se entregó. Se dejó caer sobre las almohadas y gimió, sintiendo que no podría aguantar ni un segundo más. Eva sentía en la vibración de la verga, que estaba a punto. Mordisqueó la piel brillante de la cabeza.

-Entonces me dijo que me bajara el pantalón –siguió la torturadora, implacable-. Me dio vuelta. Me abrió las nalgas. Mojó un dedo en mi concha, que la tenía empapada. Me lo hundió en el culo. Me dijo: Ya te cogieron por el culo ¿verdad? Yo le dije que sí, que tenía un novio que me cogía por el culo.

-Putá, putita –gimió Humberto entregado al placer de aquella imagen arrasadora.

-Me cogió por el culo –dijo Eva, fuera de sí, y en ese momento se incorporó y se montó sobre el vientre de Humberto hundiéndose la estaca en el sexo-. Como vos lo hiciste.

-No puedo más –dijo Humberto.

-Sí, vení, que hoy podés acabar adentro –dijo Eva, definitivamente fuera de sus cabales.

Humberto estalló y antes de cerrar los ojos vio una expresión de triunfo en el rostro de la muchacha, en su mirada y en su sonrisa. Después no supo más nada excepto que todo su ser se vaciaba como por un embudo cuyo punto de escape era la punta de su miembro, y que Eva seguía cabalgándolo y que de pronto gritaba y caía sobre su pecho. Como náufragos, exhaustos en la orilla del placer quedaron, saqueados por la pasión, sintiendo el sudor de sus cuerpos enfriarse y luego secarse antes de ser capaces de mover un solo dedo.

Poco le duró a Humberto la placidez. Antes de terminar de secársele el sudor sobre la piel las preguntas se agolpaban en su mente como negras nubes de tormenta. ¿Qué fue esto? se preguntaba ¿cómo pudo venir a contarme algo así? ¿y cómo pudo venir a contármelo de

semejante manera? No sabía que semejante tipo de invención pudiera existir entre los amantes, no sabía que el deseo pudiera exacerbarse con la imaginación -no digamos ya con la visión- de la persona amada con un tercero. Para él el relato de Eva era literalmente cierto, y por consiguiente le era incomprensible que se lo hubiera contado así y, sobre todo, que él hubiera reaccionado de la manera que había reaccionado. Decir que estaba sumido en la mayor de las confusiones es decir poco. Tan literal era la lectura de la situación que hacía que ni siquiera se le ocurrió preguntarle sencillamente si lo relatado era *verdad* -como esos niños chicos que mirando una película preguntan preocupados ¿es verdad? ¿eso es verdad?- ni por qué se lo había contado de *esa* manera. Siendo así las cosas, cuando la muchacha, mimosa, toda caricias y besos, le preguntó si le había gustado no pudo sino responder, a fuer de honestidad:

-No se si me gustó más que lo que me asombró o viceversa -y agregó, pretendiendo ser sutil y no exteriorizar su disgusto-. Como comprenderás por mi respuesta, me asombró mucho.

-Podés contar conmigo para asombrarte por lo menos una vez por semana -se ufano Eva, toda mimos, halagada por lo que en su lógica, que era la de Marcia -sorprende y vencerás- le parecía todo un elogio.

Semejante pronóstico no hizo sino confundir más a Humberto.

-¿Vas a seguir viendo a tu amigo? -preguntó.

-Cada vez que quieras -contestó Eva, muy oronda.

Humberto, neciamente, se sentía herido en sus sentimientos, humillado en sus expectativas. ¿Entonces esto era él para la muchacha? ¿un ingrediente más en su menú sexual, por lo visto variado y abundante? ¿cómo esta chiquilina inocente a la que acababa de desvirgar había mutado tan rápidamente en una alegre libertina? ¿es así, se preguntó -ya rozando francamente la estupidez-, como le funciona la cabeza a los jóvenes de hoy? Claro, concluyó, una pizca de veteranía agrega un detalle melodramático que mejora el menú. Se escurrió fuera de la cama y fuera de la situación anunciando:

-Ducha y cena. Voy primero.

Comieron postres -Eva el doble que Humberto- y bebieron copitas de jerez hasta que la suma de empalagos se volvió insoportable. Ella habló hasta por los codos de todos sus temas habituales -cursos mal diseñados, profesores ineptos, imperialismo norteamericano- pero no dijo una palabra de la separación de sus padres. Él, disimulando su decepción, que fermentaba lentamente hasta empezar a convertirse en desprecio, aguantó cuanto pudo lo que ahora le parecía una sarta de trivialidades propias de un espíritu subdesarrollado, cuando ayer mismo le parecían encrucijadas vitales en las que intentaba incidir favorablemente dando el consejo más adecuado. Por fin, ya sobre las once de la noche Eva se vistió y se fue. Una vez más se negó a tomar un taxi o a ser acompañada. Para ella tal era la actitud madura de una mujer que se desenvuelve sola y que sobre todo desea hacer todo fácil y cómodo a su amante. Para Humberto aquella actitud habitual, sumido en la necedad como estaba, sólo significó la siguiente reflexión: por algo no quiere que la acompañe, quién sabe para dónde va ahora, por algo no se queda a pasar la noche conmigo. Eva se fue feliz y contenta, satisfecha de sí misma, hecha unas pascuas, incapaz, en fin, de sospechar tanta tontería en su amante veterano. La insidiosa fatalidad había llevado a cabo una faena perfecta.

*Un aire de familia*

Eva encontró a su madre medio desnuda en el dormitorio, con el ropero abierto de par en par y toda la ropa que tenía amontonada sobre la cama.

-No me sirve nada. Estoy gorda como una vaca –se quejaba.

-No comas más bombones –se limitó a comentar Eva.

-No porque él se haya ido se acabó mi vida ¿no te parece? –argumentaba la madre tratando de introducirse en un vestido-. Tengo que adelgazar y seguir con mi vida.

Aquella escena disgustó a Eva. De pronto su madre la trataba como a una amigota, como a una confidente en cosas de mujeres, y eso le parecía horrible. Al fin y al cabo su madre había perdido un marido, mientras que ella –así lo creía- había sido abandonada por su padre.

-Hacé gimnasia –dijo, por decir algo.

Sola en su cuarto, se puso a pensar, bastante abrumada, en todas las cosas que en las últimas semanas habían cambiado en su vida: enamorarse de un hombre mayor, la muerte de la abuela, la partida de su padre, el descubrimiento de dimensiones inesperadas en la pasión amorosa. Era demasiado. No obstante, el natural optimista, sano y energético de Eva hubiera terminado por asimilar aquellos cambios de no mediar lo inesperado, la vuelta de tuerca que a esa hora de ese día ya estaba decidida y en marcha para colisionar con su vida.

Marcia estuvo solo un ratito esa mañana. Apenas tuvo tiempo Eva de cuchichearle al oído lo bien que había salido el cuento del chico que no quería sexo antes de que sonara en el bolso de Marcia su flamante celular como consecuencia de lo cual saludó apenas y salió volando. Si Marcia no hubiera estrenado celular quizá lo que tenía que pasar no hubiera pasado. Al menos no esa mañana. Sobre mediodía y con la perspectiva de un par de horas más de clase Eva salió del aula con la intención de cruzar la calle y comprar en el saloncito de enfrente un yogur. Si en la mente de Eva no se hubiera formado en ese momento la representación muy vívida del sabor de un yogur frutado, así como la necesidad de degustarlo, seguramente que lo que tenía que pasar no hubiera pasado, al menos no esa mañana. En medio del hall de ingreso a la Facultad había una anciana muy emperifollada y de aspecto frágil y que parecía como desconcertada y sin saber a dónde dirigirse. Al acercarse a ella Eva vio que la miraba fijamente y que de pronto tendía una mano hacia ella como para detenerla y la llamaba por su nombre. Sorprendida, Eva se detuvo.

-Sos Eva ¿no? –dijo la mujer mirándola fijamente, como tratando de reconocerla.

-Sí –dijo Eva.

-Claro que sos Eva –dijo la mujer tomándola de los brazos y con una expresión ahora en el rostro de total reconocimiento, con una sonrisa amplia ordenando el mar de arrugas de su rostro delgado-. Te hubiera reconocido entre un millón de personas.

-¿La conozco, señora? –preguntó Eva, sin intentar zafarse de las manos débiles de la anciana.

-¡Qué increíble que seas la primera persona que me cruzo al entrar aquí! Es como la confirmación de que estoy en lo correcto al venir a buscarte.

Eva, por supuesto, pensó que se trataba de una viejita chocha, uno de tantos dementes inofensivos que pueblan las calles de Montevideo. Quién sabe cómo sabía su nombre -o quizá se trataba de una fantástica casualidad- y había decidido incluirla en sus delirios.

-¿En qué la puedo ayudar? –dijo Eva tratando suavemente de zafar y comprobando que aquellos dedos débiles eran capaces de agarrarse como garfios.

-Sos una muchacha preciosa, Evita –decía la mujer con la voz quebradiza trabada por la emoción y con los ojitos acuosos brillando como estrellas a punto de apagarse-. Pero no te asustes. Sólo quiero que hablemos un poco.

-Es que estoy en clase –dijo Eva encogiéndose de hombros y tratando de ser amable-. No puedo ahora.

-Nada hay más importante para vos que lo que tengo que decirte, te lo aseguro. Llévame a donde podamos sentarnos juntas un ratito.

-De veras, señora, si no vuelvo enseguida me ponen la falta y no puedo dar el parcial –inventó Eva.

-Ah, pensás que estoy chocha –dijo la mujer, soltándole los brazos, súbitamente seria y firme, casi ofendida-. Te equivocás. Y vas a tener que oír lo que tengo que decirte –agregó, terminante-. A mi edad no hay mañana. A mi edad lo que hay que hacer hoy se hace hoy. No hay mañana.

Eva se impresionó. Se dio cuenta de que no había error ni chochera y que esa mujer realmente tenía algo que decirle.

-Bueno, tengo cinco minutos –concedió.

-Más que suficiente. ¿A dónde vamos?

-Podemos ir a la cantina –dijo Eva señalando hacia la escalera que llevaba al subsuelo.

-Esa escalera es muy larga –dijo la anciana-. Mejor salimos y nos sentamos en mi auto.

La anciana se colgó del brazo de Eva para bajar los pocos escalones del acceso a la Facultad.

-Es ese –dijo señalando un auto negro en el que un chofer leía el diario.

La anciana se acercó al auto y golpeó la ventanilla con el dedo anillado. El hombre, de mediana edad y de hombros anchos, salió del auto, lo rodeó y le abrió la puerta trasera.

-Vos entrá por la otra puerta –le dijo la mujer a Eva.

Eva obedeció. Cuando ambas estuvieron dentro y el chofer fue a instalarse en su puesto la anciana le dijo que esperara fuera.

-Dejanos solas –le dijo.

El hombre se llevó el diario y se apoyó en la pared de la Facultad para seguir con su lectura. El auto estaba al sol, pero dentro estaba fresco, por el aire acondicionado. La anciana abrió su cartera, rebuscó y sacó una foto. Se la dio a Eva. Era un hombre de mediana edad, trajeado y peinado a la gomina. Eva captó de inmediato que en el rostro de la foto había algo raro, sorprendente, de pique supo que no era una cara cualquiera, pero sólo muy lentamente empezó a darse cuenta de qué era lo sorprendente. Tardó tanto mirando fijamente la foto que la anciana sacó de la cartera una polvera y la abrió, ofreciéndole el espejo. Eva miró a la anciana sin prestar atención al espejo. La anciana vio en la mirada de Eva que el espejo no era necesario. Lo cerró y lo guardó.

-Poco antes de morir me dijo “Si me pasa algo, decíselo, pero no antes de que cumpla los dieciocho años”. Acabás de cumplirlos ¿no?

-Cumplí diecinueve.

-¿En serio? No hay duda de que estoy chocha –dijo con un suspiro-. Soy una pobre vieja. Mirá que conté los días para venir a decírtelo... y le erro por un año.

Eva ya no le respondió. El dato, el hecho que se le revelaba flotaba en la superficie de su conciencia, nítido y claro, pero no acababa de penetrar en su ser, de convertirse en una realidad. Entonces la mujer sacó de la cartera otra foto. Era el mismo hombre pero con

uniforme militar, del Ejército. Eva se quedó otra vez con la vista fija en la imagen. La mano de la mujer, fría y seca, se posó sobre la suya. Eva miró la mano como quien mira un escarabajo que le ha aterrizado sobre la piel.

-Sé lo que estás pensando, Eva. Se todo de vos. Pero creeme que no es pecado vestir el uniforme y defender a la patria.

Eva miraba la piel reseca, blanca y con manchas amarillas, tan delgada que dejaba ver la red oscura de las venas. Miró el anillo grande, ostentoso, la pulsera ancha, que si era de oro valía una fortuna. Miró aquella mano tanto tiempo que la mujer terminó por retirarla.

-Fue una verdadera historia de amor –dijo la mujer. Eva la miró. La mujer sostuvo la mirada. Eva comprendió que lo que estaba diciendo era para ella verdad sagrada-. Él le evitó la tortura. La sacó de la cárcel. La sacó del país. La acompañó hasta que estuvo sentada en el avión.

Eva volvió a mirar las fotos. Tenía la impresión de que en pocos minutos le habían robado la vida. Todo lo que, bueno o malo, era su vida. Que no volvería nunca a ser lo que había sido hasta hacía un rato, una muchacha cualquiera como esas que ahora cruzaban la calle volviendo del saloncito con un alfajor y una Coca. Sintió que su vida y su mundo, ese de venir a la Facultad y de tener un amante veterano, se habían alejado de pronto a miles de kilómetros de ella y que estaba ahora sola en un mundo regido por una demencia vieja y fría.

-Era su voluntad que todo lo suyo fuera para ti –siguió la mujer-. Y es lo que voy a hacer. Poner todo a tu nombre.

Eva volvió a mirarla, incapaz de reaccionar, de expresar nada.

-Hay también una cuenta bancaria –dijo la mujer, como si fuera el detalle definitorio-. Una cuenta importante, podés creerme.

Eva movió la cabeza afirmativamente. Le sonrió a la mujer con una sonrisa suave y triste. Le devolvió las fotos.

-Quedátelas –dijo la mujer.

Eva negó con la cabeza, siempre sonriéndole. La mujer las tomó.

-No es mi intención que cambies nada en tu vida –dijo-. Sólo te pido que cada tanto vengas a verme. Para conocernos un poco. Eso es todo.

Eva hizo que sí con la cabeza. La mujer sacó de la cartera una tarjeta pequeña.

-Aquí está mi dirección y mi teléfono. Llamame cuando quieras o vení sin avisar. Siempre estoy en casa. Mi casa es tuya.

Eva salió del auto. Vio al chofer volver a su lugar. Cruzó la calle Magallanes y entró en el saloncito a buscar su yogur. Mientras esperaba turno rompió la tarjeta de presentación en pedacitos tan chiquitos como pudo.

## 35

### *El Juicio Final*

Como si fueran bombas de profundidad, las revelaciones de que fue objeto estallaron en la mente de Eva bastante después de atravesar la superficie de su conciencia.

Concretamente fue cuando Eva en medio de la siguiente clase se distrajo un momento, se relajó, dejó de prestar atención a las laboriosas explicaciones del docente. Sintió de pronto que dentro de ella algo se rasgaba de arriba abajo y sin resistencia, como se rasga una hoja de papel. La sensación fue tan nítida como si se hubiera tragado un vidrio y sintiera el momento en que empezara a abrirle una zanja de punta a punta en los intestinos. Dios mío,

no puedo con esto, pensó, como quien con su anzuelo para roncaderas ha enganchado un cachalote y comprende desde el primer tirón que todo lo que queda por hacer es tirar la caña al agua y darse por vencido. Se paró en medio de la clase, manoteó la mochila y avanzó sin más, como un zombie, hacia la puerta, interrumpiendo el discurso del docente.

-Me siento mal –dijo sin detenerse, sin volverse siquiera para mirarlo, y salió como alma que lleva el diablo dejando la puerta abierta.

Se dirigió hacia la papelería. Físicamente no se sentía mal pero sentía que un tornillo había saltado, que un resorte se había roto, que ya no era Eva, que no volvería a ser Eva, y, sobretodo, que ya no sabía quién era. Ni siquiera intentaba plantearse cual era su nueva realidad a partir de los datos que había recibido. *Aquello* era intocable, impensable, *aquello* era como un monstruo voraz que hubiera descubierto anidado en el centro de su ser – como en aquella película- y que sabía que en cualquier momento despertaría y que haría pulpa irreconocible lo que quedara de ella, sin dejar ni un pedacito para muestra.

Encontró a Humberto en el peor momento. No solo porque desde hacía un rato largo estaba intentando cerrar un suculento acuerdo de suministro de papel de primera calidad para un taller numeroso con aquel cliente por demás quisquilloso y mezquino, sino además porque había pasado buena parte de la mañana tratando de tragarse la amarga píldora según la cual no era sino un ingrediente más en el menú sexual de Eva. El demonio de los celos le estaba literalmente taladrando una úlcera y en no pocos momentos había llegado al punto justo como para –de tenerla a mano- lanzarle a la cara a la pobre inocente la más cruel de las excomuniones. La vio entrar y quedarse parada junto a la puerta con cara de velorio. Por algo trae esa cara, pensó haciéndole un gesto de que esperara mientras trataba de convencer a su cliente de que jamás conseguiría ecuación ni parecida de calidad y precio. Antes no traía esa cara, pensó, seguramente viene a... quién sabe qué, pues bien, que espere, o que se vaya al demonio, soy un imbécil por haberme enamorado de una chiquilina que apenas acaba de romper el cascarón y que seguramente está en plena novelería de encontrar en cada uno que se le cruza un novio posible. Finalmente se disculpó con el cliente y fue hacia Eva en el peor de los humores posibles.

-Necesito hablar con vos –musitó Eva.

-Ahora no, estoy ocupado –respondió, seco, inapelable.

Eva se quedó mirándolo asombrada. ¿Por qué le hablaba así? ¿por qué la miraba como si fueran enemigos? Grande, fuerte, poderoso, la miraba con un gesto duro en el rostro como nunca le había visto. Un extraño, pensó Eva, un absoluto extraño, hostil y distante. Y se dio media vuelta, abrió la puerta y se fue. De más está decir que en el mismo instante en que la vio desaparecer Humberto se arrepintió de su actitud, pero no tenía el coraje como correr tras ella ingresando flagrantemente en el terreno del escandalete y dejando su brillante negocio a medio hacer. No tenía la menor idea de cuánto más llegaría a arrepentirse de ese estúpido minuto de arrogancia y cobardía.

En las tres horas largas que le llevó a Eva caminar Avenida Italia de punta a punta – recién subió al ómnibus en el Puente, para el último tramo- ni siquiera intentó pensar en *aquello*. Caminó mirando sin ver el paisaje urbano desabrido cuando no feo, y archiconocido de toda la vida para ella. Llegó a su casa a media tarde, lavó los trastos que quedaron del desayuno, preparó una masa de bizcochuelo y la puso en el horno, sacó la ropa de la lavadora y fue al fondo para colgarla. Cualquier cosa menos parar y pensar en *aquello*.

Ya cerca del atardecer estaba colgando la ropa cuando, por el costado de la casa, vio llegar a su madre. La vio como si fuera una extraña. Una bella mujer pasada de peso, una mujer gorda cargando con las ruinas de su pasada belleza. Y entonces se le representó con total claridad toda la violencia de lo sucedido. La tortura, la violación –a la que su madre debió de haberse resistido con uñas y dientes–, el encariñamiento baboso del milico, la protección, discreta seguramente pero no por eso menos perceptible, el desprecio quizá de las otras presas, la salida del país, y el producto de todo *aquello*, o sea, ella, Eva y su vida. Vio el conjunto de la cosa y comprendió que toda su mitología doméstica no había sido más que *absolutamente nada*. No un fracaso como pensara cuando su padre se fue, sino simplemente una alucinación, *nada*. Su padre, héroe y luego villano, no había sido su padre. Y su abuela del alma no había sido su abuela. ¿Cómo podía ser que su abuela de cuyos pechos había mamado la sabiduría y la belleza y el sentido de la vida cuando los de su madre se secaron, en realidad no hubiera sido su abuela sino *alguien* nomás, ni siquiera una parienta cercana? Eva corrió antes de que su madre apareciera por la puerta del fondo. No hubiera podido estar un solo minuto con su madre sin decirle que sabía todo, pero tampoco hubiera sido capaz de enfrentar aquello cara a cara con su madre. No ahora, no todavía, quizá nunca, pensó. Cruzó corriendo los fondos sin delimitar de las casas, cruzó un baldío y fue a dar a la calle del otro lado de la manzana. Siguió corriendo y cruzó la ruta y siguió corriendo hacia el mar.

¿Es posible sentir que se es *nadie*? Eva lo sentía en ese momento, como alguien que padeciera la más profunda amnesia. No era ni la persona que había sido ni la que estaría condenada a ser de aquí en más. Era nadie. Caminando ya, agotada por la larga carrera, empezó a paladear con un incipiente, inesperado regusto a felicidad su existencia en estado puro, sin determinaciones, como lapso entre dos negaciones absolutas y radicales. ¡Blam! Fin del pasado. ¡Blam! Fin del futuro. Presente puro. La felicidad, inesperadamente. El presente puro. Había anochecido, caminaba por un camino de balastro flanqueado por montes de eucaliptus. Allá adelante, lejos todavía, las luces de la Interbalnearia. Una casa cada tanto, con las luces ya encendidas. Se detuvo. Arriba el manto de estrellas. Alrededor el croar de las ranas. Tuvo la sensación de que el mundo se había detenido. Detenido. Inmóvil. Le dio miedo. Le dio miedo la belleza inmóvil, atemporal del mundo detenido. El vértigo, la ansiedad habían desaparecido. Sólo quedaba el miedo a la belleza inmóvil del mundo detenido. Se puso la mano en el pecho y sintió el galope de su corazón. El rumor íntimo y frágil de su cuerpo la tranquilizó. Pensó en su madre. La vio vieja, vencida, cansada, indefensa. Cargando de por vida con su secreto horrendo. Comprendió vagamente la infelicidad de sus padres. Tengo que pensar cómo hablar esto con mamá, pensó, no podría estar ni un minuto con ella ocultándole que lo sé.

Cruzó la Interbalnearia. La luz amarillenta y sin sombras, el asfalto todavía caliente, los autos zumbando histéricos y fantasmales. Siguió caminando en dirección a la costa. Cuatro o cinco cuadras más de zona ya muy poblada para llegar a la playa. Que naba, pensó, tendría que haber ido con Marcia, ella hubiera sabido qué hacer. Pero no lo pensó como quien encuentra una solución. Más bien lo pensó como si las cartas ya estuvieran echadas, como una opción final ya desperdiciada, como si no le fuera permitido volver atrás. Los perros desde las casas empezaron a ladrarle, todos, a la vez, como enloquecidos. Aullaban casi. Como si en vez de una muchacha ligera como una pluma avanzara por la calle una tropilla de caballos salvajes. Qué les pasa, qué tengo, se preguntó, por qué me ladran tanto. La abuela, pensó entonces, tengo que concentrarme en lo que me diría mi abuela. ¿Cuál abuela? Ninguna abuela. Esa señora tan buena conmigo. Consiguió representarse el rostro

de la abuela, su sonrisa delicada y buena. Pero no conseguía oír las palabras que se formaban en sus labios mudos.

Cruzó por fin la costanera y trepó las dunas. Entonces el viento del mar, fuerte y fresco, casi frío, le dio en la cara y respiró hondo. Cuando bajó hacia la playa sintió con sorpresa y alivio que todo, de golpe, quedaba definitivamente atrás. Las casas, la gente, el mundo, *aquello* y con aquello el universo entero, todo quedaba atrás. Se dio cuenta de que todavía apretaba en el puño cerrado un par de palillos de plástico. Los apretaba tan fuerte que le lastimaban la palma de la mano. Los lanzó hacia la oscuridad. La playa estaba absolutamente desierta. Apenas el grito de alguna gaviota trasnochada flotando en la oscuridad de cara al viento.. Llegó hasta la orilla y caminó hacia el este. Las estrellas ahora brillaban mucho más, como encendidas para celebrar un evento maravilloso. El rumor de las olas le parecía música. Entonces concibió una idea. Un esquema, digamos.

Pensó que podía zafar de la trampa demente y obscena en la que estaba atrapada naciendo de nuevo. Se *puede* nacer de nuevo, pensó. Ser otra persona, partir de cero, sin memoria. ¿Por qué no habría de poderse? ¿Por qué razón, en un mundo que no tiene ningún sentido, una no podría rechazar todo lo que el azar decidió por una y recomenzar desde cero? No hay razón que me lo impida, pensó. ¿La cédula de identidad? La quemo. ¿Los que me conocen y me recordarían? Desaparecen. Me voy a otra parte. No los veo más. ¿Yo misma, mi memoria, los recuerdos? Puedo, estoy segura de que puedo borrarlos para siempre, como se borra un tatuaje echándole ácido encima. A la mierda con todo. Si nada tiene sentido exijo el derecho a inventarme a mí misma de la nada, tal y cual y como a mí se me antoje. Pequeñas historias obscenas y grotescas ¡fuera! lejos de mí para siempre. Allí van -pensó embriagada de libertad- haciendo un pequeño remolino antes de irse por el caño para siempre. Aquí, yo, en este momento, decido, que estoy viva y que soy la que se me antoje ser. Y para confirmarlo entro al mar. Para purificarme, para lavarme de toda esta mierda, para salir del mar purificada y para huir purificada de este pantano. De manera que después de mirar a un lado y a otro para asegurarse de que estaba completamente sola, lleno todo su ser de aquella idea justa y bella, de aquella idea salvadora, se desnudó totalmente - hasta se sacó los aritos de las orejas y el anillo del dedo y los metió en el bolsillo del vaquero- y se metió en el mar, que para su sorpresa estaba tibio, o, al menos, mucho menos frío que el aire. Caminó, empapándose con la espuma de las olas que golpeaban contra su cuerpo. Gritó de excitación segura de que estaba haciendo lo correcto, justamente lo necesario para escapar de la trampa. Caminó hasta que tuvo el agua al cuello y ya no pudo seguir caminando. Entonces sintió que el piso de arena desaparecía de debajo de sus pies, y que el mar la abrazaba con una fuerza absoluta a la que era imposible resistirse y se la llevaba vertiginosamente. Tan vertiginosamente que pensó que la llevaba a alguna parte, a algún lugar preciso, y sintió curiosidad, ansiedad, y se llenó de la expectativa de que se la llevaba a un lugar maravilloso, inédito, impensable para los simples humanos.

Viéndola caer, deslizarse en la tibieza delicada de la oscuridad marina hacia un fondo inalcanzable, con los ojos muy abiertos y sin miedo, sin poder seguirla, terminamos por perder de vista el arabesco gracioso de su cuerpo hasta que se convirtió en una débil sombra blanca y finalmente en nada. ¿Se suicidó Eva? Eso indican las apariencias, y esa fue la conclusión de todos, incluida la policía que no conocía, por supuesto, el tren completo de sus últimos pensamientos, como nosotros lo conocemos. Quizá técnicamente hablando no haya otra conclusión posible y debamos, nosotros mismos, rendirnos ante la evidencia. Pero no es menos cierto que Eva en ningún momento pensó en hacerlo. Es imposible decir qué



sucedió. Ni ella misma llegó a saberlo. Fue sólo un instante, tan fugaz que de él no quedó registro ni en el Libro del Juicio Final.

## 36

### *El pacto renovado*

Un vecino de Lagomar, un jubilado que bajó como todos los días temprano de mañana a caminar por la playa con su perro, encontró la ropa y los zapatos de Eva y llamó a la policía, que de inmediato dio parte en el asunto a la Prefectura. De manera que cuando la madre de Eva, que al llegar a casa la tarde anterior había encontrado el bizcochuelo en el horno, la puerta del fondo sin llave y la ropa a medio colgar, que había caminado el barrio de punta a punta preguntándole a los vecinos si habían visto a Eva, que había llamado a Marcia -Marcia dijo que la había visto apenas unos minutos en la mañana, pero se abstuvo de dar por referencia a Humberto para proteger la intimidad de su amiga-, cuando la madre de Eva, que había intentado inútilmente encontrar a su marido telefoneando a la pensión una y otra vez hasta la medianoche, que había pasado la noche en vela y devorada por la angustia, finalmente, al amanecer fue a la comisaría y denunció la desaparición de su hija, no pasó mucho rato antes de que la policía relacionara la denuncia con la aparición de la ropa y los zapatos de una adolescente en una playa cercana. Una camioneta llevó a Matilde hasta la Prefectura, donde —con estupor y sin querer aceptar lo que implicaba— reconoció las prendas. Llamó a su marido y esta vez lo encontró, dormido todavía. Ramón acudió de inmediato, barbudo y con resaca. Se quedaron en la Prefectura a esperar, sentados frente a frente, sin mirarse y en silencio, preguntándose si esta era la consecuencia de su separación, pero oyendo ambos, cada uno a su manera, una voz siniestra y burlona que desde algún repliegue más allá de la conciencia les preguntaba si acaso habían imaginado que sería algo mejor que esto lo que el destino le tendría deparado a la malparida.

El mar marrón no fue voraz ni cruel con los restos de Eva. Los devolvió a las pocas horas, intactos y tan bellos en su perfección adolescente que perturbaron perdurablemente a los que los sacaron de las aguas.

Ramón y Matilde, pobres gentes infelices, buenos hasta el culo en realidad, atrapados en los fétidos vapores de la Historia, supieron ese día que no conocerían más la alegría en el resto de sus vidas. Al velorio de Eva y luego a su entierro concurrió buena parte de sus compañeros de clase, Marcia incluída, por supuesto. Se asomaban al féretro —que esta vez el padre insistió en dejar abierto, como en muda e impotente protesta— y sus rostros revelaban el pavor atávico que les despertaba el ver a la siempre sonriente Eva convertida en aquella máscara cerúlea, absurdamente seria y definitivamente muerta. Recordaron, cada uno agregando un detalle más o menos inventado, la manera en que Eva había huido del aula. Uno dijo y los demás coincidieron en silencio que está jodido, que es verdaderamente peligroso ser joven en estos tiempos. Con “estos tiempos” sin duda quiso referirse a unos tiempos como los que vivimos en los que más allá del parloteo atronador de los medios y de las instituciones cada uno está solo en su laberinto.

La madre de Eva —quizá porque vio a su marido al borde del colapso, al borde del abismo, asumiendo toda la culpa a causa de su abandono del hogar— en algún momento de la interminable noche del velorio de pronto tuvo la intuición de la verdad. Supo, como sólo puede saberlo una madre, que Eva no había sucumbido a la separación de sus padres, que su hija era más fuerte que eso. Comprendió que había otra cosa, que de alguna manera Eva

se había enterado, y que era con eso con lo que no había podido. Abrazó a su marido y le dijo al oído “Se lo dijeron, alguien se lo dijo, se lo dijeron”. El la miró a los ojos y la verdad también iluminó las ruinas de su conciencia. Volvieron a abrazarse y en el abrazo sintieron, inconfesable, el alivio de saberse una vez más víctimas y no victimarios.

Humberto se enteró cuando Marcia fue a la papelería.

-Soy una amiga de Eva. Hay algo que tengo que decirle.

A Humberto se le borró la sonrisa profesional. Se dio cuenta enseguida de que algo le había pasado a Eva. Pero Marcia no decía nada. Le parecía horrible pronunciar esas palabras. Decírselas.

-Eva –pudo decir solamente Marcia.

Vio el horror, el estrago, brusco como un mazazo, en el alma de Humberto.

-No puede ser –balbuceó Humberto sin saber todavía qué, aunque el silencio insistente le confirmaba lo peor-. ¿Cómo? –preguntó.

-Se suicidó. En el mar.

-No –dijo Humberto.

Un cliente entró en la papelería. Se paró junto a ellos esperando turno. Humberto se volvió hacia él. Calmadamente le dijo:

-Le ruego que venga en otro momento. La señorita me está dando una noticia terrible. El hombre se fue.

-¿Por qué? –preguntó Humberto.

Marcia negó con la cabeza para decir que no sabía, que nadie sabía.

El misterio del suicidio de Eva anudó entre Humberto y Marcia una relación destinada a perdurar en el tiempo. Empezaron a salir juntos, al principio para mitigar, al compartirlos, el dolor de la pérdida y el pavor del enigma indescifrable. Juntos interrogaron hasta el hartazgo y sin falsos pudores los recuerdos que tenían de la muchacha. Humberto llegó a confesar el peor de los recuerdos, el que lo amargaba con el veneno de la culpa: el de la mañana fatal, cuando Eva salió corriendo de la papelería. Marcia, por su parte, tuvo el coraje de confesar que la performance de Eva que había provocado aquel malentendido en tan mal momento, había sido idea suya. Asumieron pues y compartieron su parte de culpa en los sucesos aun cuando el misterio profundo siguió siendo, para ellos, indescifrable.

Después, cuando el dolor pasó a entibiarse y a ser pena, y el enigma, de tan hermético, pasó a ser casi su misma explicación, siguieron viéndose para mantenerla viva y con ellos recordándola. Tomaron té en confiterías y luego en el apartamento de Humberto y también en el de Marcia. Después se fueron dando cuenta de que Eva se iba convirtiendo en una excusa –una dulce excusa- para seguir viéndose. Finalmente se abrazaron, sintiendo que de alguna manera Eva estaba incluida en el abrazo. Marcia lloró y Humberto también lo hizo. Vivieron la hora de la piel de la manera más extraña imaginable: con la impresión de que aquello ya lo habían vivido. Lo cual era cierto. Lo habían vivido a través de Eva. Las puertas y las ventanas del placer estaban de antemano abiertas para ellos, y Eva estaba allí, animosa y dispuesta a compartir con ellos todos los caprichos. Al florecer la relación ambos, cada uno a su manera y sin decirlo, llegaron a pensar que Eva había desaparecido para unirlos, para que ellos se encontraran y se unieran. Una conclusión absurda, cruel y egoísta, se podría pensar. Pero ¿qué mayor utilidad puede dársele a los muertos que la de unir a los vivos?

La relación se afirmó en armonía e intensidad al punto que llegó el momento en que Humberto fue capaz de pensar que aquel febrero con Eva, que ya empezaba a difuminarse en el olvido, había sido una especie de esbozo, de borrador de la plenitud serena que ahora vivía. Estar con Marcia es como estar con Eva, pero Marcia es menos imprevisible, más mujer, se permitía balbucear mentalmente Humberto ya hacia el final de ese invierno, cuando le propuso matrimonio. Nervioso en semejante circunstancia trató de hacerse el gracioso refiriéndose a la diferencia de edad al decir “No te preocupes, yo cargo con los gastos de la boda y también con los del divorcio”. Marcia, más realista, atinó a profetizar “Desde ya siento celos de Eva, porque a ella no la vas ver con los años ponerse gorda y boba”. Humberto vendió el apartamento y compró otro, lejos, del otro lado de la ciudad. Marcia se ocupó de elegir los muebles. Humberto se limitó a insistir -sin decir por qué- en que la mesa para la computadora fuera blanca. Eligieron para el trámite la fecha del aniversario de la muerte de Eva. De más está decir con qué emoción vivieron la sencilla ceremonia burocrática, finalizada la cual fueron al cementerio a adornar con flores la tumba de Eva y a beber para ella y con ella una copa de champagne.

Para Humberto su nuevo matrimonio significó una renovación de su pacto conformista con el mundo –por lo demás la paulatina mejoría en los negocios colaboró eliminando motivos de irritación-, pero un nuevo pacto que incorporaba una dosis razonable, satisfactoria y saludable de transgresión dada la edad de su joven esposa. Marcia, por su parte, feliz y contenta con la seguridad que le aportaba a su vida la unión con un hombre sólido y maduro, no lamentó terminar con su vida de –así lo veía ella- falsa libertina, aunque no por ello dejó de expresar -muy creativamente- toda su experiencia en la materia en beneficio de la armonía conyugal. Al año tuvieron descendencia. Una niña. La llamaron Eva.